JORGE HIMITIAN



JESUCRISTO EL SEÑOR

JESUCRISTO

EL SEÑOR

JORGE HIMITIAN



Himitian, Jorge
Jesucristo El Señor / Jorge Himitian; edición literaria a cargo de Jorge Himitian - 10a. ed. - Buenos Aires: Logos, 2011.
188 p. ; 21×14 cm.
ISBN 978-950-9334-73-1
1. 232. I. Himitian, Jorge, ed. lit. II. Título.
CDD Cristología

Fecha de catalogación: 27/06/2011

Diseño: Oscar Vena - oscarvena@gmail.com

Décima edición

Condarco 1440

(C1416AQH) Buenos Aires - Argentina

Tel. y Fax: (011) 4584 8582

editoriallogos@editoriallogos.com.ar

www.editoriallogos.com.ar

ISBN 978-950-9334-73-1

Contenido

Prefacio

Cuando el autor presentó por primera vez estos mensajes en el año 1968, causaron gran sensación y despertaron una expectativa muy grande en cuanto a su posible impacto sobre las iglesias de América Latina. Esa expectativa no ha sido defraudada. En los años siguientes, Jorge Himitian ha tenido la oportunidad de dar las mismas conferencias en muchos lugares. Inicialmente en Argentina y posteriormente en muchos otros países, lo que llevó siempre a sus oyentes a buscar un encuentro de mayor trascendencia con Dios y los provocó a un estudio serio de las Sagradas Escrituras sobre el tema.

Estos estudios se publicaron por primera vez en el año 1974. Les siguieron varias reimpresiones con alguna pequeña modificación realizada por el mismo autor y luego con correcciones literarias y de estilo que fueron enriqueciendo la obra. Ante la creciente demanda por el libro, hemos realizado su undécima edición. Además ha sido traducido al portugués y editado en Brasil por EDICIONES VIDA NOVA (3ª edición) y al francés (1ª edición) por EDITORIAL

Al salir la primera edición, su contenido parecía radical y revolucionario, aunque no pretendía otra cosa que volver a las fuentes originales para destacar mejor el contenido del evangelio del reino de Dios. Pero desde entonces, estos mismos conceptos han sido abrazados y promovidos por diferentes siervos de Dios en todas partes y en toda clase de congregaciones cristianas. Obviamente, esto se debe a la obra del mismo Espíritu Santo que es el que promueve una profunda renovación y restauración de la iglesia de Jesucristo en nuestros tiempos.

Con respecto al contenido de esta obra, no podemos hacer nada mejor que citar algunos párrafos del prólogo a la primera edición:

“Durante muchos años, los evangélicos en general hemos predicado un evangelio al que (analizado su contenido a la luz del señorío de Cristo) llamamos `el evangelio de las ofertas’. Es decir, una predicación que enfatiza solamente los beneficios que otorga Cristo e ignora sus demandas. La clásica fórmula ha sido: *Acepta a Jesucristo como tu Salvador personal, y serás salvo*. Cuando en realidad la condición neotestamentaria para ser salvo es reconocer a Jesucristo

como Señor de la vida —la tesis del presente libro—. Si la raíz del pecado fue la rebelión, la base de la salvación ha de ser la sujeción. Sin un verdadero sometimiento a Jesucristo no hay salvación.

Ahora tenemos la firme convicción de que el evangelio del Reino, tan ignorado y relegado a tiempos escatológicos, es hoy un mensaje pertinente e indispensable para la restauración de la iglesia y la evangelización del mundo.”

Confiamos en que la presente edición sea acogida con entusiasmo por los cristianos de habla hispana, y que el mismo Señor se digne bendecir a los lectores para la edificación y renovación de su pueblo.

Los editores

Primer Parte

JESUCRISTO ES EL SEÑOR DE MI VIDA

Haya, pues, en vosotros este sentir
que hubo también en Cristo Jesús,
el cual, siendo en forma de Dios,
no estimó el ser igual a Dios
como cosa a que aferrarse,
sino que se despojó a sí mismo,
tomando forma de siervo,
hecho semejante a los hombres;
y estando en la condición de hombre,
se humilló a sí mismo,
haciéndose obediente hasta la muerte,
y muerte de cruz.
Por lo cual Dios también le exaltó
hasta lo sumo,
y le dio un nombre que es sobre todo nombre,
para que en el nombre de Jesús
se doble toda rodilla
de los que están en los cielos,
y en la tierra,
y debajo de la tierra;
y toda lengua confiese que
Jesucristo es el Señor,
para gloria de Dios Padre.

Filipenses 2:5–11

Capítulo 1

Jesucristo es el Señor de mi vida

Algunos estudiosos de la Biblia señalan la probabilidad de que el pasaje de Filipenses 2 haya sido una antigua canción entonada en las reuniones de la iglesia primitiva. No se sabe si fue tomada de la epístola, o si Pablo, al escribirla, la incluyó o parafraseó en su carta. Pero de todos modos, allí está, y por lo tanto es revelación de Dios para nosotros.

Dentro del pasaje, el versículo 11 es central:

> *toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre*.

La palabra clave es SEÑOR. Tenemos, pues, un pasaje base, un texto central y una palabra clave. Todo este estudio girará en torno a la palabra clave. Para entenderla bien, debemos comprender el texto, ubicándolo dentro del pasaje.

SE HUMILLÓ A SÍ MISMO

Examinemos primero el pasaje. Haya en vosotros —dice Pablo— este sentir que hubo también en Cristo. Luego, procede a describir el sentir de Cristo:

> *el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse*.

Cristo antes de nacer ya existía en forma de Dios. Él era Dios. En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios, afirma Juan (Juan 1:1). Cristo, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como una posición a la que aferrarse, sino que se despojó, se desprendió de su condición de Dios y al hacerlo vino al mundo como hombre, en la condición de hombre. Dios, el ser supremo de todo el universo, el Creador, tomó forma de ser creado. Este sentir que hubo en Cristo es el que debe haber en nosotros.

Existen seres creados superiores e inferiores a nosotros. Como hombres todos deseamos superarnos, evolucionar, subir; nadie busca descender. La

siguiente pregunta te ayudará a entender el sentir que hubo en Cristo: ¿Quisieras dejar de ser lo que eres, para transformarte en un perro? Tu reacción inmediata sería: "¡Por favor! ¡Yo soy hombre!"

¿Sabes lo que está ocurriendo en ti en este instante? Te estás aferrando a tu condición; no quieres desprenderte de lo que eres. Pero tengo una pregunta más: ¿Quisieras ser una hormiga? La reacción va a ser mayor porque hay que descender aun más.

Dios se hizo hombre. Su salto de humillación haciéndose hombre es mayor que el del hombre volviéndose hormiga porque, finalmente, hombre y hormiga son seres creados, mientras que en su caso el Creador debió hacerse criatura y descender, humillarse y venir a esta tierra.

Estando en esa condición, él podría haber dicho: "¡Atención! Soy hombre, pero también soy Dios. He venido para que me sirvan; así que, ¡todos a servirme!"

Pero él no vino para ser servido, sino para servir. Estando entre los hombres como hombre, aún se humilló entre ellos para tomar la forma de siervo. Toda su vida fue de servicio. En el aposento alto tomó la toalla y el lebrillo y se arrodilló para lavar los pies sucios de sus discípulos. Esa tarea, que correspondía al esclavo más indigno, la hizo él, porque descendió para servir.

Siendo Dios, se hizo hombre; siendo hombre se hizo siervo. Pero aún hay otro escalón en este descenso de Cristo: siendo siervo, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y no cualquier muerte, sino muerte de cruz. Cristo descendió al lugar más bajo. Porque no hay en el universo un sitio peor que aquel donde se recibe la maldición divina. En efecto, él cargó en el Calvario la maldición sobre sí; fue hecho pecado por nosotros. El ser más alto del universo descendió hasta el lugar más bajo. ¡Todos nuestros infiernos cayeron sobre el Hijo de Dios en aquella cruz!

DIOS LO EXALTÓ

El versículo 9 continúa diciendo: Por lo cual (por este sentir que hubo en Cristo de humillarse hasta lo más bajo) Dios también lo exaltó hasta lo sumo. Él

se humilló. ¡Qué diferente de nosotros! Siempre buscamos ascender un poco más. "Señor, concédeme que en tu reino me siente a tu derecha... Señor, ¿quién será el mayor?..." Siempre queremos subir.

Cristo dijo:

Ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis.

Y el apóstol Pablo apela:

Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús.

El Padre exaltó a Cristo. ¿Por qué? Por su humillación. Él mismo enseñó a los suyos que el que se humilla será ensalzado, y el que se ensalza será humillado.

En su exaltación Cristo recibió del Padre dos cosas: primero, el lugar sumo. La palabra sumo tiene la misma raíz que sumar. Sumo quiere decir la suma de todas las sumas, el lugar más elevado. Cristo recibió ese lugar del Padre.

Segundo, recibió un nombre que es sobre todo nombre. Es un nombre tal que frente a él se doblará toda rodilla de los que están en los cielos (ángeles y redimidos), de los que están en la tierra (hombres, creyentes, pecadores y aun ateos) y de los que están debajo de la tierra (muertos, demonios y todos los seres del universo, seres de los infiernos y de los aires). Es decir, todos los seres del universo —ángeles, demonios y hombres— doblarán sus rodillas ante la mención de este nombre supremo que el Padre dio al Hijo cuando lo exaltó. Y toda lengua confesará que ¡JESUCRISTO ES EL SEÑOR!, para la gloria de Dios Padre.

EL NOMBRE SOBRE TODO NOMBRE

Este nombre, SEÑOR, es el tema central de nuestro estudio; un nombre que es sobre todos los nombres que existen en el universo. Abre la enciclopedia más completa y busca el nombre más alto en cuanto a rango o jerarquía. Aún sobre ése hay uno más importante todavía: el que el Padre le dio al Hijo al exaltarlo a su diestra. Cristo tiene cientos de nombres preciosos. La mayoría de nuestras canciones hablan de ellos: el lirio de los valles, la rosa de Sarón, la estrella de la

mañana, el resplandor de su gloria, el sol de justicia, el buen pastor, el Redentor. Isaías, inspirado por Dios, lo llamó Emanuel. Y en otra ocasión, Admirable, Consejero, Príncipe de paz. Cuando nació, un ángel pronunció su nombre: Jesús, Salvador. Al ser bautizado en el Jordán, el cielo se abrió y el Padre le dio aún otro: Hijo amado. ¡Qué nombre!

Pero, entre los nombres de Cristo, uno está sobre todos ellos. Es el título que el Padre le confirió en el momento en que, habiendo resucitado, ascendió a los cielos, fue exaltado y se sentó en el trono de la majestad en las alturas. ¿Cuál es ese nombre? SEÑOR. Jesús es su nombre histórico. Cristo, su nombre profético. A Jesucristo —este personaje histórico que es el cumplimiento profético— el Padre le dio el título de SEÑOR. Ese es el nombre más alto de Cristo.

Sin embargo, de acuerdo con la acepción actual, *Señor* no parece un nombre importante. A cualquiera se le dice señor: señor Pérez, señor Rodríguez. Siendo éste un nombre tan alto, ¿por qué es de uso común? Con el tiempo las palabras sufren modificaciones en cuanto a su acepción. Por ejemplo, la palabra creer. Hablando corrientemente, se le da otro significado. Le preguntamos a alguien:

"¿Qué te parece? ¿Lloverá?"

"Creo que sí."

Creo se usa en lugar de *me parece*. En cambio, en el lenguaje bíblico, creo indica una firme fe, nunca un titubeo.

Así pasa también con la palabra Señor. Hoy cualquiera es señor. Pero antiguamente no a todos se los llamaba así. Era un título que pocos poseían. ¡Y cuando alguien lo tenía, era realmente todo un señor! Pero como Pablo no escribió su epístola en castellano sino en griego, adelantaríamos mucho más remontándonos al origen de la palabra en este idioma. En griego aparece así: Jesucristo es el *KYRIOS*.

Así consta en los manuscritos: Jesucristo es el *Kyrios*. ¿Cómo podríamos traducir *kyrios* al castellano para su plena comprensión? Es un nombre tan

amplio y tan rico que no basta un solo término para traducirlo. Es necesaria la suma de varias palabras para llegar a su significado pleno:

Jefe

+ Dueño

+ Amo

+ Soberano

<u>+ Máxima Autoridad</u>

KYRIOS = SEÑOR

De modo que cuando alguien confiesa: "Jesucristo es mi Señor, mi KYRIOS," está diciendo: "Es mi jefe, el que manda en mi vida; es también mi dueño, mi patrón, mi propietario; yo soy suyo. Todo lo que soy y tengo pertenece a Jesucristo; él es mi amo." Solemos relacionar la palabra amo con su antónimo, esclavo, y dado que la esclavitud ha sido abolida, este término ha caído en desuso. En su tiempo fue un término muy fuerte. El amo era el dueño de la vida de su siervo. Tenía la facultad hasta de quitarle la vida. Y Jesús es el amo. Además, Señor significa soberano, el que está sobre todo. Nada escapa a su control. Él rige y es la máxima e indiscutida autoridad. Al decir, "Cristo es el Señor," entonces, ¡estamos diciendo muchísimo!

Veamos cómo se usaba la palabra kyrios en los días del Imperio Romano. Tenía dos acepciones. En primer lugar, en el sentido corriente (digamos, kyrios con minúscula) se usaba para designar a toda persona rica, con muchas propiedades, que tenía esclavos bajo su autoridad. En realidad, había muchos esclavos en el imperio, y cada uno tenía un kyrios sobre sí, uno que era su jefe, su dueño, su amo, su soberano, la máxima autoridad de su vida.

La contraparte del kyrios era el esclavo. Así como no puede haber esposo sin esposa, ni padre sin hijo, tampoco puede haber kyrios sin esclavo. Un esclavo solía presentarse ante su kyrios para decirle:

"¿Qué dice mi kyrios a su siervo?"

El kyrios respondía dándole una orden, un mandato cualquiera:

“Ve a la plaza, contrata diez cosecheros más, haz cosechar tal sector; recorre el lagar, ordena la esquila de cien ovejas…”

La vida del esclavo consistía en dar fiel cumplimiento a las palabras que salían de la boca de su señor. Lo que el señor decía, el esclavo lo ejecutaba al pie de la letra. La actitud constante del esclavo era: “¿Qué dice mi kyrios a su esclavo?”

ESCLAVOS DE JESUCRISTO

Pablo declaró: “Yo también soy un esclavo, aunque no de los hombres. Tengo un kyrios; soy esclavo de Jesucristo, por amor del cual lo he perdido todo y lo tengo por basura para ganarlo a él. Él es mi Señor.” Pablo se comportaba ante su Señor tal como un fiel esclavo frente a su *kyrios.* Aún desde el primer día de su conversión. Recordemos cuáles fueron sus primeras palabras cuando se rindió a él. Cayendo al suelo, temblando y temeroso, dijo: Kyrios, ¿qué quieres que yo haga? Lo dijo en el mismo instante de su conversión, pero siguió repitiéndolo cada día, cada momento de su vida.

El Kyrios respondió: Levántate y entra en la ciudad. Y Pablo se levantó para hacer exactamente lo ordenado por su Señor. ¿Alguna vez oraste diciendo: “Señor, ¿qué quieres que haga?” Todos lo hemos hecho, pero ¿cuál es la diferencia entre Pablo y nosotros? Que mientras él obedecía en todo, nosotros nos levantamos de las rodillas para hacer lo que queremos.

En esa época, cuando un esclavo escribía una carta debía firmarla con su nombre y agregar, “esclavo de…”, colocando allí el nombre de su amo. Las cartas no se firmaban al final, como ahora, sino al principio. En cierto aspecto era mejor, porque hoy al recibir una carta lo primero que hacemos es dar vuelta la hoja para ver quién la firma. Recién entonces comenzamos a leerla. Por ejemplo, si alguien llamado Juan era esclavo de un tal Andrés, comenzaba su carta así: “Juan, esclavo de Andrés, a Fulano de Tal…” Notemos cómo firmaba Pablo sus cartas. Filipenses 1:1: “Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo…” En griego dice más que siervos, dice esclavos. Esa es la firma. Y Pablo no la falsificó; estaba diciendo la verdad. Ellos eran esclavos de Jesucristo.

EL CÉSAR ES EL KYRIOS

Hemos considerado el primer significado de la palabra kyrios, señor. Sin embargo, en el sentido absoluto del término, en todo el Imperio Romano había una sola persona digna de poseer el título de Kyrios: el César, el emperador. Todo el imperio debía confesar: "El César es el Kyrios." Y era tal la fuerza que se quiso imprimir a esta declaración que durante cierto tiempo se convirtió en saludo obligado del imperio. Cuando un ciudadano romano se encontraba con otro, lo saludaba levantando una mano y diciendo: "El César es el Kyrios." El otro a su vez respondía: "El César es el Kyrios."

¿Cuántas veces en el día saludamos diciendo: "Buenos días," "Buenas tardes," "Buenas noches"? Tantas veces debían ellos pronunciar aquella frase: "El César es el Kyrios." ¡Qué propaganda! ¡Mucho mejor que por radio y televisión! En todo el imperio, todo el día, por todas partes se repetía: "El César es el Kyrios, el César es el Kyrios, el César es el Kyrios."

A veces se producía un encuentro con alguien que en lugar de responder "El César es el Kyrios," decía: "Jesucristo es el Kyrios."

"¿Cómo? ¿Quién? ¿Estás reconociendo a otro señor fuera del César? ¡Apréndanlo! ¡A la cárcel! ¡A la hoguera! ¡A las fieras!"

Aquellos primeros cristianos eran hombres que preferían confesar a Cristo como Señor, y morir si fuese necesario, antes que seguir con vida negándolo. Comprendían muy bien lo dicho por su maestro:

> *A cualquiera... que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos*.
>
> *Mateo 10:32*

Verdaderamente el César era el Kyrios de todo el Imperio Romano, el jefe, el que mandaba, el dueño de todo el imperio, de todo su territorio. Aún cuando la gente tuviera chacras, terrenos, y otras cosas a su nombre, era solamente para permitir una mejor administración económica del imperio. En última instancia,

todo pertenecía al César. Cuando él decía: "Quiero veinte hectáreas de aquel sector de la ciudad para hacer una plaza," no tenía que pagar indemnización a nadie. Era el dueño. Por eso cuando le preguntaron a Cristo si debían pagar el impuesto a César, él respondió:

—A ver una moneda… ¿De quién es esta imagen?

—Del César.

—Dad a César lo que es de César.

Todas las monedas del imperio tenían grabada la imagen del César, porque todo el dinero y aún el imperio eran de su propiedad. Cada cual tenía en su poder dinero propio solamente para hacer posible el desenvolvimiento económico general. El César se había constituido en el amo de todas las almas que vivían bajo su dominio. Disponía de cada persona como quería. No era necesario pasar por los tribunales para ser condenado a muerte. Parece que cierto día dijo: "La plaza está muy mal iluminada. Quiero mejor iluminación. Traigan cuarenta antorchas más. Pero que éstas sean hombres; tómenlos de entre los cristianos que están en la cárcel."

Trajeron, entonces, cuarenta cristianos, los ataron a los postes de la plaza, los cubrieron de alquitrán y les prendieron fuego. El César podía hacer cuanto quería. Era el amo, el Kyrios.

¡Qué fuerza tenía, entonces, la palabra Kyrios en esos días! Representaba al soberano, a la máxima autoridad del imperio.

Durante los días de este imperio, Pablo vislumbró otro imperio que comenzaba a tomar fuerza y a extenderse sobre la tierra: el de Jesucristo. Dondequiera que él establecía iglesias, lo hacía sobre este fundamento: **Jesucristo es el Señor**. Cada persona que se agregaba a la primitiva comunidad cristiana reconocía que Cristo era el Señor de su vida.

—Hay otro imperio —decía Pablo—, otro reino, el reino de Dios. Y su trono es estable para siempre.

EL EVANGELIO DEL REINO DE DIOS

El nombre Kyrios marca la tremenda diferencia entre las primitivas congregaciones y las nuestras. Dios hoy está restaurando este nombre, volviendo a ponerlo en su debido lugar. Cuando este nombre resplandeció ante mis ojos y el Espíritu de Dios me reveló su trascendental importancia, comencé a leer de nuevo los evangelios. Tuve ansias de volver a analizar la forma en que predicaba Cristo, en que él evangelizaba. Después de haberlo hecho durante ocho años en plazas, en parques, en trenes, en hospitales, en congregaciones, en campañas, quería ahora, como un niño, aprender de Jesús a predicar el evangelio como él lo hacía.

Quedé sorprendido, avergonzado y maravillado. Me pregunté: "¿De dónde saqué yo esa manera de predicar?" Jesucristo nunca usó nuestros métodos, ni nuestro enfoque. Jamás predicó a nuestra manera. Nunca preguntó: "¿Quién quiere ser salvo? Levante la mano. No tiene nada que pagar." No hizo ofertas. Su proclama fue:

Arrepentíos… el reino de Dios se ha acercado.

Se trataba de un reino, un reino que venía a los individuos. ¿Cómo? En la persona del Rey. Cuando Cristo se acercaba a alguien, lo ponía frente a una obligada disyuntiva: entrar en el Reino o quedar fuera de él.

¿Cómo entrar? Subordinándose, sujetándose a la autoridad del Rey. Cristo enfrentaba a los hombres con su propia autoridad: "Se sujeta a mí o no; me reconoce como el Kyrios de su vida, o no."

SIMÓN Y ANDRÉS

Algunos ejemplos ayudarán a entenderlo mejor. Cristo anda por las calles de Capernaum, Galilea. Se acerca a la orilla del mar. A cierta distancia hay dos hombres pescando; se ganan así la vida. Cristo se detiene, los mira. Uno es Pedro; el otro, Andrés. Al sentirse observados levantan los ojos y tropiezan con la mirada de Jesús. Cuando las dos miradas se cruzan, Cristo les lanza una orden, con toda autoridad:

Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres.

No les dice: "Oh, si ustedes vinieran en pos de mí, yo les haría pescadores de hombres." Tampoco: "¿Quién de ustedes quiere venir en pos de mí? Levante la mano." No entra en detalles ni explicaciones. Pedro y Andrés quedan frente a una orden. ¿Qué se hace con una orden? Se obedece o no. No hay otra alternativa.

Pedro puede reaccionar diciendo: "Pero, ¿Y éste quién es? ¿Qué pretende? Yo soy el dueño y señor de mi vida. Hasta ahora nadie me ha dado órdenes. ¿Cómo viene éste a ordenarme que lo siga?" Pero no toma esa actitud.

Todo lo que Pedro y Andrés entienden es que deben dejar lo que están haciendo y seguir a Jesús.

En cuanto a convertirse en pescadores de hombres, seguramente no comprenden lo que significa. Sería como si alguien me dijera hoy: "Ven, sígueme, te voy a hacer zapatero de almas." ¿Zapatero de almas? ¿Qué es eso? Así les suena a ellos lo de "pescadores de hombres." Nosotros, familiarizados con el lenguaje bíblico, entendemos ahora lo que quiere decir esa expresión del Señor.

Pero Cristo no da explicaciones; sencillamente los pone frente a la disyuntiva. Es cierto que Pedro, como dueño y señor de su vida, hace lo que quiere. Pero ahora hay otro frente a él que pretende convertirse en el dueño y Señor de su vida. Y sus palabras resuenan con autoridad. Se produce un forcejeo en el interior de Pedro y finalmente algo se rompe en él; también en Andrés: su voluntad propia. Dejan ambos, entonces, sus redes y siguen a Jesús.

¿Qué significa eso para ellos? Sencillamente una cosa: "Ahora nos sujetamos a Jesús. Él es quien manda en nuestras vidas." Si Pedro tuviera que dar testimonio de aquella experiencia, diría: "Hasta ese momento, yo era dueño y señor de mi vida; desde entonces, Cristo lo es."

MATEO

Otro día, en el mismo pueblo, Jesús sana a un paralítico. La gente está maravillada, y lo sigue. Al pasar por cierto lugar, se detiene. Sobre la vereda, en una rústica oficina improvisada, un cartelito reza: "Se cobran impuestos para el Imperio Romano." Hay un hombre sentado, cobrando, haciendo cálculos y listas.

Es Mateo. Algunos esperan turno para pagar sus impuestos. Cristo, rodeado de gente, se para ante él.

Mateo se sorprende. "¿Qué sucede? ¿Viene tanta gente a pagar?" Pronto descubre que todas las miradas convergen sobre él. En medio del grupo hay uno de personalidad diferente que lo mira con detenimiento, con ternura y firmeza: Jesús. Mateo permanece atento esperando oír sus palabras. Cristo no le dice: "Tú tienes que saber cuatro cosas. Primero, que Dios es amor; segundo, que tú eres un pecador; tercero, que yo voy a morir por tus pecados; cuarto, que si tú me reconoces como tu Salvador personal, serás salvo." ¡No! Cristo pronuncia una sola palabra: "¡Sígueme!" Ponte por un momento en el lugar de Mateo. Tú estás trabajando; alguien se detiene frente a ti y con autoridad te dice: "¡Sígueme!"

"¿Qué significa eso? ¿Qué pretende este hombre?" No podrías evitar cierta turbación.

Mateo quiere responder, pero en su interior, como un eco constante sigue resonando esa palabra: ¡Sígueme!... ¡Sígueme! Piensa: "Hasta ahora nadie me ha dado órdenes. ¿Quién es éste? ¿Por qué seguirle? ¿Para qué?" Quiere responder, pero se detiene. "¿Le digo que venga más o menos a las seis, cuando cierre la oficina?" No, no puede. Esto es una orden. No se pueden poner condiciones, ni cuestionar, ni preguntar. Se sigue o no; se obedece o no. "¿Y si viniera a fin de mes; así entrego las planillas y presento la renuncia...?"

Se produce una lucha dentro en su interior; su personalidad no sujeta a Dios se resiste a obedecer. Pero algo comienza a ceder y quiere romperse... Finalmente se rompe. Mateo se pone de pie, empuja la mesa y comienza a andar en pos de Jesús. Eso es todo. Quizás el jefe de la oficina le dice:

—Mateo, ¿adónde vas?

—Sigo a Jesús.

—Pero, Mateo, ¿y el trabajo?

—Ahora, él es mi jefe.

—Y…, ¿vas a volver?

—No sé. Haré lo que él me diga.

—Pero Mateo…

—Él manda en mi vida.

—Mateo, ¿estás loco?

Sí, para el mundo, es una locura. Para los que creen y obedecen, poder de Dios. Mateo podría sintetizar su experiencia de esta manera: "Hasta este instante yo mandaba en mi vida. Ahora manda Cristo." Todo su ser está a disposición de Cristo a partir de esa hora. Esta es la esencia de la conversión.

ZAQUEO

En Jericó vive un hombre de baja estatura llamado Zaqueo. Tiene muchos deseos de ver a Jesús, pero no puede: ¡es muy pequeño! Un día, a cualquier costo, se propone lograrlo. Calcula por dónde puede pasar, se sube a un árbol y espera el gran momento. "Me voy a dar el gusto. Lo voy a ver como desde una platea."

Allí viene Cristo, rodeado de gente. Avanza lentamente. Zaqueo está expectante… Se acerca… Ya lo puede oír… Toda la caravana, con Cristo en el medio, pasa justo debajo de su árbol. Su corazón palpita como nunca. "¡Al fin lo veo! ¡Al fin lo escucho!"

De pronto, Cristo se detiene en ese preciso lugar. La caravana también. Cristo mira hacia arriba. Todos hacen lo mismo. Ven a Zaqueo. ¡Qué vergüenza! ¡Un hombre como él subido a un árbol! Cristo le dice: "Zaqueo…"

Él, maravillado, se pregunta: "¿Cómo sabe mi nombre?" Aumenta la expectativa en su corazón. Sigue escuchando: "Date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa."

No le dice: "Zaqueo, ¿Me recibirías en tu casa?" No. Le da una orden: "Desciende… y pronto… hoy es necesario que me hospede en tu casa." ¿Qué

está queriendo hacer Cristo? Lo mismo de siempre. Su mandato pone a Zaqueo frente a la disyuntiva: “Y éste, ¿quién es? Está bien que haga milagros y demás, pero en mi casa mando yo. ¡Por su propia cuenta decide venir a mi casa, me obliga a bajar y todavía tiene la exigencia de que sea pronto!”

Es lo mismo que si yo te dijera: “Esta noche voy a cenar a tu casa. Así que, ¡apresúrate!” Tú me responderías: “Un momento. En mi casa mando yo. Tú vienes cuando yo te invito.” ¡Es lógico!

Zaqueo permanece aún arriba del árbol. Pero está, más bien, frente a la puerta del reino de Dios (y en el reino de Dios se hace fuerza y los valientes lo arrebatan). De modo que Zaqueo queda turbado. No sabe qué hacer. Encaramado todavía en la copa del árbol no atina a reaccionar, a decir nada; pero en su interior aquella personalidad no sujeta a Dios comienza a resquebrajarse, a crujir… ¡hasta que, al fin se rompe! Baja entonces del árbol y va corriendo a su casa.

—¡Querida, querida! ¿Dónde estás? ¡Rápido! ¡Pronto! Hay que arreglar la sala y acomodar las sillas. Que se prepare algo y se ponga la mesa. ¡Pronto! ¡Que viene Jesús!

—Zaqueo, ¿qué te pasa? —replica la mujer alarmada.

—Mujer, no hay tiempo… ¡que viene para acá!

—Pero, ¿quién viene?

—¡Viene Jesús!

—¿Quién? ¿Jesús? ¿Y tú lo invitaste?

—No, yo no lo invité.

—¿Entonces…?

—¡Se invitó solo!

—Zaqueo, ¡reacciona! ¿Has perdido la cabeza?

¿Cómo va a venir si tú no lo invitaste? ¿Quién manda en esta casa?

¡Esa es la pregunta! ¿Quién manda? Zaqueo inclina la cabeza y en forma casi solemne dice:

—Hasta ahora, Zaqueo. Desde ahora, Jesús.

Luego llega Cristo. Se sienta a la mesa. En cierto momento Zaqueo no puede más y se pone de pie y le dice al Señor: “La mitad de mis bienes doy a los pobres, y al que le robé se lo voy a devolver cuatro veces”.

¿Quién le ha enseñado todo eso? ¿Cómo ha experimentado tanto cambio?

Es que ahora hay otro que manda y él lo reconoce.

Cristo, entonces, dice: “Hoy ha venido la salvación a esta casa… porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”. Cuando el hombre perdido y rebelde —que no quiere ceder ante la voluntad de Dios— de pronto cambia su actitud y se sujeta a él, encuentra la salvación. Sin embargo, no todos responden así a Cristo, pues aunque Cristo ordena, no obliga. La respuesta viene de parte del hombre.

EL JOVEN RICO

Cierta vez se acerca a Jesús un joven muy rico.

—Maestro bueno, ¿qué tengo que hacer para obtener la vida eterna?

—Guarda los mandamientos.

—¿Cuáles?

Cristo enumera algunos y con cierta satisfacción el joven le responde:

—Todo esto lo he guardado desde mi juventud. ¿Hay algo más?

—Una cosa te falta, una sola. —¿Cuál?

—Vende lo que tienes, y dalo a los pobres… y ven, sígueme.

El muchacho se entristece. Es muy rico.

Pero, Señor, ¿qué estás diciendo? ¿Para recibir la vida eterna uno tiene que vender todo lo que tiene?

Si yo hubiera estado en la rueda de los discípulos, con mi antigua mentalidad, le hubiera dicho a Cristo: "Maestro, permíteme una palabra. Eso que le has dicho al joven, ¡no es bíblico! ¿Dónde menciona la Biblia que para entrar al reino de Dios uno debe vender todo lo que posee? ¿Acaso no es gratuita la salvación?"

El joven se encuentra frente a la puerta del Reino, casi entra, pero… no. Toma una actitud que parece decir: "Lo que tengo es mío. Yo soy el dueño y señor de mi vida y de mis posesiones". Luego da media vuelta, mira a Cristo por última vez y se aleja para hundirse en la tristeza y en las tinieblas.

Cristo queda mirándolo. "¡Lindo muchacho!… Parecía estar tan cerca, pero ¡no pudo entrar!" Cuando ya su figura se pierde en la distancia, Cristo suspira y dice: "¡Cuán difícilmente entrarán en el Reino los que tienen muchas riquezas"

Pero, ¿es que para entrar al reino de Dios hay que vender todo lo que se posee? Entrar al Reino no es cuestión de vender o comprar; hay un solo requisito: reconocer a Cristo como Señor de la vida. Si Cristo es mi Señor, es Señor de todo lo que soy y tengo. Pero si no es Señor de mi todo, sencillamente no es mi Señor. Este es el conflicto que hace sucumbir al joven rico.

Cristo le dice a otro:

—Sígueme.

—Señor, ayer falleció mi padre. Deja que lo enterremos hoy, y después te seguiré.

¿Qué diríamos nosotros en tales circunstancias?

—Oh, lo acompaño en el sentimiento. Vamos a orar por usted. Atienda nomás.

Cristo, en cambio, le dice:

“Deja que los muertos entierren a sus muertos; y tú, sígueme.”

¡Qué exagerada me hubiera parecido antes la demanda de Cristo a este joven! Ahora entiendo que Jesús le predica el evangelio del Reino en el que la conversión significa rendición total a su autoridad. Ni una sola vez Jesucristo rebaja la norma, siempre exige todo o nada.

“Te seguiré, pero deja que primero…”

“No. Si quieres seguirme, primero estoy yo, y no hay nada después de mí,” contesta Cristo.

Otro responde a Cristo:

“Señor, te seguiré. Pero permíteme antes ir a la chacra de mis padres para despedirme de ellos.”

¡Qué buen muchacho! Educado y afectuoso. No hay ningún mal en despedirse de los padres. Sin embargo, Cristo le dice:

“Ninguno que, poniendo su mano en el arado mira atrás, es apto para el reino de Dios.”

Jesucristo busca hombres que se rindan enteramente a él, porque con esa clase de hombres va a edificar su iglesia. Todos deben entender bien desde el principio que seguirlo significa reconocerlo como Señor y Rey de la vida, como autoridad suprema e incuestionable.

¿ES EL SEÑOR DE TU VIDA?

¿Es éste el evangelio que hemos predicado? ¿Nos hemos convertido con este mensaje? ¿De dónde, pues, surge la debilidad de nuestras vidas? ¿Qué de la frialdad de nuestras congregaciones? Hemos creído muchas verdades

referentes a Jesucristo: que él murió por nuestros pecados, que es el Salvador, que él resucitó, que contesta nuestras oraciones, y que viene otra vez. Pero no le hemos rendido nuestras vidas, no lo hemos reconocido como Señor, como Amo absoluto, Dueño de todo lo que somos y de todo lo que tenemos.

Nos hemos convertido reconociendo a Cristo como nuestro "único y suficiente Salvador personal". Es de notar, sin embargo, que en la iglesia primitiva la gente no se convertía aceptando a Cristo como Salvador, sino reconociéndolo como el Señor de su vida. Yo me maravillo al leer en Los Hechos acerca de la vida de los primitivos cristianos recién convertidos. Me maravillo al compararlos con nuestras congregaciones. ¡Qué diferencia! Después de treinta o cuarenta años de creyentes, nosotros ni aún nos asemejamos a ellos. El motivo es evidente: ellos se convertían bajo otra figura.

En la predicación nosotros enfatizamos que Cristo es Salvador, Salvador y Salvador. Y es cierto. Pero, no era ese el título con que los apóstoles anunciaban a Jesucristo. En todas sus epístolas, San Pablo habla sólo tres veces de Cristo como Salvador (en algunas otras ocasiones en que aparece el término Salvador es referido a Dios el Padre). Sin embargo, usa la palabra Kyrios más de 300 veces. ¡Qué proporción! Nosotros, en cambio, presentamos a Cristo 300 veces como Salvador, y tres veces como Señor. ¡Y el resultado es nuestro estado actual!

Cuando en aquella época alguien se convertía, se entregaba a Cristo, no era una simple cuestión de decir: "Yo lo acepto como mi Salvador personal," sino de reconocerlo como Señor de la vida.

Pablo afirma en Romanos 10:8, 9:

Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo.

¿Cómo opera la salvación? Por confesar con la boca a Jesús como Señor, y creer en el corazón que Dios lo levantó de entre los muertos.

EL PECADO MÁS GRANDE

¿Cuál es el pecado más grande? ¿Por qué cayeron Adán y Eva? ¿Mataron? No. ¿Robaron? Tampoco. ¿Blasfemaron contra el Espíritu Santo? No. ¿Cuál fue, entonces, su maldad? Hasta cierto día ellos vivieron sujetos a la autoridad de Dios; luego tuvieron la infeliz idea de hacer su propia voluntad.

El criollo, en su lenguaje popular, ilustra muy bien en qué consiste el pecado más grande, con la tan usada expresión: "Yo hago lo que se me da la gana". Esas ganas que tengo adentro de hacer lo que a mí me parece son la misma esencia del pecado: rebelión contra Dios. Este es el pecado que predomina en el mundo.

La Biblia señala que en los últimos tiempos el pecado se multiplicará. Y es verdad. La gente cada vez tiene menos vergüenza de hacer lo que se le ocurre. Ya no hay respeto a las buenas costumbres, ni a los mayores, ni a nada. Es un espíritu que domina en el mundo, tanto en padres como en hijos, en patrones como en empleados, en todos los órdenes de la vida. Ese espíritu se nos ha contagiado a nosotros, los que nos llamamos miembros de la iglesia. Porque podemos leer la Biblia, orar, testificar, ganar almas, predicar, hablar en lenguas y hacer muchas buenas obras y, sin embargo, seguir haciendo lo que se nos da la gana.

—Señor, en tu nombre hicimos esto y aquello; echamos fuera demonios.

—Apartaos de mí.

—Pero profetizamos…

—Apartaos de mí, obradores de iniquidad. Nunca os conocí. Porque no todo el que me dice, "Señor, Señor," entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos… Porque cualquiera que oye mis palabras y no las hace (quizás las oye, las cree, las predica, pero no las hace) lo compararé a un hombre que edificó su casa sobre la arena, y vino la tempestad, la inundación y fue grande su caída. Pero cualquiera que oye mis palabras y las hace, le compararé a un hombre que edificó su casa sobre la roca, y vino el río y la inundación, y la casa permaneció.

Edificar sobre la roca es reconocer a Cristo como Señor de la vida, y vivir cada día evidenciando este reconocimiento.

UN PUEBLO DIFERENTE

Tengo una buena noticia: Dios ha prometido restaurar a su pueblo en los postreros días, restaurar a su iglesia, volver las cosas a su debido lugar, exaltar a Cristo ante los ojos de las naciones. Dios está llamando un pueblo para sí, un pueblo que le responda. Mientras que el mundo en estos tiempos finales irá de mal en peor, haciendo cada cual lo que le parezca, en una carrera desenfrenada y acelerada, Dios levantará un pueblo que, como contraste, vivirá como él quiere, haciendo Su voluntad, por haber reconocido a Jesucristo como su Señor.

El gran escritor inglés C. S. Lewis, en su libro *El Gran Divorcio*, dice:

En suma, sólo existen dos clases de personas: los que al fin le dicen a Dios, "Hágase tu voluntad," y aquellos a los cuales Dios les dice por último, "Hágase tu voluntad."

¿A cuál de estos dos grupos perteneces?

VENGA TU REINO

Cristo nos enseñó a orar:

Padre nuestro que estás en los cielos,

santificado sea tu nombre.

Venga tu reino…

Sea hecha tu voluntad,

como en el cielo, así también en la tierra.

Hasta ahora sólo hemos pensado en el aspecto escatológico del Reino, en su futuro. Entre tanto, vivimos como nos parece. Pero hay dos aspectos de él que debemos tener en cuenta: uno es la extensión del Reino; y esto es para

nosotros ahora, porque el reino de Dios viene a nuestra vida cuando Cristo comienza a reinar en nosotros. De igual modo, su reino llega a nuestro hogar cuando Cristo comienza a reinar en él.

El otro aspecto es la consumación del Reino. Eso se producirá cuando el Rey en persona descienda y establezca su trono aquí sobre la tierra.

Hagamos nuestra esta oración: Venga tu reino. Y en vez de pensar solamente en aquel día en que Cristo vendrá, pensemos en el día de hoy. "Señor, venga tu reino. Señor, reina en mi vida. Sea hecha tu voluntad como en el cielo, así también en mi vida, así también en mi hogar, así también en mi negocio, en mi fábrica, en mi escuela, donde yo estoy, donde vivo. Hágase tu voluntad, Señor. Venga tu reino." En esa frase hay unción. Haz la prueba. Ponla en tu espíritu y di con fe: ¡Señor, venga tu reino!

Esto es tan importante que con todo mi ser ruego que el Espíritu Santo te alumbre y te quebrante frente al nombre SEÑOR. Porque en este nombre hay poder para transformar tu vida, tu hogar, tu congregación. Desde lo más hondo de tu corazón proclama a Jesucristo como Señor de tu vida. Todo lo que eres, todo lo que tienes, tráelo a los pies de Jesús. Llámate a ti mismo esclavo de Jesucristo.

Segunda Parte

JESUCRISTO ES EL SEÑOR DE LA IGLESIA

Capítulo 2

Fondo histórico del reino de Dios

El mensaje de Jesucristo —*Arrepentíos, que el reino de Dios se ha acercado*— no nació en una inspiración del momento. El Reino era el tema del corazón de Dios aún desde siglos antes de que Cristo viniera a esta tierra. Lo vemos esbozado a través de toda la Biblia. Consideremos, pues, su trasfondo histórico, su trayectoria en todo el Antiguo Testamento hasta los días del Nuevo Testamento.

Muchos de mis lectores conocen la historia del Antiguo Testamento. Pero mi intención no es simplemente relatarla una vez más, sino señalar en ella el desarrollo de los propósitos de Dios hasta llegar a la realización de su reino en la iglesia.

Si Cristo es Señor de mi vida y de la tuya, y si formamos parte de aquella comunidad que la Biblia llama la iglesia, entonces, él es Señor de la iglesia. Pero, si Cristo no es Señor de nuestras vidas, no podremos decir que lo sea de la iglesia. Cuando toda la comunidad lo reconoce como tal, y cada uno va adquiriendo la misma convicción, Cristo llega a ser, entonces, el Señor de la iglesia, y en ella se realiza y desarrolla el reino de Dios.

EL DIOS DE ABRAHAM, DE ISAAC Y DE JACOB

La historia del pueblo de Dios comienza en Génesis capítulo 12. Dios llama a un hombre, Abram —a quien más tarde cambia el nombre por el de Abraham— mientras está en la zona de Ur de los Caldeos, y le ordena:

> *Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré*.

Abram, entonces, queda confrontado por la disyuntiva del Reino. Así como Cristo les dice a Pedro y Andrés, *Venid en pos de mí*, Dios le dice a Abram, *Deja tu tierra y tu parentela*, y Abram sale. Es el primero en escuchar el llamado del discipulado. Deja todo y se va, sin saber a dónde. Dios bendice a Abram y le dice: *Haré de ti una nación grande, y te bendeciré*. Además, le da una gran promesa: *Serán benditas en ti todas las familias de la tierra* (Génesis 12:2, 3).

Abraham es de edad avanzada y aún no tiene hijos, Pero le cree a Jehová y esto se le cuenta por justicia (Génesis 15:6). Después de casi veinticinco años Dios confirma su promesa dándole un hijo, Isaac. Luego viene la prueba; Dios le pide su hijo, y Abraham es hallado fiel. Entonces Dios jura por sí mismo diciendo:

> *De cierto te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar… En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mi voz*.
>
> *Génesis 22:17, 18*

Es la primera vez que Dios jura en cuanto a la descendencia de un hombre. En el juramento está implícita su inmutabilidad. Y en este caso el juramento es doble: primero, *Multiplicaré TU DESCENDENCIA*; segundo, *en TU SIMIENTE serán benditas todas las naciones de la tierra*. Dios jura que va a formar un pueblo para sí de la descendencia de Abraham.

Más adelante, Isaac tiene dos hijos: Esaú y Jacob. Isaac recibe la bendición dada por Dios a su padre y la transmite a su hijo Jacob. Dios cambia el nombre de Jacob por el de Israel, nombre que también recibe posteriormente el pueblo de Dios.

Jacob tiene doce hijos, que se convierten en cabezas de las doce tribus de Israel. Muchas veces aparece en la Biblia la expresión: el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. ¿Por qué? Porque desde allí arranca la historia del pueblo que Dios se ha propuesto formar para sí.

Mientras Jacob vive con sus hijos en Canaán, llegan días de hambre en la tierra, y éstos descienden a Egipto en busca de alimentos. Allí se establecen. Pasan alrededor de 400 años. Al cabo de este tiempo se comienza a ver el

cumplimiento de la promesa: "De tu descendencia haré una gran nación". Alrededor de setenta personas fueron las que llegaron a Egipto, y después de los 400 años Israel se ha convertido en una gran nación de dos millones de personas. Pero, ¿en qué condiciones? Muy lamentables, ya que vive sojuzgada, oprimida dentro de los límites de otra nación, sirviendo a Faraón. En esas circunstancias Dios decide intervenir. No puede tolerar que su pueblo continúe así por más tiempo, sirviendo a otro señor.

MOISÉS Y JOSUÉ

Dios levanta, entonces, a un hombre llamado Moisés, a través del que, con milagros, señales y prodigios, libra a su pueblo de la esclavitud de Egipto. El Mar Rojo se abre ante el pueblo para darle paso hacia el desierto. Allí Dios les da la Ley, las ordenanzas tocantes a los sacrificios, a la construcción del tabernáculo y al orden sacerdotal, y la promesa de que van a entrar a poseer la tierra de Canaán. Sin embargo, por la dureza de sus corazones y por su incredulidad, vagan cuarenta años en el desierto y esa generación no hereda la tierra prometida.

Josué se convierte en el sucesor de Moisés y en el instrumento elegido por Dios para conducir al pueblo de Israel —la nueva generación— hacia la tierra prometida.

Los cinco primeros libros de la Biblia trazan la historia del pueblo de Israel desde Abraham (Génesis 12) hasta la llegada a las puertas de Canaán. Luego sigue el libro de Josué, sucesor de Moisés. Allí se relata la entrada a Canaán y la liberación de las naciones que habitan la tierra prometida, y que Dios da al pueblo por mano de Josué.

CADA UNO HACÍA LO QUE BIEN LE PARECÍA

Cuando Josué muere, Dios levanta a otro: Otoniel. Y después de él, a una sucesión de catorce hombres más, a quienes llaman jueces o libertadores. Jueces, porque internamente cumplen la labor de juzgar al pueblo; y libertadores, porque externamente liberan al pueblo de sus enemigos por medio de la lucha armada. Precisamente el libro que sigue a Josué es el de Jueces. En

él aparece narrada la historia de Israel desde Josué hasta el penúltimo juez, Sansón.

Durante la época de los jueces, se advierte en la vida de Israel una marcada y progresiva decadencia espiritual, moral y política. Al final de este período la nación está hundida en una situación realmente calamitosa.

Sansón, el penúltimo juez, muere. Samuel todavía no aparece en escena. El pueblo desciende cada vez más bajo en su nivel espiritual y, por lo tanto, en todos los otros niveles. Jueces 17:6 hace una descripción exacta del estado del pueblo:

En aquellos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía.

La falta de un gobernante responsable determina una anarquía generalizada. Ese dicho criollo —"Yo hago lo que se me da la gana"— ¡finalmente no es tan criollo que digamos! Miles de años atrás, ya existe un pueblo que tiene el mismo sentir. Cuando leemos los últimos capítulos de Jueces, descubrimos muchas cosas horrendas que se dan en medio del pueblo de Israel porque cada uno hace "lo que se le da la gana" En esto consiste, precisamente, la raíz del pecado. Notemos la forma en que comienzan casi todos los capítulos finales de Jueces.

En aquellos días no había rey en Israel. 18:1

En aquellos días, cuando no había rey en Israel. 19:1

Y notemos cómo termina el libro en 21:25:

En estos días, no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía.

¿Puede un libro tener una conclusión más triste? ¿Puede un autor terminar su relato con una nota más disonante y pesimista? Pero, ésta es la Biblia, la palabra de Dios, y no relata sino la verdad. No puede ponerle un final de novela a los sucesos. Dice lo que es. Ese era el estado real del pueblo.

Para describir la condición actual del mundo, ¿no deberíamos usar la misma frase? ¿En qué radica la esencia del pecado hoy? Cada uno quiere vivir como le parece. No se respetan leyes ni normas. Cada cual anda según su propio antojo. Esa es la médula del pecado del corazón humano.

NO HABÍA REY EN ISRAEL

Lo que más llama la atención en el pasaje que estamos considerando es la primera parte de la frase: *En aquellos días* (los que van desde Sansón hasta Samuel) *no había rey en Israel*.

Hasta aquí, podemos notar dos etapas más o menos definidas en la historia de Israel. Primero, la de los patriarcas, desde Abraham hasta el éxodo. Durante ese período es el padre principal de la familia quien ejerce el dominio (las palabras patriarca y padre proceden de la misma raíz), estableciendo un sistema de sucesión patriarcal en cuanto al gobierno. Con Moisés comienza la segunda etapa. Los líderes de la nación ya no se suceden según el sistema patriarcal, sino que Dios los a levantando de diferentes trasfondos.

Este período (de Moisés a Samuel) es el de los jueces o libertadores. Al llegar a su fin, se nos dice que *en aquellos días no había rey en Israel*. ¿Por qué aparece esta frase cuatro veces en el libro? Parece dar a entender que alguna vez hubo rey, pero que en este momento, por no haberlo, cada uno vive como quiere. Pero, ¿acaso se ha visto antes algún rey sobre la nación de Israel? ¿Abraham, tal vez? ¿O Jacob? No. Ellos son los patriarcas. ¿Y Moisés? Un libertador. Hasta este momento no hay antecedentes de que alguien haya sido rey sobre Israel. Sin embargo, este pueblo, distinto de todos los demás, sí ha tenido un rey. Sólo que su rey no ha sido un hombre. ¡Jehová es el Rey de Israel!

Abraham no hace lo que le parece en su tiempo. Dios le dice: *Sal de tu tierra…* y él sale; *Entrégame tu único hijo…* y él se lo ofrece. Abraham tiene un rey sobre sí.

Moisés no conduce a la nación como tirano o dictador. Cada vez que abre su boca es para decir: *Así ha dicho Jehová*. Moisés lo reconoce como rey de Israel. Él es solamente su ministro. Entra en su despacho, recibe sus mandatos y

sale al pueblo para transmitirlos. Moisés se somete a la autoridad que este rey ejerce sobre la nación.

LA TEOCRACIA

El sistema de gobierno en el cual Dios se constituye como soberano se denomina teocracia. Esta palabra viene de la unión de dos palabras griegas: *theos* (Dios) y *cratos* (dominio). Es decir, "el gobierno, o dominio de Dios." Éste es el sistema que Dios elige para Israel. Pero Dios gobierna de esta manera en tanto que el pueblo lo quiere. Cuando se rebela, no hay más teocracia.

Llega entonces un momento en que no hay profeta, no hay hombre que entre y hable con Dios. No hay ministros ungidos, no se oye la voz de Dios y el pueblo vive como le parece. No hay rey en Israel. De allí la anarquía en que viven tanto la nación como los individuos.

Surge luego el último de los jueces, Samuel. La voz profética comienza a oírse una vez más por su intermedio, a causa de que él empieza a oír la voz de Dios.

"Samuel, Samuel."

"¿Quién me llama?"

Es algo tan desacostumbrado en sus días que Dios hable, que le cuesta bastante entender que el que lo llama es Dios.

Samuel no sólo se convierte en juez, sino que también es el profeta de Dios. Él quiere retornar a la teocracia. Comienza a orientar al pueblo diciendo: "Así dice Jehová: Salid a la batalla", o bien: "Así ha dicho Jehová: No salgáis." Samuel procura que Israel viva otra vez bajo el reino de Dios y durante cierto tiempo lo logra.

DIOS ES DESECHADO COMO REY

Sin embargo, después de algunos años, Israel quiere librarse nuevamente de la teocracia.

Entonces todos los ancianos de Israel se juntaron, y vinieron a Ramá para ver a Samuel.

1ª Samuel 8:4

Los ancianos se juntan y convienen:

"Debemos hacer algo. Samuel nos dice a cada momento, así ha dicho Dios. En el tiempo de nuestros padres no era así. Cada uno hacía lo que quería. ¿No es mejor eso? ¿Hasta cuándo vamos a soportar este sistema de cosas? "Que Dios dijo esto, que Dios dijo lo otro… ¿Por qué no le sugerimos un cambio?"

Se ponen de acuerdo, van a Ramá y llaman a Samuel. Uno toma la palabra:

"Honorable y respetable profeta Samuel. Nosotros, los ancianos del pueblo de Israel, reunidos de común acuerdo, queremos expresarte nuestro reconocimiento por los servicios prestados hasta aquí, y dada tu avanzada edad, hemos acordado concederte el cese de funciones. Estamos muy agradecidos por todo. Pero antes de tu retiro quisiéramos solicitarte un último favor."

Samuel, muy sorprendido, aguarda el pedido.

He aquí, tú has envejecido, y tus hijos no andan en tus caminos; por tanto, constitúyenos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones.

1ª Samuel 8:5

Al oír esto, el profeta queda fuertemente disgustado: "Pero, ¿este pueblo no entiende? ¿O acaso ignora su historia? ¡Son el pueblo de Dios! ¿Cómo se les ocurre pedir un rey?" Su corazón está cargado y dolorido. Samuel va a orar, a buscar a Dios.

¿De dónde, Señor, de dónde ha salido esto? ¿Cómo se les ocurre tal cosa? Han dicho: "como tienen las demás naciones." Ah, cuando el pueblo de Dios baja sus normas al nivel de los que viven sin Dios, ¡cuántos males comienzan a surgir!

"Queremos un rey como tienen los demás". Israel está viviendo en Canaán, rodeada por otras naciones, las que sí tienen rey, y sabe de las fiestas que se

hacen cuando el monarca visita alguna de sus ciudades. Toda la gente se agolpa en la plaza y a los lados de la calle principal. El camino real es embanderado. Aparecen las palmas, las flores, la banda de música. ¡Qué entusiasmo se genera! ¡Viene el rey! De pronto, llegan dos jinetes; son los heraldos del rey. Hacen sonar sus trompetas: ¡Atención! ¡El rey viene! A lo lejos se comienza a divisar un carruaje que avanza por la vía real. Se acerca; es blanco y está muy engalanado. Viene tirado por caballos espléndidos. Sobre el carruaje hay un trono; sobre el trono, un rey; y sobre la cabeza del rey, una corona. La gente vitorea, agita sus manos en alto, aclama con júbilo: ¡Viva el rey! Los músicos ejecutan la marcha real. Todo es algarabía.

¡Es fabuloso tener un rey! ¿Por qué todos lo tienen y nosotros no? Samuel, queremos un rey, un rey como tienen las otras naciones.

> *Pero no agradó a Samuel esta palabra que dijeron: Danos un rey que nos juzgue. Y Samuel oró a Jehová. Y dijo Jehová a Samuel: Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan; porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos*.
>
> *1ª Samuel 8:6, 7*

"Samuel, dales lo que te piden. Porque me han desechado a mí. Han dicho, en otras palabras: No queremos que éste reine sobre nosotros. Pidiendo un rey humano han pretendido disfrazar sus intenciones. Pero en realidad no quieren que yo reine sobre ellos."

UN REY CONFORME AL CORAZÓN DEL PUEBLO

Entonces es ungido el primer rey sobre Israel: Saúl. Ya que el pueblo así lo quiere, Dios les da un rey conforme al corazón de ellos. Un rey hermoso, de buen físico y muchas virtudes, joven, de excelentes condiciones. Así es Saúl. Si leemos acerca de sus comienzos, quedaremos muy bien impresionados con respecto a él. Reúne todas las condiciones humanas requeridas para ese cargo.

Pero ya en el segundo año de su reinado, cuando Jonatán su hijo ataca la guarnición de los filisteos y los pone en huída, Saúl pasa un pregón por todo Israel: "Saúl ha atacado a la guarnición de los filisteos." ¡Es una mentira! Jonatán lo ha hecho. Pero él quiere la gloria para sí; quiere ser aclamado por el pueblo.

Eso no es todo. Su problema fundamental radica en que al convertirse en rey quiere hacer lo que a él le parece. El profeta, que representa para él la voz de Dios, le dice: No ofrezcas tú el sacrificio, y Saúl espera siete días. Como Samuel se demora, desobedece y ofrece el sacrificio él mismo. Cuando Dios dice "No," Saúl dice "Sí."

Entonces Samuel dijo a Saúl: Locamente has hecho; no guardaste el mandamiento de Jehová tu Dios que él te había ordenado; pues ahora Jehová hubiera confirmado tu reino sobre Israel para siempre. Mas ahora tu reino no será duradero. Jehová se ha buscado un varón conforme a su corazón, al cual Jehová ha designado para que sea príncipe sobre su pueblo, por cuanto tú no has guardado lo que Jehová te mandó.

1ª Samuel 13:13, *14*

Más tarde Dios le dice a Saúl: "Mata a todos, animales y hombres." Pero Saúl se excusa y, por iniciativa propia perdona a algunos. Ahora que Dios dice "Sí," él dice "No." Eso es hacer lo que a uno le parece. En eso consiste el pecado mayor.

SAÚL ES DESECHADO

Dios desecha a Saúl como rey sobre Israel. A él y a su descendencia, aunque sigue gobernando por algunos años más. ¿Por qué? ¿Es tan grave lo que ha hecho? Sí; ha querido hacer su propia voluntad.

¡Triste historia la de Saúl! Ungido y luego desechado. Finalmente acaba atormentado por demonios, y lleno de celos homicidas hacia David. Su vida concluye mientras huye delante de sus enemigos. No hay voz de Dios para él. Ha vivido en conflictos y tormento interior. Y ahora queda acorralado por los que lo persiguen. En pleno campo, herido y a punto de perder la batalla, le dice a su escudero: "Saca tu espada y mátame." El escudero no se atreve, y dado que en su orgullo Saúl no puede permitir que sus enemigos lo maten, clava la empuñadura de su espada en la tierra y se arroja sobre ella. Así termina la vida de un hombre que ha querido vivir como mejor le ha parecido, no reconociendo al Señor como la autoridad suprema de su vida.

UN VARÓN CONFORME AL CORAZÓN DE DIOS

Mientras aún vive Saúl, Dios le dice a Samuel:

—Levántate, toma el cuerno, llénalo de aceite. Hoy vas a ungir a un varón conforme a mi corazón como rey de Israel.

—Señor, si Saúl se entera, me matará.

—¡Ve!

—¿A dónde, Señor? —responde en obediencia Samuel.

—A la casa de Isaí.

—¿Isaí?

—Sí, uno de sus hijos será el rey.

—¿Un hijo de Isaí? ¿El hijo de un campesino va a ser el rey?

—¡Ve!

Y Samuel va a Belén, la aldea donde vive Isaí.

—¡Bienvenido seas, profeta Samuel! ¿Qué te trae por aquí?

—Un mandato de Dios. Quiero que hagas pasar tus hijos delante de mí, porque Dios me ha ordenado que unja a uno de ellos por rey sobre Israel.

Sorpresa y excitación en el corazón del padre.

—¿Cómo es eso? ¿Uno de mis hijos? ¿Ungido rey? ¿Hoy?

No cabe dentro de sí. Sale en seguida en busca de uno de los muchachos. ¿A quién llamar? ¿Cuál será el mejor candidato? ¡El primogénito, por supuesto! ¡Es especial para rey!

Llama, entonces, al hijo mayor. Cuando Samuel lo ve, no puede ocultar su satisfacción.

—Es éste, sin duda. ¡Excelente muchacho!

Pero Dios le habla: No es él. (Porque el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón.)

—No, éste no es —declara entonces Samuel.

“¡Qué extraño!” —piensa el padre—. “Yo creí… Bueno, seguramente es el segundo.”

Entra el segundo. Y Dios vuelve a decir: “No.”

Pasan el tercero… el cuarto… el séptimo, y tras cada uno Dios repite: “No.”

—Jehová no ha elegido a éstos —dice finalmente Samuel, e Isaí queda confundido.

—¿Tienes algún otro hijo? —le pregunta el profeta.

—Aún hay uno más… pero no como ser rey. Es un muchacho muy sencillo, criado en el campo, entre las patas de los animales. Es el que cuida las ovejas.

—¡Llámalo!

Alguien sale en busca del menor.

—David, David, papá te necesita.

Viene David corriendo. Entra así nomás, en sandalias y ropa de campo, sucio y desarreglado. El Señor le habla a Samuel:

—Levántate y úngelo; éste es.

El profeta se pone de pie y toma el cuerno. David se arrodilla delante de él, y es ungido como rey de Israel en el nombre de Jehová. ¡He aquí el candidato de

Dios, aquel a quien él ha escogido! Recién después de varios años David va a poder ceñirse la corona real, pero en ese instante ya queda ungido como rey, por ser un varón conforme al corazón Dios.

DAVID EXALTA AL VERDADERO REY DE ISRAEL

En el campo, bajo los árboles, bajo las estrellas, David ha aprendido a conocer a Dios y lo ha proclamado Señor de su vida. Sus salmos y alabanzas lo reconocen como rey de Israel; más aún, como rey de las naciones: “¡Oh Jehová, Señor nuestro, cuán grande es tu nombre en toda la tierra!”

De modo que cuando David ocupa el trono enseña al pueblo a reconocer al auténtico rey de Israel, diciendo: “No soy yo el verdadero rey de Israel, sino Jehová. A él le debemos obediencia. A él hay que honrar.”

Para David cada culto es una fiesta de gloria; es el momento en que el pueblo se reúne para celebrar al Señor. Por eso proclama:

“El rey está en medio del pueblo. Aclamadle. Es digno de suprema alabanza. A él se debe dar gloria, a él aplaudid y no a mí. Batid palmas, levantad manos, alabadle con danzas, bendecid su nombre. Cantad con júbilo delante del rey de toda la tierra.”

Si en la historia ha habido un hombre que ha enseñado a toda su generación a alabar a Dios, éste ha sido David. Y no sólo a su generación, sino a todas las que le siguieron. ¡Él es mi profesor de alabanza!

DIOS JURA A DAVID

Siendo David el rey, Dios afirma su trono para siempre mediante juramento:

Hice pacto con mi escogido; juré a David mi siervo, diciendo: para siempre confirmaré tu descendencia,y edificaré tu trono por todas las generaciones.

Salmo 89:3, 4

Levantaré descendencia después de ti, a uno de entre tus hijos, y afirmaré su reino… y yo confirmaré su trono eternamente.

1ª Crónicas 17:11, *12*

Dios jura, por lo cual interpone inmutabilidad. Y su juramento es doble: primero, el reinado de David será confirmado; segundo, de su descendencia Dios levantará alguien que se sentará en su trono para siempre.

A David le sucede en el trono su hijo Salomón, éste tiene un hijo llamado Roboam quien, cuando Salomón muere, ocupa el trono. Entonces ocurre una sublevación. Jeroboam, uno de los generales de Salomón, viendo que Roboam no anda en los caminos de su padre, se rebela contra él y quiere reinar en su lugar. Como resultado, el reino de Israel (que hasta entonces se ha conservado en unidad), se divide en dos. Roboam se sienta en el trono de David, en Jerusalén, sobre la casa de Judá. Para decirlo más exactamente, reina sobre las tribus de Judá y Benjamín, en tanto Jeroboam gobierna sobre la casa de Israel (las diez tribus del norte). Pero el trono corresponde realmente a Roboam, por ser descendiente de David.

En los libros de Reyes y Crónicas se ve correr la historia de estas dos líneas de reyes a través de varias generaciones. Pasan los años, los reyes se suceden. Llega el cautiverio, luego la restauración, y aproximadamente diez siglos después del Rey David, nace un descendiente suyo llamado JESÚS, en un pueblo conocido como Belén, de una mujer de nombre María.

JESUCRISTO: HIJO DE DAVID, HIJO DE ABRAHAM

¿Cómo comienza el Nuevo Testamento? *Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham* (Mateo 1:1). David y Abraham son los dos personajes que reciben juramento de Dios en cuanto a su descendencia.

Este que ahora nace es hijo de David, su descendiente directo, aquel de quien Dios dijo: Levantaré a alguien de tu descendencia que se siente en tu trono y reinará eternamente y para siempre. Jesús es hijo de David. Pero también es hijo de Abraham, a quien Dios le prometió: “En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra.” Este pasaje hace referencia a Jesús, la simiente de Abraham, en quien serían benditas todas las naciones de la tierra.

Él nace y los ángeles cantan. Vienen magos de oriente para adorarle. Preguntan: “¿Dónde está el rey que ha nacido?”

Herodes se preocupa: “¿Qué rey? Yo soy el único rey.” Se turba, tiene temor, y quiere matar a Jesús, aniquilarlo. Pero no puede.

Jesús, a la edad de treinta años, comienza su ministerio público. Va primero a las ovejas perdidas de la casa de Israel. El mensaje que predica es: Arrepentíos, porque el reino de Dios se ha acercado.

Pero, ¿qué es el arrepentimiento? Pues, un cambio de actitud. Cristo, en otras palabras, nos está diciendo: Cambien de actitud.

—Pero, ¿qué actitud?, —respondemos.

—La misma que tuvieron sus antepasados cuando dijeron: “No queremos que éste reine sobre nosotros.” ¡Cambien, arrepiéntanse, que el reino de Dios viene!

—¿Qué reino?

—El reino de Dios, la teocracia.

Notamos, pues, que cuando el hombre quiere por rey a otro hombre, Dios se lo concede, aunque él no va a truncar sus planes. Comienza con un hombre hasta llegar a Jesús, Hijo de David, pero esencialmente Hijo de Dios. Su propósito final es el de establecerse en el trono, y esto lo logrará a través del Hijo. La teocracia es el sistema de gobierno elegido por Dios para regir a los hombres; la teocracia triunfará.

LA ACTITUD REBELDE

Jesús anuncia el reino de Dios. Israel como nación lo rechaza. Mantiene su actitud rebelde. Su expresión como pueblo es: No queremos que éste reine sobre nosotros… “¡Crucifícale, crucifícale!”

¿A vuestro rey he de crucificar?”

"¡Crucifícale!"

Esta es la respuesta de Israel con respecto a Jesucristo. Lo crucifica, lo desecha, lo desprecia. No acepta su reinado.

Mateo, capítulo 11, nos hace sentir el lamento de Jesús sobre las ciudades de Israel. Primero va a las ovejas perdidas de la casa de Israel, pero ellas lo rechazan. Entonces Cristo dice:

> *¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y Sidón [ciudades gentiles] se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotros, tiempo ha que se hubieran arrepentido... Y tú, Capernaum, que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida*.

Con estas palabras Cristo cierra su ministerio dirigido especialmente a Israel, y abre las puertas del reino para todas las naciones.

EL VERDADERO ISRAEL

Jesús lanza su proclama universal:

> *Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros*...
>
> *Mateo 11:28*

Cristo invita a todos, pero les advierte: Venid para llevar mi yugo, el yugo que Israel no quiso soportar sobre sí.

Desde el mismo comienzo de su ministerio, Israel como nación lo resiste. Sin embargo, hay individuos que responden a su llamado. Pasa Jesús junto a Pedro y Andrés, a quienes dice: Venid en pos de mí. Encuentra a Mateo, y lo llama: Sígueme. A Zaqueo: Bájate. Y todos ellos le obedecen y lo siguen.

Primero son dos, luego tres, después cuatro, doce, setenta. Se está formando el verdadero pueblo de Dios, el reino de Dios sobre la tierra. El grupo básico con que comienza es pequeño. En Pentecostés no son más de 120. Pero 120 discípulos que tienen a Cristo como Señor y Rey de sus vidas.

Sin embargo, y dado que éste es un reino santo y eterno, tanto en su forma terrenal como en la celestial, Cristo debe entregar su vida para redimir "para sí un pueblo propio celoso de buenas obras." Debe morir en la cruz para que todos aquellos que se arrepientan y lo confiesen como el Señor de sus vidas puedan ser participantes de este reino. Entonces, mediante su muerte y resurrección, él forma el verdadero Israel, un Israel espiritual, un pueblo que le responde, que le reconoce como rey.

Israel había sido hasta aquí el pueblo de Dios, el que Dios había escogido. Pero luego que Israel lo rechaza, cuando se cumple el tiempo, Dios forma un nuevo Israel. No lo hace sólo con los que son hijos de Abraham según la carne, sino con los hijos de Abraham según la fe, los hijos de la promesa. Son aquellos que creen y permanecen en la misma fe de Abraham.

Este reino tiene un fundamento firme. La condición para pertenecer a él no es el haber procedido de la descendencia de Abraham sino el haber nacido de arriba, del agua y del Espíritu. El que no naciere de nuevo no puede ver, ni tampoco entrar, en el reino de Dios. Dios tiene hoy su Israel espiritual.

En su carta a los Efesios, Pablo declara que la pared intermedia de separación que había entre gentiles y judíos fue derribada por la muerte de Cristo. Ya no hay más dos pueblos, pues de ambos hizo uno solo. Un solo pueblo que es su cuerpo, la iglesia. En Romanos 2:28, 29, Pablo señala que no son judíos los que están circuncidados en la carne sino aquellos que están circuncidados en su corazón. Aquel que ha nacido de nuevo es el verdadero judío para Dios.

Pablo insiste en esta verdad en Romanos 9:6–8:

No que la palabra de Dios haya fallado; porque no todos los que descienden de Israel son israelitas, ni por ser descendientes de Abraham, son todos hijos; sino: En Isaac te será llamada descendencia. Esto es: no los que son hijos según la carne son los hijos de Dios, sino que los que son hijos según la promesa son contados como descendientes.

Todos los que descienden ahora del Hijo de la promesa, Jesucristo, forman el verdadero Israel, el pueblo de Dios.

EL REINO DE DIOS SE EXTIENDE

Cuarenta días después de su resurrección, Cristo asciende a los cielos. Deja un grupo de 120 personas que constituyen, por el momento, el reino de Dios sobre la tierra. Pero ¿qué pueden hacer 120 en un mundo en el que existen tantos poderíos, reinos y potestades? Sin embargo, 120 con Cristo como Señor absoluto de sus vidas son bastantes.

Cuando llega el día de Pentecostés, desciende el poder del Espíritu Santo y los 120 son inflamados por él. Ahora la iglesia cuenta con poder: "¡Tuyo es el reino! ¡Tuyo también el poder!" Son 120 nomás, pero con el poder de Dios comienzan a extenderse y a crecer. ¡Y cómo crecen! En aquel mismo día se convierten 3.000 personas. Poco después 5.000 varones más se suman al reino. Y así sigue. El reino avanza en forma arrolladora. Comienza a penetrar en otras naciones. ¡Aquellos hombres creen lo que su Señor les ha dicho! *Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por lo tanto, id y haced discípulos a TODAS LAS NACIONES*. Jesús no les ha dicho: "Haced discípulos EN las naciones," sino, "A las naciones." Ellos salen y van a hacer discípulos no a unos pocos en cada nación sino a las naciones enteras. ¡Y lo hacen, lo logran! ¡Cambian la historia del mundo! Naciones enteras se convierten a Jesucristo, porque ellos creen que este Jesús tiene toda potestad, que es el Señor. Y ¿quién puede detenerlos?

De esta convicción surge la dinámica de expansión de la iglesia primitiva. De allí ese poder de crecimiento, esa fuerza de avance, ese ímpetu que los lleva a nuevas ciudades y naciones. Ellos tienen conciencia de una tremenda verdad: "Nosotros somos ahora el reino de Dios aquí en la tierra. Y este reino ha de extenderse por su poder." ¡Y cómo se extiende!

Los arqueólogos han descubierto más de 170.000 cráneos humanos en las catacumbas de Roma. ¿Y los que no se han descubierto? ¿Y los que han muerto quemados, atravesados por espadas, o arrojados a las fieras en la arena romana? ¿Y los que han sido martirizados en diferentes lugares? ¡Cómo se extiende el reino de Dios en el primer siglo!

Les cuesta la vida a muchos, sí, pero ¿qué pasa con ellos? ¿Se pierden? ¡No! Dejan el reino en la tierra para ser trasladados al mismo reino en los cielos. La enseñanza bíblica es que la iglesia constituye una sola familia, formada tanto por

los que están en el cielo como por los que están en la tierra. Mientras permanecemos aquí, vivimos para hacer la voluntad de Dios en esta tierra como se hace en los cielos.

Dios está llevando a su iglesia a experimentar esta realidad: a que se exprese, a que viva en la tierra como reino de Dios. Tú, como parte de la iglesia, tienes la tremenda responsabilidad de permitir que el reino venga. Que venga a tu vida. Que venga a tu hogar. A todas tus relaciones. ¡Oh, que surja sobre la tierra un pueblo que honre, corone y obedezca a Jesucristo como Señor y Rey!

Capítulo 3

Los dos reinos

Según lo afirma el apóstol Pablo, hay dos reinos en este mundo: el de las tinieblas y el de la luz. Veamos lo que escribe a los Colosenses:

> *Con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo*.
>
> *Colosenses 1:12*, *13*

Ahora bien, ¿qué es un reino? Es una comunidad compuesta por dos clases de personas: el rey, que gobierna, y los súbditos, que obedecen y se sujetan a la autoridad del rey. Si faltara algunos de estos componentes, no habría reino. No puede haber reino sin rey; tampoco puede haberlo sin súbditos.

El reino de las tinieblas tiene su rey: Satanás. El reino de la luz también tiene el suyo: Jesucristo. Todos nosotros hemos nacido en el reino de las tinieblas. Adán, en su desobediencia, al no reconocer la autoridad de Dios como Señor y Rey de su vida, deja de pertenecer al reino de la luz y pasa al de las tinieblas. Desde entonces, todo hombre que nace de la descendencia de Adán, nace en el reino de las tinieblas. Hablando de los que viven en las tinieblas, Pablo dice:

> *Entre las cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo*.
>
> *Efesios 2:3*

La verdadera conversión tiene dos aspectos, según Colosenses 1:13. El primero es ser liberado de la potestad de las tinieblas. Allí estábamos, pero Dios nos sacó, nos liberó. Ahora somos libres, sí, pero no para dar ocasión a la carne, y decir: “Bueno, antes éramos esclavos, súbditos de Satanás, pero ahora podemos hacer lo que se nos da la gana.” Si así hiciéramos, estaríamos interpretando mal el evangelio de Cristo.

Y esto se ve claro en el segundo aspecto de la conversión: somos librados de un reino para ser trasladados a otro. Dios nos libra del reino de las tinieblas y nos traslada al reino de su amado Hijo. La verdadera conversión, en su aspecto pleno, consiste en este traslado.

Por mucho tiempo pensé que sería trasladado al reino de Dios el día que muriera, que recién entonces entraría a él. O bien, que cuando Cristo viniera, él traería su reino. Pero Pablo no ha muerto, ni Cristo ha vuelto todavía cuando aquél dice, usando el verbo en tiempo pasado para indicar el hecho como algo ya consumado: *Nos libró del reino de las tinieblas y NOS HA TRASLADADO al reino de su amado Hijo*. El tener la idea de que algún día vamos a entrar en el reino, o de que algún día vendrá el reino, nos ha creado una concepción errónea de Cristo. Mientras sólo esperamos aquel día, miramos al Señor como nuestro salvador, nuestro sanador, nuestro ayudador. Y creemos que recién cuando él llegue será nuestro rey. Por esa razón tomamos con tan poca seriedad su autoridad, lo que ocasiona debilidad y desorientación en nuestras vidas. Cristo debe reinar ya. Necesariamente debemos ser trasladados a su reino, porque la verdadera conversión consiste en eso: en ser librados de un reino para ser incorporados a otro.

Pero, ¿cómo se llega a pertenecer a un reino? Sencillamente por hacerse súbdito del rey. ¿Cómo entrar al reino de Jesucristo? Únicamente por permitir que Cristo llegue a ser el Señor y Rey de la vida.

Si alguien nos preguntara a qué reino pertenecemos, seguramente nos apresuraríamos a responderle: “Por supuesto, al reino de la luz.” Pero, y esto sea dicho sin ánimo de echar sombras sobre esta afirmación, es conveniente aclarar cuáles son algunas de las características de estos dos reinos a fin de determinar en cuál de los dos estamos. Si a causa de este análisis notas que necesitas realizar ajustes en tu vida, será cuestión de que en lo sucesivo te ocupes de hacerlos; de este modo toda duda quedará eliminada y podrás ocuparte luego de seguir a Jesucristo con toda fidelidad.

UN REY DECORATIVO

Suelo describir a la iglesia contemporánea como “la Inglaterra espiritual.” Me explico. Quedan ya pocos países gobernados por un régimen monárquico.

Gran Bretaña es uno de ellos. Por perpetuar su tradición histórica, los británicos siguen conservando esa estructura. Es el Reino Unido de Gran Bretaña. Tiene un rey —en la actualidad, una reina— con su trono, su pompa, su palacio, su corte, su séquito. Ella recibe el aplauso, la gloria y el homenaje del pueblo. Sin embargo, dicen los mismos súbditos: "El rey reina, pero no gobierna."

El rey es un personaje tradicional, una figura decorativa. Todos aclaman: ¡Viva el rey! Todos honran su figura. Pero no gobierna. No es la autoridad suprema. Hay un primer ministro, existe la Cámara de los Lores y la de los Comunes, y son ellos quienes gobiernan al país como creen mejor. Con esto no quiero dar a entender que esté bien o mal lo que hacen en Inglaterra: simplemente deseo señalar por qué llamo a la iglesia "la Inglaterra espiritual."

En la iglesia, ¿quién no reconoce que Cristo es el rey? Cualquier iglesia protestante, ortodoxa o católica, declara: "Cristo es el rey." Todos decimos ¡amén!, y le cantamos alabanzas. Pero la triste realidad que vivimos hasta hoy en nuestras iglesias es que Cristo reina pero no gobierna. Él es el rey, pero el primer ministro maneja las cosas. Dios quiere traer su reino primeramente a la iglesia, y luego extenderlo a todos los demás.

Conviene reflexionar un momento. Dios ha prometido salvar a multitudes en distintas ciudades, pueblos y naciones. Él ha dicho que derramará su Espíritu sobre toda carne, y habrá salvación, y que todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo. Los miles que se conviertan se sumarán a la iglesia, a la comunidad que ya existe. Si entre nosotros, que ya formamos parte de esa iglesia, Cristo no gobierna, en ellos tampoco gobernará. De allí el énfasis, la insistencia del Señor, en que Cristo sea el rey de esta comunidad, la iglesia actual, el que la gobierne en la práctica. Y también tiene que ser el Señor sobre todos los aspectos de nuestra vida.

LA LEY DEL REINO DE LAS TINIEBLAS

Cada nación tiene una ley, una constitución que rige la vida de sus ciudadanos. También ocurre esto en la esfera espiritual. Sé a qué reino o a qué nación pertenece una persona por la ley que rige su vida. El reino de las tinieblas tiene una ley, y el reino de la luz otra. ¿Cuál es la ley del reino de las tinieblas?

En Efesios 2:3, el apóstol Pablo señala el sistema que rige para aquellos que viven lejos de Dios:

> *entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás*.

Aquí hay una referencia directa a los deseos, a la voluntad, a los pensamientos de nuestra carne, pero ¿cómo podemos identificarlos? ¿Cuáles son los deseos de la carne? ¿Cuál es la voluntad de la carne? ¿Cuáles son los pensamientos de la carne? Muchas veces tomamos la palabra carne como referida a lo sensual, a lo perverso. Pero, según el lenguaje de la Biblia, la carne es nuestra naturaleza humana no regenerada, la naturaleza que hemos heredado de Adán, nuestros impulsos, deseos, pensamientos y voluntad propia, los que, después de la caída, están enemistados con la voluntad de Dios. El deseo de mi carne es mi propio deseo, por más sano e inocente que me parezca. Hacer los deseos de la carne es hacer lo que yo quiero; la voluntad de mi carne es "hacer lo que se me da la gana;" y los pensamientos de la carne consisten en llevar a la acción lo que se me ocurre, lo que me parece. En conclusión, la ley que rige en el reino de las tinieblas es ésta: *Vive como quieras, haz lo que te parezca, lo que te guste, lo que te convenga, lo que se te ocurra*.

LA LEY DEL REINO DE LA LUZ

El reino de Dios tiene una ley muy diferente: *Vive como él quiere*. Vive, sí, pero como el Señor manda, como él ordena, y no como te parece. ¡Qué sencillo! ¡Pero qué enorme diferencia señala!

¿Qué ley se cumple en tu vida? ¿A qué reino perteneces? ¿Cómo vives? ¿Cómo tú quieres, o como él quiere? No basta hacer su voluntad en algunos aspectos de la vida; hay que hacerla en todos. No es cuestión de obedecerlo cuando nosotros queremos sino en todo momento, en cualquier circunstancia.

Ya no puedo regir yo mi propia conducta; mi voluntad debe estar definitivamente rendida a la de él. Ya no puedo trazar mis propias normas en medio de la sociedad en la cual vivo, ni tampoco en mi propio mundo interior. Hay una sola ley que me debe regir: Vivir como él quiere. Si en algún momento

me encontrara obrando en contra de su ley, inmediatamente debería corregirme, diciéndole: “Señor, perdóname; es tu ley la que debe cumplirse siempre en mi vida.” Pero si soy atrevido, o indiferente y hago lo que a mí me parece, ¿puedo engañar a Dios? Las Escrituras declaran:

No os engañéis; Dios no puede ser burlado.

Gálatas 6:7

Y en otra parte David exclama:

¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿A dónde huiré de tu presencia?

Salmo 139:7

La vida cristiana es para ser vivida de frente al Señor y a la luz de su presencia, con toda transparencia.

Con sinceridad, ¿cuál es la ley que se cumple en nuestras vidas? Con respecto a muchas cosas hacemos lo que él quiere; pero, ¿no es cierto que en muchas otras hacemos lo que nosotros queremos? Entonces, ¿a qué reino pertenecemos? No podemos estar con un pie en cada lado. Dios quiere definir esta situación. Debemos disponernos enteramente para vivir siempre según su voluntad.

EL IDIOMA DEL REINO DE LAS TINIEBLAS

De acuerdo con el idioma que alguien habla, o a la forma en que lo habla, se puede identificar su procedencia: francés, japonés, argentino. Todo el día estamos hablando, desde que despertamos a la mañana hasta que nos acostamos; con todos y a cada momento. De modo que el idioma que hablamos es algo muy importante. El idioma que hablo evidencia a qué reino pertenezco, pues tanto el reino de las tinieblas como el de la luz tiene cada uno su propio lenguaje.

La queja es el idioma del reino de las tinieblas. ¿Qué lenguaje se habla en el infierno? Pues, la queja. Allí todo es gemido, lamento y queja. ¡Ese es el idioma!

Todos estamos en la tierra como peregrinos. Nuestra patria eterna será el cielo o el infierno. Al pasar por este mundo, la gente observa el idioma que hablamos y descubre de qué lugar somos y hacia dónde vamos. En nuestra casa, en nuestro taller, en nuestra oficina, en nuestra escuela, en todas partes, ¿qué idioma hablamos? Nuestra manera de hablar delata también quién está reinando en nuestro corazón.

La queja es el idioma de un pueblo derrotado, fracasado, de un pueblo que vive en las tinieblas, en la confusión, en la desorientación, en la perdición. Cuando dos ejércitos regresan de la batalla, ¿cómo vuelven los derrotados? Tristes, cabizbajos, quejándose, rezongando, lamentando.

En ciertas ocasiones, al pasar cerca de algún estadio de fútbol, veo regresar a los simpatizantes de los dos equipos rivales. No necesito preguntar qué equipo ganó. Me doy cuenta por las quejas de los simpatizantes cuál es el equipo perdedor. Si los "hinchas" de Boca Juniors vuelven quejándose, significa que perdió Boca. El idioma que hablan los identifica.

La queja es el lenguaje del infierno. Si pudieras hacer un viajecito al infierno y volver luego, nos dirías: "Allí se quejan todos continuamente. Son lamentos interminables."

Pero, veamos ahora qué idioma hablan los que, estando en este mundo, viven en el reino de las tinieblas. Si pusieras atención, al menos por un día, al lenguaje de la gente, quedarías sorprendido.

Una mañana, al salir de casa, me encuentro en el pasillo con una vecina.

—Buenos días, señora.

—Buenos días, Jorge —me responde ella.

—¿Cómo está usted?

—Bien, gracias. ¡Pero esta chica...!, ¡mire, qué manera de limpiar! Dejó todo el pasillo sucio. No sé para qué le pagamos. ¡Estas chicas de hoy ni siquiera saben limpiar! ¡Es que no tienen vergüenza!.

¿Qué idioma habla? La queja.

Camino dos o tres cuadras y saludo a otro vecino.

—Buenos días, don José. ¿Qué tal?

—Bien, bien. ¡Pero mire dónde me dejaron el recipiente de la basura los que juntan los residuos! ¿Será posible? ¡Todos los días lo mismo! ¿Para qué trabaja esta gente?

Y sigue quejándose, diciendo algunas otras cosas que no sería edificantes reproducir.

Llego a la parada del ómnibus. Hay otra persona esperando desde hace un rato. Se mueve nerviosamente.

—¡Este colectivo no viene nunca! Y la hora que es… (habla solo, caminando de un lado al otro). Yo no sé… Nunca se puede confiar. No sé para qué ponen una empresa si no tienen suficientes vehículos.

Queja y más queja.

Finalmente, llega el colectivo. Sube él y luego yo. El colectivo arranca, y justo se enciende la luz roja del semáforo. El conductor se ve obligado a frenar y comienza a hablar solo.

—¡Pero estas luces! ¡En vez de ayudar al tránsito, lo estorban! ¡A esta hora deberían poner paso libre! ¡Qué barbaridad! ¿Cuándo aprenderán a hacer las cosas bien?

Luz verde. Reanudamos el viaje. Una mujer grita desde atrás:

—¡En la próxima esquina, chofer! —pero el chofer se pasa de la esquina.

—Chofer, ¡le dije en la esquina! —dice la mujer disgustada.

—En esa esquina no hay parada, señora.

—¿Cómo que no hay parada, si siempre me bajo allí?

—Bueno, pero no hay parada.

—Sí que hay parada.

—No, señora.

—¡Sí!

Al final se baja, y desde la vereda le grita:

—¡Ustedes los colectiveros son todos iguales! ¡No tienen vergüenza!

Bajo del colectivo, busco un teléfono público. Hay un hombre hablando en la cabina y otro esperando. El que habla lo hace tranquilamente; el otro evidencia impaciencia y malestar. No sabe qué hacer. Ya está furioso. Le escucho decir algunas frases a media voz:

“¿Cuándo piensa terminar éste? ¿Se cree dueño del teléfono? ¿Por qué no se comprará uno para él solo?”

Por fin el hombre se va.

“Era tiempo de que terminara, ¿no?”

Introduce la ficha y disca…

“¡Ocupado! Pero… —Insiste, y ¡otra vez ocupado!— ¡No sé qué hace esta gente! ¡Siempre da ocupado!”

Siguen las quejas. Es su idioma. Y si el aparato le llega a tragar la ficha, ¡mejor taparse los oídos!

Muchas veces el clima es el blanco de nuestras quejas: “¡Qué tiempo!, ¿no? ¡Ufa! ¡Qué calor!… ¡Qué frío hace!… ¡Se nubló de nuevo! ¡Otra vez empieza a llover! ¡Cuándo saldrá el sol!”

Pregunto: ¿Qué quieres? ¿Que nunca haga calor, que nunca haga frío, que nunca llueva? El problema no es lo que pasa afuera, sino lo que reina adentro.

Abre la puerta y entra en una casa. Si pudieras convertirte en un personaje invisible, mejor. Porque cuando un extraño entra a una casa todos se vuelven muy amables. “Oh, buenas tardes. ¡Pase! ¿Cómo le va? ¿Y su familia? Mamita, ¿por qué no preparas algo para tomar?” Por eso digo, si pudieras entrar sin que nadie lo advirtiera, para que todo siguiera desarrollándose normalmente, ¿qué es lo que verías? ¿Qué idioma se habla en la casa?

El hijo se queja contra la madre: “Mamá, ¡cuántas veces te dije que necesito un pantalón, y no me lo compras! ¿Por qué a él se lo compraste y a mí no?”

La madre se queja contra el hijo: “Nene, ¡a comer! ¿Cuántas veces te tengo que llamar? ¿Qué soy yo, tu sirvienta? ¡Ah, y después, guarda tu ropa! ¡Qué te crees!”

La esposa se queja contra su marido: “Hay una canilla que gotea. ¡Hace quince días que te lo estoy diciendo, y todavía no la arreglaste!”

El marido contra la mujer: “Y, ¡otra vez hiciste guiso! Todo el día trabajando, ¿y tener que venir a casa para comer un plato de guiso?”

Hay tinieblas adentro, y de la abundancia del corazón se queja la boca.

EL IDIOMA DEL REINO DE LA LUZ

¿Cuál es el idioma del reino de Dios? La alabanza. ¿Qué idioma se habla en el cielo? Pues, la alabanza. ¡Allí todos alaban! Todos dicen: “Gracias, Señor… ¡Gloria al Señor!… ¡Aleluya!” Si pudieras hacer un viajecito al cielo, y volver, nos dirías:

“Todos allí hablan el idioma de la alabanza. ¡Ninguno se queja!”

Mientras que en el infierno no hay ninguno que alabe, en el cielo no hay ninguno que se queje. Abajo, todo es queja; arriba, todo alabanza.

¿A qué país perteneces tú? ¿Qué idioma utilizas? Tu lenguaje delata quién reina en tu corazón. La alabanza es el idioma del pueblo triunfante, victorioso. El ejército vencedor vuelve de la batalla cantando, aclamando. Hay un tono de victoria en su marcha, hay alabanza. ¿Por qué? Porque han vencido. ¿Con qué pueblo estás identificado? ¿Cuál es el lenguaje que predomina en tus labios?

A veces nuestra conducta lleva a confusión. Por ejemplo, cuando nos sentamos a la mesa, inclinamos las cabezas y decimos: "Gracias, Señor, por este pan. Amén." Luego, tomamos la cuchara, la introducimos en el plato, probamos el primer bocado y expresamos con disgusto: "¡Qué comida tan desabrida!"

¿Cómo? ¿Recién estábamos alabando, y ahora nos estamos quejando? ¿Qué idioma hablamos? ¡Alabamos y nos quejamos! Las dos cosas. ¿A qué reino pertenecemos?

Durante el culto todos cantamos: "Él es digno de loor… Oh, Señor, tú eres bueno… Te adoro… Creador del cielo y de la tierra… Él es soberano; domina sobre todas las cosas…" Luego salimos para ir a casa.

"¡Este colectivo no llega más!" Empiezan a salir quejas de nuestro corazón.

Estamos en una reunión alabando al Creador del cielo y de la tierra, y al salir nos quejamos del calor, del frío o del semáforo. Nos parece que al Dios que gobierna el universo algunas circunstancias de nuestra vida se le escapan de las manos, particularmente la luz roja de los semáforos cuando estamos apurados.

Naturalmente, yo puedo a veces hacer comentarios sobre el tiempo, el costo de vida, o la situación social; también es necesario que discipline y corrija a mis hijos, que llame la atención a mi empleado, o que reclame a mi patrón. Pero en otro tono. Sin quejarme. La queja es un espíritu del reino de las tinieblas que va tiñendo de su mismo tono oscuro la conversación, todo lo que decimos.

La gente nos escucha y no nos entiende. A veces, decimos "¡Aleluya! ¡Gloria a Dios!" y a veces nos quejamos, igual que ellos.

LA "QUEJABANZA"

Me parece que nos ocurre como a aquellos que viven en la provincia de Misiones, en el norte de Argentina, en el límite con Brasil. Hablan un español mezclado con el portugués. A ese idioma le llaman el "portuñol," porque es mitad portugués y mitad español. Hablan así porque son habitantes de la frontera; viven prácticamente en los dos países a la vez.

¿Cuál es el idioma que nosotros hablamos? ¡La "quejabanza"! Queja y alabanza. Un poco de cada una. ¿A qué reino pertenecemos? Parecería que vivimos en los dos reinos a la vez, con un pie en cada lado. Por eso muchas veces cuesta descubrir quién es del mundo y quién es de la iglesia. Pero Dios está separando una cosa de la otra. Está definiendo al pueblo para que cada uno, como parte de ese pueblo, viva como debe vivir y hable como debe hablar. Pablo señala cuál ha de ser nuestro lenguaje:

Dando siempre gracias por todo al Dios y Padre…

Efesios 5:20

Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús.

1ª Tesalonicenses 5:18

Dad gracias siempre y por todo. Esta es la voluntad de Dios. Si el Señor ordena hablar este lenguaje, es indigno hablar cualquier otro. Debes dar gracias siempre y por todo, pase lo que pase.

Pero, ¿por qué? Pues, porque el Señor reina sobre toda circunstancia y todo lo que hay en nuestra vida se halla bajo su control. Él nos enseñó que hasta los cabellos de nuestra cabeza están contados, y que no cae un pajarillo en tierra sin que él lo sepa. ¿Cómo, entonces, vamos a dar lugar a la ansiedad y a la queja? San Pablo, para confirmar esto, dice que "todas las cosas ayudan para bien a los que aman a Dios." De modo que la única expresión digna de un hijo de Dios frente a todo lo que le ocurre es dar gracias y alabanzas al Señor, quien gobierna sobre todo.

Cierto día se me acercó un creyente y me dijo:

—Hermano, ¡me aumentaron el sueldo! ¡Gloria Dios!

—¡Qué bueno! ¡Dios te bendijo! Me alegro mucho.

Después de algunos meses lo encontré nuevamente, pero esta vez se lo veía triste, quejoso. Le pregunté:

—Hermano, ¿qué te pasa? ¿Por qué te quejas?

—Me echaron del trabajo.

¡Cuán importante es aprender a dar gracias siempre y por todo! De otro modo seguiremos con la "quejabanza". Aún el ateo da gracias y está contento cuando las cosas le van bien. La característica de un súbdito del reino de Dios es que da gracias por todo.

—Hermano, me echaron del trabajo. ¡Gloria a Dios! ¡Dios me dará un trabajo mejor! Eso es fe; eso es alabanza.

Supongamos que una señora está en su cocina lavando los platos. Toma un lindo y valioso jarrón para lavarlo y de pronto se le cae al piso y se hace añicos. Ahora, ¿qué hacer?

"Pero, ¡qué tonta, qué estúpida! Estas manos de trapo que tengo, pero…"

Comienza a quejarse. ¿Cómo? ¿No había que dar gracias siempre, y por todo?

"Pero, ¡se rompió mi jarrón! ¿Tengo que dar gracias?"

¡Exacto! Tiene que dar gracias. Así dice la palabra de Dios. Se rompió, se perdió el jarrón; pero que, al menos, no se pierda el gozo. Ahora, si quejándonos se arreglara el jarrón, ¡nos podemos juntar unos cuántos y comenzar a hacerlo! Sin embargo, la queja no soluciona nada. Pierdes el gozo, pierdes la presencia de Dios, pierdes la fe, y todo sigue igual. *Dad gracias siempre… Estad siempre gozosos*.

Un día vino un hermano —amigo mío— y me dijo:

—Jorge, ¿sabes una cosa? Mi novia me dejó. ¡Gloria a Dios!

—¿Cómo "gloria a Dios"? —le pregunté. —¿Entonces no la querías?

—Jorge, Dios sabe cuánto la quiero. Pero él me enseñó a darle gracias por todo.

—Éste aprendió el idioma —dije para mí—. Aprendió el lenguaje del reino y cree firmemente que Cristo reina sobre toda circunstancia, que no hay casualidad, que no hay contrariedad, que todas las cosas ayudan a bien y, por lo tanto, da gracias siempre y por todo.

El mundo quedará maravillado, sorprendido, si nos ve dar gracias a Dios siempre y por todo. En la adversidad o en la prosperidad, en el éxito o en el fracaso, en la cumbre o en el valle, no podemos dejar de hablar el idioma del reino de los cielos, nuestro idioma. Esta alabanza, esta expresión de gratitud está inspirada en el reconocimiento íntimo de que Cristo reina sobre toda situación.

Después de meditar en estas cosas, notarás más que nunca la cantidad de veces que te quejas en el día. No te será fácil librarte de la queja si estás muy acostumbrado a ella. Pero si te lo propones, con la ayuda del Espíritu de Dios y con disciplina podrás corregirte de este mal hábito, y aprender a dar gracias siempre y por todo.

Debo decir, además, que hay un espíritu detrás de las palabras que pronunciamos. No es meramente cuestión del idioma, sino también del tono o el acento con el que damos significados diferentes a nuestra expresión. Generalmente nuestro tono al hablar deja traslucir el espíritu que predomina en nosotros. A veces se escucha orar a alguien en el culto con palabras de alabanzas y gratitud, pero en un tono de tristeza y de amargura. Aunque da gracias, hay un tinte de queja, de lamento en lo que dice. Cuando conversa, aunque directamente no se queja, manifiesta un espíritu de queja.

¡Que Dios nos limpie desde adentro, desde lo más íntimo de nuestro espíritu, quitando todo rezongo, todo lamento, toda amargura que pueda haber allí oprimiéndonos, para que libremente, con transparencia, podamos hablar el

lenguaje del reino de los cielos! Anímate a decir en todo momento y circunstancia, de todo corazón: ¡Gloria sea a su nombre!

LA BANDERA DE CADA REINO

Cada país tiene también una bandera. Los colores y su disposición identifican a la nación. No hacen falta palabras. Es algo que no se oye; se ve. Si me presento con los colores celeste y blanco dispuestos en franjas horizontales, sabrán que pertenezco a Argentina. Cada país, pues, tiene una bandera que lo distingue. También la tienen el reino de las tinieblas y el reino de Dios. ¿Cuál es la bandera del reino de Dios? ¿Qué podrán ver otros en nosotros que, sin decirles nada, les indique que somos discípulos de Jesús?

Cristo, después de haber lavado los pies a los doce, en una atmósfera de intimidad y afecto, les dijo:

> *Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros*.
>
> *Juan 13:34*, *35*

El mundo nos identifica por esta señal: si tenemos amor los unos por los otros. El mundo nos mira, nos observa, y aún sin hablar debe notar que pertenecemos al reino de Dios. La bandera que caracteriza a los súbditos de este reino es el amor.

En Cantar de los cantares 2:4, la esposa —figura de la iglesia— habla del amado —figura de Cristo— diciendo:

> *Me llevó a la casa del banquete, y su bandera sobre mí fue amor*.

¿Qué bandera ha puesto Cristo sobre la iglesia? Amor. Esto debe ser distintivo en nosotros. Un historiador pagano, hablando del amor que caracterizaba a los primeros cristianos, decía: "Donde vea a dos personas que aún sin conocerse se aman, allí hay dos cristianos." Además, cuando consideramos la vida de la iglesia primitiva tal cual la describe el libro de Hechos, debemos reconocer que el amor era, sin ninguna duda, la nota dominante entre

los discípulos. Así lo habían aprendido de Jesús. Amor. *En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros*.

Por el otro lado, está la bandera del reino de la tinieblas. ¿Cuál es? El egoísmo. En lugar de amar también a los demás, me amo sólo a mí. Vivo para mí, me esfuerzo para mí, me preocupo por mí. Todo converge en mí. Cuando quieras saber si alguien pertenece al reino de las tinieblas, mira la bandera que flamea sobre su vida. Si ves en ella los colores del egoísmo, seguramente pertenece al reino de las tinieblas.

EL QUE NO AMA A SU HERMANO

Para un hijo de Dios amar a su hermano no es una exhortación o un consejo de parte de Dios sino un mandamiento. Hay varios textos de la epístola de San Juan, que vienen muy al caso por su incuestionabilidad. Si te pregunto: ¿En que reino estás, en el de las tinieblas, o en el de la luz?, quizás respondas: ¡En el reino de la luz, por supuesto!

Sin embargo, debo pasar esta declaración por el examen de la palabra de Dios (1ª Juan 2:9):

El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas.

¿Hay algún hermano a quien tú aborreces? ¿Hay alguien en tu congregación, o fuera de ella, a quien no amas?

"Oh no, hermano —me dirás—. Yo no aborrezco a nadie. Yo no odio a nadie."

¡Un momento! Aborrecer no es odiar; aborrecer es un término más suave. Es tener en menos, no apreciar, poner en segundo plano a alguien. ¿Hay alguno a quien menosprecias? ¿Hay alguien de quien dices: "A ése, la verdad que no lo paso?" Pues, eso es aborrecer. Si no lo puedes pasar, lo aborreces. Y si tú aborreces a un hermano, dice Dios que todavía estás viviendo en las tinieblas.

Sigue el texto mencionado:

El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo. Pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos.

1ª Juan 2:10, 11

Si tú no amas, estás en tinieblas y tropiezas con tus hermanos. El que ama… en él no hay tropiezo, reza el texto. De modo que aunque el otro venga como un toro enfurecido, tú puedes evitar el encontronazo. Dos no tropiezan si uno no quiere.

En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios.

1ª Juan 3:10

Y si no es de Dios, ¿de quién es?

Muchos dicen:

—Hermano, yo no aborrezco a nadie.

—¿Y a Fulano de tal?

—No, no. Con él no tengo nada. Yo no tengo nada con nadie.

¡Justamente ese es el problema! ¡No tener nada! ¡Tendrías que tener algo! Tendrías que tener amor. Aquí ya no se nos dice, el que no aborrece, sino, el que no ama. Si no tienes nada, no tienes amor. Y San Juan señala claramente que el que no ama no es de Dios.

Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte

1ª Juan 3:14

¿Has pasado de muerte a vida? ¿Cómo lo sabes?

"Y, porque un día hace cinco años, en una reunión pasé adelante llorando y entregué mi vida a Cristo. Seis meses después me bauticé en agua, y ahora soy miembro de la iglesia en plena comunión."

No, lo que cuenta no es lo que te pasó un día, sino lo que ahora tienes. En esto sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. ¿Cómo puedo saber que permanezco en vida? No por lo que sucedió hace algunos años, sino por lo que está pasando ahora en mi corazón. Nuestro testimonio debería ser: "Yo sé que pertenezco al reino de Dios porque amo a mis hermanos." El apóstol Juan escribe: *El que no ama a su hermano, permanece en muerte*. Sin embargo, alguien podría decir:

"Mire usted, yo sé que tengo que amar a mis hermanos, pero hay uno a quien no puedo amar. ¿Sabe por qué? ¡Porque ése ni debe ser mi hermano!"

¿Cómo puedes afirmar que no es tu hermano?

¿Cómo te atreves a constituirte en juez? Y si no es tu hermano, entonces, ¿qué es? ¡Tu prójimo!

Pues, Cristo dijo: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo."

De manera que, ¡ámalo como a ti mismo, como el Señor lo ordenó!

"No, no, no. ¡Me parece que ése no es ni siquiera mi prójimo!"

Y, ¿qué es, entonces? ¿Tu enemigo? Cristo dijo: Amarás a tus enemigos. De modo que no tienes escapatoria. Si es tu hermano, tienes que amarlo. Si es tu prójimo, tienes que amarlo. Y si es tu enemigo, también tienes que amarlo.

Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida, [me asusta leer este texto] *y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él. 1ª Juan 3:15*

Yo me pregunto qué hemos hecho hasta el día de hoy con todos estos textos. Dios está abriendo hoy las páginas de su libro ante los ojos de su pueblo. Y si yo no amo a mi hermano Dios dice que soy asesino; y como asesino, no puedo tener vida permanente en mí.

El amor hacia los hermanos no es un mero afecto emocional, un amor teórico o un amor "espiritual." No, de ninguna manera. Es un amor práctico, real, tangible. No basta con abrazar al hermano. Cristo quiere echar fundamentos concretos y firmes para su reino.

En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos.

1ª Juan 3:16

Esa clase de amor que tuvo Cristo, que lo llevó a dar su vida, es el que debemos tener. Debo amar hasta poder ofrecer mi vida por mis hermanos. Es fácil decir: "Hermano querido, te amo con todo mi corazón." Pero un día este hermano querido golpea a la puerta de tu casa. Viene temeroso. No sabe cómo empezar la conversación. De pronto te dice:

—Hermano, esta quincena el patrón no me pagó. Por favor, ¿podrías prestarme algo de dinero para que mi familia coma?

—Mire, hermano, en cuestiones de dinero yo tengo una norma: No presto plata a nadie, ni pido nada prestado. Así pues, ¡que Dios le bendiga!

¿De dónde salió esa norma? Veamos lo que Dios dice en su palabra:

Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad.

1ª Juan 3:17, *18*

Esta es la clase de amor que Cristo nos demanda.

ESTE ES SU MANDAMIENTO

Quiero señalar un último texto que nos ayudará muchísimo en relación con este tema:

Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado.

1ª Juan 3:23

Este es el mandamiento de Dios. ¿Qué se hace con un mandamiento? Sencillamente, se lo obedece. Si él manda en mi vida, sólo me resta obedecer. Y él ordena que crea en su nombre, y que ame a mis hermanos.

Hace unos años, había un hermano a quien no podía amar. Había dicho tantas cosas de mí, que me costaba mucho tener que tratarlo. Yo iba a mi cuarto y oraba: "Señor, te ruego que me cambies. Lléname de amor hacia ese hermano. Señor, bendíceme. Dame amor, Señor." Lo hacía una y otra vez. Pero el amor no venía. Porque el amor no viene por orar, sino por obedecer. Podría haber pasado diez años pidiendo a Dios que me llenara de amor sin llegar a experimentarlo. Pero si Cristo me dio el mandamiento de amar, no tengo que pedir, "Oh, Señor, dame...," sino que debo actuar con fe obedeciendo su palabra. En la obediencia se desata la bendición de Dios.

Supongamos que hay un hermano a quien yo no puedo tratar con amor. ¿Qué hago? Dios me dice que debo amarlo. ¡Pues, lo voy a amar, aunque no sienta nada! ¡Qué importa lo que sienta! Apenas lo vea, lo voy a tratar como si lo amara. Voy a actuar en obediencia al mandamiento.

Entonces, llega mi hermano y yo me acerco a él para saludarlo. En otras ocasiones lo he saludado fría y secamente. Pero ahora, en obediencia a Dios, voy a saludarlo como si lo amara. Hay un mandamiento; sobre él actúo. En el ínterin, Satanás me dice:

"¡Hipócrita, hipócrita!"

Me doy vuelta y le contesto:

"¡Mentiroso, mentiroso! No soy hipócrita sino Obediente".

Me encuentro con mi hermano (sigo sin sentir nada). Lo saludo como si lo amara, y aún no termino de abrazarlo cuando algo sucede en mi interior y ¡descubro que lo amo! ¿Qué ha pasado?

¡Ya no siento ese resentimiento! En la obediencia se desata el poder de Dios.

Vamos a ilustrarlo con un ejemplo sencillo: Tú tienes un calefón a gas en tu casa. Llega un huésped que nunca ha visto un calefón así, y te dice:

—Por favor, necesito agua caliente.

—Bueno, pues, abre la canilla y gracias a ese artefacto tendrás toda la que quieras.

Él mira el calefón y ve una pequeña llama.

—Ah, pero yo necesito mucha agua. ¡Esa llamita no puede calentar toda la que necesito!

—¡Abre la canilla! —le insistes.

La llama es pequeña, pero cuando tu huésped abre la canilla… ¡FFRRUMMM!… ¡el calefón se enciende por completo y el agua se calienta!

—Oh, ¡está muy caliente! ¡Por favor, bájalo un poco!

Así sucede con el amor. Tengo una llama chiquita de amor hacia un hermano, pero en el momento en que actúo en fe y obediencia, cuando lo trato como si lo amara intensamente, ¿saben qué ocurre? ¡Se enciende el calefón, y empieza a correr un afecto cálido hacia él!

¿Hay una familia a la que no puedes amar? Comienza a tratarla como si la amaras. Si la madre está enferma, ve a la casa, entra a la cocina, ponte un delantal y lávale los platos. Limpia los pisos y prepara la comida para sus hijos. No la sermonees; actúa con fe. Cuando vuelvas a tu casa notarás que la amas. Dios desata su bendición en la obediencia. El amar a los hermanos es un mandato, no una opción. No nos queda otra alternativa. Los amo obedeciendo al Señor, o hago lo que a mí me parece y quedo fuera de su reino. Si realmente quieres sentir el amor de Dios en tu corazón, no esperes a tener una sensación; actúa como si amaras, y cuando actúes en fe, amarás en verdad.

Yo vivía en un barrio donde había muchos armenios, árabes y judíos. ¿Sabes qué comentan algunos? “¡Cómo se ayudan los judíos!” Verdaderamente, se ayudan. Si vas al negocio de un judío y él no tiene la mercadería que necesitas, te manda al del otro judío. Los comerciantes de esta colectividad dan becas a sus estudiantes. Crean cooperativas, clubes, entidades que impulsan el progreso de los suyos. Yo espero un tiempo no muy lejano en que el mundo diga: “¡Cómo se aman los del reino de Dios! ¡Cómo se aman!”

Alguien comentará: “Tengo un vecino, un obrero, que se compró un terrenito y trajo ladrillos. Durante unos meses todos los sábados vinieron unos cuantos de ellos ¡y en seguida le levantaron la casa!”

“¡Cómo se aman!” Habrá verdadero amor, y el mundo lo sabrá.

Otro comentará: “Yo tengo una vecina que estuvo enferma, pero ¡tiene que ver usted! Tenía la casa mejor que nunca. Cada día venía alguien del grupo de ellos y le hacía todas las cosas… ¡Cómo se ama esa gente!”

¿Qué se dice hoy en día de los evangélicos? “Buena gente los evangelistas. No hacen mal a nadie; no fuman, no tienen vicios. Sí, son buena gente.” Esa es la imagen que damos. En mis días de colegio secundario, mis compañeros, parafraseando al tango, me decían:

“No fumas, no vas al cine, las carreras no te gustan.”

Era la impresión que habían recogido de mí. Una imagen negativa. Un simple cuadro de restricciones. Hoy el mundo no tiene de nosotros la imagen de una comunidad dinámica, positiva, que se ama, que se brinda, de tal manera que puedan decir: “Yo también quiero pertenecer a esa comunidad.” Pero Dios está restaurando su iglesia y las palabras de Cristo serán una realidad:

En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros.

Capítulo 4

La comunidad del reino

San Pablo se refiere a Jesucristo en Colosenses 1:18 como la cabeza del cuerpo, que es la iglesia. Esta figura es la más importante que aparece en el Nuevo Testamento en cuanto a la revelación de lo que es la iglesia. La iglesia es un cuerpo. ¿Cómo está formado? Por la cabeza y los miembros. No puede haber un cuerpo sano sin cabeza; tampoco puede haber un cuerpo sin miembros. El cuerpo es la cabeza más los miembros.

Pablo usa dos figuras para señalar una misma verdad: La iglesia es un reino cuyo rey es Cristo y cuyos súbditos somos nosotros; y la iglesia es un cuerpo cuya cabeza es Cristo, siendo nosotros los miembros. Con estas dos figuras, Pablo está enseñando la misma verdad: Cristo es el Señor de la iglesia. Él es el jefe, el dueño, el amo, la máxima autoridad. Cristo es la cabeza de la iglesia. Cristo es el rey del reino de la luz, a donde Dios nos ha trasladado.

Existe entre estas dos figuras una gran similitud. El cuerpo humano es un pequeño reino cuyo rey es la cabeza, y cuyos súbditos son los miembros. El cuerpo funciona como tal porque la cabeza (el rey) manda y los miembros (los súbditos) obedecen. El rey ordena al brazo: “¡Levántate!” y el brazo se levanta. “¡Bájate!” y se baja. No lo dice por fuera, sino por dentro, mediante el sistema nervioso. Ordena a los pies: “¡Caminen!” y caminan. Dice: “¡Alto!”, y se paran. ¿Qué sería de un cuerpo si no funcionara como un reino? Por otro lado, un reino es como un cuerpo. Los súbditos del rey son los miembros del reino, y la cabeza es el rey. De igual modo, ¿qué sería de un reino si no funcionara como un cuerpo?

CUANDO NO HAY ARMONÍA

A veces los investigadores en el campo de la ciencia médica hacen ciertos experimentos sobre animales. Por ejemplo, toman un perro vivo, le hacen una operación quirúrgica y destruyen ciertos centros de locomoción de su cerebro. Luego observan sus movimientos. El animal tiene vida, se mueve, pero sin orden.

No hay autoridad en el cuerpo. Los miembros no obedecen. Quiere caminar, levanta una pata y se cae; quiere levantarse y no puede. No hay coordinación, porque los miembros no tienen una cabeza que los dirija.

Si ver un cuadro así es horrible, mucho más es observar a la iglesia, el cuerpo de Cristo, actuar de esa manera. Esto sucede cuando cada miembro de la iglesia no está bajo las órdenes de la cabeza, que es Cristo. Cada uno actúa, entonces, como quiere o como mejor le parece. No hay armonía. Hay vida, hay movimiento, quizá mucho trabajo. Pero no hay progreso. Recién cuando todos los miembros del cuerpo reconocen a la cabeza y le obedecen incondicionalmente podemos tener una imagen de lo que es la iglesia de Cristo aquí en la tierra. Gracias a Dios que hoy él está sanando a la iglesia. Él está levantando a este cuerpo enfermo, le está dando vida, y la iglesia está respondiendo de un modo alentador.

Si a alguno se le ocurriera preguntar: ¿Cuál es la iglesia verdadera?, enseguida pensaríamos en la que tiene una sana doctrina, en aquella que teológicamente está más acertada. Pero yo respondería con sencillez a esa pregunta diciendo que la iglesia verdadera es aquella que vive y actúa en la tierra como el reino de Dios y como el cuerpo de Jesucristo.

VIDA Y SUJECIÓN

La iglesia primitiva no tenía un libro de doctrina, ni siquiera el Nuevo Testamento. ¡Pero era la iglesia verdadera! Estaba sujeta a la cabeza, cada uno reconocía a Cristo como el Señor de su vida y tenía la vida del cuerpo. ¿Cómo sabían ellos, entonces, si alguien pertenecía a la iglesia de Cristo o no? Precisamente por estos dos factores: vida y sujeción.

Son las dos cosas que indican que pertenecemos a la iglesia.

A continuación consideraremos algunos aspectos prácticos que tienen que ver con lo que es la verdadera iglesia. Para ello nos referiremos al capítulo 2 del libro de los Hechos. Allí hay una iglesia que verdaderamente funciona como la iglesia de Cristo dentro de una ciudad, porque expresa y vive el reino del Señor.

Aunque estamos hablando de la iglesia en conjunto, es bueno individualizar un poco. Porque generalmente al referirnos a ella, decimos: "Sí, es cierto, la iglesia debería ser así." Pero, ¿quiénes forman la iglesia? ¿No está compuesta por cada uno de nosotros? ¡Por supuesto que sí! De modo que si la iglesia no funciona es porque tú no funcionas, y porque yo no funciono. No hablemos, pues, de ella como algo ajeno a nosotros mismos, y de sus problemas como de los problemas de alguna institución extraña a nuestra vida.

Así que yo quisiera particularizar un poco y decir: La verdadera iglesia es aquella en la que cada uno de los miembros respalda, de palabra y de hecho, cuatro expresiones de vida que se encuentran en la iglesia primitiva y que vamos a considerar en los párrafos siguientes.

1. JESUCRISTO ES EL SEÑOR DE MI VOLUNTAD

La iglesia verdadera es aquella en la cual cada uno de los miembros demuestra con sus hechos que Jesucristo es el Señor de su voluntad.

> *Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo*.
>
> *Hechos 2:36*

Pedro, ante aquella multitud reunida el día de Pentecostés, hizo sencillamente una cosa: presentó a una persona. Una persona a quien ellos ya conocían como personaje histórico: Jesús de Nazaret. "Este, a quien ustedes crucificaron y mataron, Dios le resucitó y le hizo Señor y Cristo." Los miles de oyentes que escucharon esto, compungidos de corazón, dijeron a Pedro y a los otros apóstoles (v. 37): *Varones hermanos, ¿qué haremos?*

Allí había 3.000 personas que hasta ese día nunca habían buscado orientación ni habían dicho a nadie "¿Qué tengo que hacer?" Por el contrario, su actitud siempre había sido: "Yo hago lo que se me da la gana." ¡Pero, ahora tenían una nueva actitud! Entonces, vino la orden. Pedro, igual que su maestro, no titubeó. No les hizo una invitación suave. Fue una orden (es el evangelio del reino):

Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.

Luego el versículo 41 señala: *Así que, los que recibieron su palabra* —es decir, los que recibieron su orden, los que obedecieron este mandato, los que reconocieron la autoridad de Cristo, en este caso a través de Pedro— *fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas*.

Podemos decir que allí nació la iglesia como comunidad. La iglesia verdadera, formada por aquellos que podían decir de todo corazón: "Jesucristo es el Señor de mi voluntad." Tres mil voluntades fueron doblegadas en aquel instante ante la voluntad de Jesucristo. Tres mil voluntades se rompieron, se quebraron, se rindieron: ¿Qué haremos? Hubo arrepentimiento, un cambio total de actitud. Ante la orden —*Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros*— sin dilaciones se arrepintieron y se bautizaron.

Sí, la iglesia es un cuerpo. ¿Cuántas voluntades puede haber dentro de un cuerpo? ¿Qué pasaría si yo tuviese en mi cuerpo más de una voluntad? Yo, Jorge Himitian, tengo una sola y, básicamente, se expresa a través de mi cuerpo. Si quiero caminar, camino; si quiero hablar, hablo; si quiero saltar, salto. ¡Qué conflicto habría en mí si yo tuviera dos voluntades! ¡Si una quisiera caminar y la otra sentarse! ¡Si un pie quisiera ir hacia adelante y el otro se negara! ¿Y qué sería si dentro de este cuerpo hubiese tres voluntades? ¿Y si hubiera mil?

¡Imposible! Mi cuerpo tiene una sola voluntad. Y cuando tú integras el Cuerpo de Cristo, y lo reconoces como Señor por el acto del bautismo, ya tu voluntad queda sepultada. Tú mueres bajo las aguas y se levanta una nueva criatura que dice: "En mi vida ya no mando yo sino Cristo."

La voluntad es algo propio que todos tenemos. Al sumarse a la comunidad de los discípulos de Jesús, el cristiano deja de actuar en forma independiente. Tampoco puede hacerlo en forma dual, es decir: según su voluntad y según la voluntad de Cristo. Cuando Cristo se ha convertido en el Señor de tu vida, cuando comienzas a pertenecer a su iglesia, hay para ti una sola manera de vivir. No puedes estar decidiendo cada vez: "¿Qué hago? ¿Esto o aquello?"

Simplemente te limitas a hacer la voluntad de Dios, lo que él ha ordenado. Si te encuentras en un aprieto por una pregunta difícil, no puedes decir: "¿Qué

hago? ¿Digo la verdad? ¿Miento? ¿Qué hago?" ¡No tienes opción! No hay dos caminos. Ahora, para ti hay sólo uno posible. No puedes mentir. Ya está decidido. Cristo lo decidió por ti. No existen las dos alternativas.

Llega el momento de pagar los impuestos. Hay una planilla con una declaración jurada que reza más o menos así: "Doy testimonio que los datos arriba consignados son fidedignos." Ahora, "¿Qué hago? ¿Digo todo? ¿O sólo la mitad? Total, lo que no pague al Estado lo voy a dar para la obra del Señor."

¡No! Eso ya está decidido. Lee Romanos 13 si queda alguna duda. No puedes mentir. De modo que cuando declaras con juramento y firmas, ¿qué estas firmando? ¿Una mentira?

Nadie te obliga a ser cristiano. La puerta está abierta; puedes irte al reino de las tinieblas si quieres. Pero no puedes pertenecer al reino de Dios y vivir conforme a tu voluntad. Ya no mandas tú en tu vida. Hay una sola voluntad que rige. Y aunque te amenacen de muerte, aunque te rematen la casa, tienes que hacer la voluntad de Cristo.

Palabra dura, ¿no es cierto? ¿Quién la puede soportar? *El reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan (Mateo 11:12)*. ¡Los cobardes quedan afuera! Si tú eres cobarde y no te atreves a andar como el Señor manda, no hay lugar para ti en el reino de Dios. No hay lugar. ¿Sabes de cuántas tentaciones te libras de un solo golpe cuando tomas esta actitud?

Vas a una tienda, y pagas con un billete de $50,00. El cajero, por equivocación, te da el vuelto por $100,00. ¿Qué haces? ¿Le dices, o no le dices? Un momento: No tienes esa alternativa. Hay un solo camino. Si no es tuyo, lo tienes que devolver: "Sírvase, señor, se equivocó."

"¡Qué amable! ¡Qué honesto! ¡Muchas gracias!" —dice él.

No te sientas orgulloso de tu acción. ¡Hiciste justo lo que tenías que hacer! No era tu dinero, y se lo entregaste a quien correspondía.

Podríamos agregar a esto mil ejemplos más de la vida diaria. Pero lo importante es que entendamos que nuestra voluntad debe estar rendida.

Cuando Pedro dijo: “Bautícese cada uno…” a nadie se le ocurrió decir:

“Pedro, está haciendo un poco de frío. ¿No me puedo bautizar dentro de tres meses, cuando venga la primavera?”

No; era una orden. Nadie dijo: “Yo me voy a arrepentir y voy a aceptar a Cristo, pero esto del bautismo, ¿podría estudiarlo por algunas semanas, para orar y ver si es la voluntad de Dios?”

¿Cómo “si es la voluntad de Dios”? ¡Si su voluntad ya está expresada! No hay alternativa. La Escritura no dice que tres mil personas preguntaron, “¿Qué haremos?” Tampoco que tres mil fueron compungidos, sino que tres mil recibieron la palabra, la orden. Quizás había muchos más que preguntaron “¿Qué haremos?”. Pero sólo tres mil se rindieron, y fueron añadidos a la comunidad del Señor. Cuando Cristo es el Señor, hay una sola manera de vivir: a plena luz, y haciendo a cada paso su voluntad. No te equivoques; Dios no puede ser burlado. Su reino es reino de luz, y nada se puede esconder en la presencia de aquel que es la luz.

Un creyente puede equivocarse únicamente cuando ignora si lo que hace es o no la voluntad de Dios. En ese caso, su fracaso tiene cierto justificativo, aunque, aún así, él tiene la responsabilidad de buscar mayor luz de Dios y conocimiento de su Palabra a fin de que no se reitere la falla. Pero hacer algo reprobable a sabiendas de que desagrada al Señor es ajeno a la naturaleza de un hijo de Dios. Los únicos atenuantes que puede tener un pecado son el error o la ignorancia.

Sería demasiado extenso desarrollar en mayor detalle el tema de nuestra propia voluntad. Es bastante con que sepas esto: Si quieres ser parte de la iglesia de Cristo, tu voluntad debe estar completamente rendida a él. Los cristianos primitivos tenían esa actitud, preferían obedecer la voluntad de Dios y morir, si era necesario, antes que desobedecer a Dios y seguir viviendo. ¡Qué actitud! ¡Obedecer a Dios aunque nos cueste la vida!

2. JESUCRISTO ES EL SEÑOR DE MI TIEMPO

Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones…

Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos.

Hechos 2:42, 46, 47

Perseveraban. ¡Qué linda palabra! ¿En qué perseveraban? En estar juntos. Si había una reunión de doctrina, de enseñanza, allí estaban todos. Si de oración, estaban todos. Al partimiento del pan, la Cena del Señor, no faltaba nadie. Parece que el lema de la iglesia primitiva era: Toda la iglesia en todas las actividades. Así dice: *Perseveraban unánimes cada día… todos estaban juntos*.

Notemos algo. Allí había 3.000 personas que no estaban habituadas a concurrir a reuniones. En Pentecostés o en la Pascua iban al templo, como buenos religiosos, y regresaban a sus lugares. Quizás, algunos de los más devotos irían al santuario una vez por semana. Pero en ese momento se produjo una revolución en sus vidas. Experimentaron algo completamente diferente y comenzaron a reunirse todos los días. Cada día, en el templo y por las casas. ¿Cómo podían, si tenían tantas cosas que hacer? El trabajo, la casa, la chacra, los negocios.

Cuando alguien reconoce a Cristo como su Señor, el ritmo, el programa de su vida diaria, cambia. Hay una revolución. Y eso es lo que se observó en ellos.

¿Cuántas veces por semana te reúnes? Algunos dicen: "Pastor, dé gracias si voy el domingo." Tales personas aún piensan que al concurrir le hacen un favor a la iglesia o al pastor.

La iglesia verdadera es aquella en la cual cada miembro proclama y demuestra con su vida que Jesucristo es el Señor de su tiempo. Si él me quitara por unos minutos el aire que respiro, ya mi tiempo no sería más mío. Porque, ¿qué es el tiempo, esa sucesión de momentos que controlo con reloj y

almanaque? Es sencillamente el desarrollo de la vida. Así que si él es Señor de mi vida, es también Señor de mi tiempo, porque mi tiempo es mi vida que va transcurriendo aquí sobre la tierra. Eso es tiempo. Es sabio, pues, decirle a Dios: "Padre, eres mi Señor, dueño mío y de todo lo que tengo. El tiempo que tengo también es tuyo. Los días que tengo son tuyos. Las semanas, los años, mi vida entera."

¿Quién es el Señor de tu tiempo? En el evangelio del reino, las palabras de Jesucristo suenan con mucha claridad:

> *Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas*."

¿Cuáles son "todas estas cosas?" Jesús decía: *No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer y vestir*. La gente a nuestro alrededor está envuelta en un ritmo tal que lo único por lo cual se preocupa es por el dinero que va a ganar, por lo que va a comer, por la ropa que va a vestir, por la casa que va a tener, por el auto que va a comprar. Ese es su ritmo de vida. Pero en los días de los apóstoles surgió una comunidad en la que se invirtieron los valores de la vida. Primero, el reino de Dios; luego, las demás cosas. Debemos poner nuestro tiempo a disposición del Señor y participar del culto congregacional, de las reuniones de oración y enseñanza en los hogares, de la ayuda a los necesitados, de la tarea de bendecir nuevos hogares. Debes ir transformando tu programa de acuerdo con lo que el Señor manda. No digas: "No tengo tiempo." ¿Cuántas horas tienes por día? ¿Quién tiene veintitrés horas por día? ¡Ninguno! Todos tenemos veinticuatro. Yo también. ¿Quién tiene veinticinco? Nadie. ¡Todos tenemos veinticuatro horas por día! Tú dices: "No tengo tiempo." ¿Cómo no vas a tener tiempo? Tienes tiempo; lo que pasa es que lo has ocupado en otras cosas.

—Hermano, esta noche tenemos una reunión.

—Mire… vengo de trabajar diez horas. Salgo de casa a las cinco de la mañana, vuelvo a las cuatro o a las cinco. Tomo algo y luego siempre hay alguna cosa que hacer… y ya llega la hora de acostarse. Hermano, mire, si me hago tiempo (esto es: "si me sobra tiempo") voy a ir.

—Hermano, el domingo a la tarde tenemos un encuentro muy importante; no debes faltar.

—Oh, tengo tantas cosas que hacer… Bueno, si las termino, voy.

Por tu respuesta podemos deducir que en primer lugar están tus cosas, y después Dios. Si te sobra tiempo irás a alabar al Señor.

En mi casa hay un recipiente rectangular, con una tapa arriba. Es el recipiente de la basura. ¿Sabes lo que se pone allí? ¡Lo que sobra! ¡Los desperdicios! Si te sobra tiempo, ponlo allá, con la basura. No se lo traigas a Dios. No vamos a hacer un culto a Dios con las sobras de todos. Vamos a hacer un culto a Dios con las primicias. ¡Porque él es Dios; él merece lo mejor! Vamos a buscar primero su reino, primero su gloria. ¿Y las demás cosas? Él nos va a ayudar. ¿Por qué no le dices a Dios: "Señor, tú estás antes que todo en mi vida, y lo demuestro poniéndote a ti primero, y ocupándome en tus cosas"?

Desde luego, tendrás que hacer los cambios que resulten necesarios. A medida que el derramamiento del Espíritu Santo aumente y el río de Dios fluya como esperamos, no nos van a alcanzar una o dos reuniones por semana. El culto a Dios, los grupos de oración, la evangelización, la comunión, el amor entre los hermanos y el discipulado nos van a exigir dedicar la vida. Y eso, en la práctica, se llama tiempo.

¿Cuántas veces por semana se reunía la iglesia primitiva? *Todos los días en el templo y por la casas*. Perseveraban en la doctrina, en la comunión, en las oraciones y en la enseñanza. Es decir, vivían para el reino de Dios. Vivían para una sola cosa.

Muchas veces el tiempo no nos alcanza porque somos desordenados. Las cosas desordenadas ocupan mucho espacio. Si en tu guardarropas pones todo lo que te viene a la mano en forma desordenada, llegará un momento en que tendrás que decir, "Acá no entra nada más." ¡Un momento! Si sacas todo afuera y empiezas a acomodar, a doblar y a ordenar, descubrirás que te sobra medio ropero. ¡Y tú pensabas que ibas a tener que comprar otro!

¡Así es también sucede con tu tiempo! Somos desordenados. Perdemos muchísimos ratos libres. La mujer en la casa debe tener un programa ordenado de trabajo; saber cómo va a desarrollar cada cosa. Lo mismo el hombre, el muchacho, el estudiante. Cuando establezcas y respetes un orden adecuado, verás entonces como te sobra tiempo aún para las añadiduras.

Para ordenar tu tiempo necesitas tener un orden de prioridades. ¿Es Cristo lo primero en tu vida? Entonces, a él debes dedicar las primicias de tu tiempo. A partir de allí y alrededor de esto debes ordenar el resto, de acuerdo con la importancia de cada cosa.

3. JESUCRISTO ES EL SEÑOR DE MIS BIENES

> *Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno*.
>
> *Hechos 2:44*, *45*

> *Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común*.
>
> *Hechos 4:32*

¿Cuál es la iglesia verdadera? ¿Cuál es la comunidad de los verdaderos discípulos? Aquella que vive este principio: "Jesucristo es el Señor de mis bienes y de mi dinero." ¿De quién es todo lo que tienes? La comunidad de Jesucristo está formada por quienes lo han reconocido como Señor. Si Cristo es el Señor de tu vida, perteneces a su iglesia, y si él no es Señor de tu vida, entonces, no perteneces a su iglesia.

Cuando decimos que Cristo debe ser el Señor de tu vida, el que mande, el dueño, el amo, incluimos, por supuesto, todo lo que posees. Porque lo que posees es una expresión de lo que tú eres, de lo que has vivido, de lo que has logrado, de lo que has ganado.

La iglesia de Cristo es aquella en la cual cada miembro reconoce y honra verdaderamente a Jesucristo como dueño y Señor de todo lo que posee.

Algunos hoy quieren evadirse diciendo: "Bueno eso era para la iglesia primitiva. Ellos vendían todo y lo daban a quienes tenían necesidad." ¡Un momento! Cristo dijo:

> *Cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo*.
>
> Lucas 14:33

Y si uno no es discípulo ¿qué es? "Soy creyente", responde alguno. No, nosotros nos llamamos 'creyentes', o 'convertidos' pero el término que la Biblia utiliza al referirse a los que son del Señor es discípulo. La palabra convertido no aparece ni una sola vez en el Nuevo Testamento; la palabra creyente, apenas unas veinte veces. Pero el término discípulo aparece más de 250 veces. Y no se refiere a los doce discípulos —ellos aparte de discípulos eran apóstoles— ni a los setenta, sino a todos: *Y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente*. A los que hoy llamamos convertidos, la Biblia los llama discípulos.

Esto está muy claro en el Nuevo Testamento. Cristo no exageró ni mintió al señalar: *Cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo*.

¿Qué quiso decir Cristo con estas palabras? ¡Pues exactamente lo que dijo! Si hubiera querido decir otra cosa, la hubiese dicho ¡Hemos dado demasiadas vueltas alrededor de lo que Cristo quiso decir con esto! Sin embargo, está muy claro. Si quieres ser seguidor de Cristo, discípulo suyo, tienes que renunciar a todo lo que posees. ¡Y si no, no puedes serlo! ¡No puedes! "Sí, pero esto debe significar…" ¡Significa que tienes que renunciar a todo! Nada más. La experiencia de la iglesia primitiva así lo atestigua: *Nadie decía ser suyo propio nada de lo que poseía*.

"Señor, todo lo que tengo es tuyo. Tú eres mi Señor. Tengo una casa, un terreno, un automóvil, una bicicleta, muchísimo dinero, o muy poco: todo lo que tengo, Señor, es tuyo." Esa tendría que ser nuestra oración.

¡Sin embargo, no te apresures a poner una bandera de remate en tu casa! Primero tendrías que ponerla en tu corazón. Que sea rota en ti toda ligadura de amor a tus posesiones. Que sea extirpado todo espíritu de obtener, de adquirir cosas; todo afán de poseer más y más, ya que ese espíritu es el que domina en el mundo. Que sea quitado de raíz, por la obra del Señor, por su orden, por su palabra. Tu actitud interior y tu oración sincera deberían ser: "Señor, todo lo que tengo ya no es mío."

Una vez que el Espíritu Santo imprima en tu corazón la verdad de que nada de lo que tienes es tuyo sino de Dios, dile: "Señor, esta casa es tuya. Yo vivo en tu casa. Gracias por la casa que me prestas para vivir. Señor, esta cama no es mía, es tuya. ¡Estoy durmiendo en tu cama! Todo es tuyo. ¿Y aquella otra casa que tengo allá? ¿Qué hago con ella, Señor? ¿La alquilo? ¡Tú eres el dueño!"

"Mi automóvil es tuyo. Y el sueldo que cobro a fin de mes también. ¿Cómo debo administrarlo? ¿Cómo quieres que haga? Lo que es tuyo debe traer fruto para tu reino, tiene que ser usado para tu causa, para tu pueblo. Tiene que contribuir a tu reino, y a la bendición de la comunidad de tus hijos, Señor. Comienza a disponer de todo lo que tengo, porque todo es tuyo."

Tal vez Dios te diga: "Vende ese terreno" o "Dónalo". Para que puedas obedecer, debes estar decidido de antemano. Desde hoy toma esta actitud: "Este terreno es de Dios, y esta casa, y el automóvil. Todo, todo, todo es del Señor, porque él es el Señor de mi vida." Este principio tiene que penetrar muy hondamente en nuestro corazón. La Biblia nos enseña que el amor al dinero es raíz de todos los males.

Dentro de ese "todo" están incluidos los diezmos. ¿Qué es el diezmo? El 10% de todo sueldo, de toda ganancia que tenemos. Este es un principio de Dios. El diezmo no es algo relegado exclusivamente a los tiempos del Antiguo Testamento. Tampoco es algo establecido por la Ley de Moisés. Es un principio de Dios anterior a la ley que se encuentra a través de toda la Biblia. Un principio del Dios que creó los cielos y la tierra, por medio del cual reconocemos que todo lo que existe y todo lo que tenemos es de él y para él. Es la manera concreta de expresar que creemos que él es el único dueño de todas las cosas.

Cuando recibes tu sueldo a fin de mes, debes tener en cuenta que todo es de Dios. ¡Todo! Si ganas $500, los $500 son de él. Pero dentro de esos $500, hay $50 que tú no puedes ni siquiera administrar. El Señor te ha constituido en mayordomo del 90% restante, pero el diezmo lo administra él. Aparta, pues, tus diezmos y dáselos.

"¿Qué hago con el resto, ya que lo demás es para mí?"

No. No es para ti. Es para que tú lo administres. Él te da el dinero, y tú comes del dinero de Dios, y te vistes, tú y tu familia, con el dinero de Dios. Por eso debes agradecerle: "Gracias por la comida, Señor; gracias por la ropa y por todos los bienes que me das."

Supongamos que tú ganas $800. Apenas cobras apartas el 10% para Dios, o sea $80 (porque el diezmo no debe ser lo que nos sobra sino las primicias). Antes de comenzar con los gastos, $80 son apartados para Dios. En realidad, todo el dinero es de Dios, pero esta parte la administra él. La pones en un sobre y la llevas a la iglesia.

¿Cuánto te queda? $720. Pero tú dices: "A mí no me alcanzan $800 para vivir. ¿Cómo voy a vivir con $720?"

Quiero decirte algo ilógico para las matemáticas pero cierto para la fe: Esos $720 rinden más que $800. ¿Sabías eso? ¡Porque esos $720 llevan la bendición de Dios! Cuando pones tus diezmos estás señalando que todo es de él, no sólo esos $80, sino también los $720 restantes. Es dinero recibido de la mano de Dios. En cambio cuando te quedas con el diezmo que le pertenece a Dios, estás robando, y esos $800 quedan contaminados por el robo. Mira, quedándote con los $800 harás menos que con los $720. Porque $720 con la bendición de Dios valen más que $800 sin ella.

Algo más; si vas a dar el diezmo con mezquindad y tristeza, será mejor que no lo des. Dios ama al dador alegre. Ten esta actitud: "Señor, otra vez me diste $800. ¡Qué privilegio darte a ti lo que te corresponde! ¡Y qué gozo! Estos $80 son tuyos ¡Aquí están, Señor!" ¡Cómo honra Dios esa actitud!

¡Para qué quiere Dios ese dinero? Porque si cada uno pone su diezmo para Dios, habrá mucho dinero ¿Haremos mejores templos con él? La Biblia nunca menciona que se hayan construido templos con el dinero de los diezmos. Cosas como esas deben salir siempre del dinero de las ofrendas. Si la congregación quiere bancos más cómodos o un nuevo teclado, los tiene que pagar por medio de las ofrendas.

Entonces, ¿para qué quiere Dios el diezmo? Siempre se destinó para los siervos de Dios. La Biblia así lo señala. Era para el sostén de los levitas y los sacerdotes en el Antiguo Testamento. De este modo los levitas en vez de dedicarse a cosechar, sembrar, o negociar —es decir, a trabajos seculares—, se dedicaban a la obra espiritual. El levita, en vez de estar trabajando de carpintero, por ejemplo, se ocupaba de las cosas referentes al culto (ver Números 18:21).

¿Para qué quiere Dios hoy nuestros diezmos? Para el sostén de sus obreros. Esto es lo que San Pablo enseña en 1ª Corintios 9:11–14. No es que nosotros paguemos a los obreros. No. Es Dios quien les paga. Nosotros le damos el diezmo a Dios. Eso entra en el bolsillo de Dios. Ya no puedo hacer con el diezmo lo que a mí me parece. No, porque eso lo administra Dios. Y él ha llamado a algunos a dejar su propia ocupación para ser pastores, evangelistas, maestros.

Y si él los llamó a su obra, ¿quién les debe dar el sostén? ¡Dios! ¿Con qué dinero? Con el dinero que diezman todos los discípulos cada mes o cada semana. Dios ya ha dado un destino a los diezmos: Son para sostener a sus obreros.

Si tú llamas a un carpintero para hacer un trabajo en tu casa, ¿quién le va a pagar? ¡Tú que lo llamaste! Y si Dios llama a algunos a predicar el evangelio, a ser evangelistas, apóstoles, maestros, ¿quién les va a pagar? Dios mismo. Cuando nosotros no ponemos el dinero de nuestros diezmos, ¿sabes qué estamos haciendo en realidad? Estamos robando a Dios y evidenciando que Jesucristo no es el Señor del dinero que ganamos.

4. JESUCRISTO ES EL SEÑORDE MI HOGAR

Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón.

Hechos 2:46

La iglesia verdadera es aquella en la cual cada miembro puede decir: "Jesucristo es el Señor de mi hogar." Los cristianos de la iglesia primitiva adoraban a Dios, comían, se alegraban y estaban juntos en el templo. Luego, cuando terminaban su reunión en el templo (recordemos que el templo no era de ellos, sino de los judíos), se dispersaban, y seguían la misma vida de alabanza y reuniones por las casas. Llegaba a tal punto la bendición de Dios en los hogares que hasta sacaban pan y vino y celebraban la Cena del Señor allí.

Nosotros tenemos el concepto equivocado de que somos iglesia cuando estamos todos juntos reunidos en un templo, y que cuando termina la reunión y cada cual se va a su casa dejamos de ser iglesia. Nos desintegramos, como si fuéramos una máquina formada por muchas piezas que se puede armar y desarmar, hasta que volvemos a reunirnos otra vez. Entonces nuevamente somos iglesia.

La iglesia primitiva no tenía este concepto. Ellos eran iglesia cuando estaban todos juntos y también cuando se esparcían por todas partes. Lo que eran al reunirse lo eran en todo lugar. No había diferencias en su conducta, en su proceder, en su vida, cuando estaban en el templo y cuando estaban en sus casas; siempre era igual. ¿Y nosotros? En las reuniones somos tan correctos, tan amables. Sobre todo cuando empieza la adoración. Me gusta mirar a la gente que adora. Hay una belleza del cielo que los cubre. Pero, ¿tienen la misma belleza en sus casas?

Sí, en la reunión todo es "¡Aleluya!, ¡Gloria a Dios!, ¡Cristo reina!" Pero, ¿y en casa? ¿Se oyen los mismos aleluyas, o solamente un continuo "¡Ay!"? En el culto gritamos de gozo alabando al Señor. ¿Y en casa? Gritamos, sí, pero ¿por qué? La iglesia primitiva tenía una sola vida, cuando se reunía y cuando se dispersaba.

Uno de los aspectos más importantes de nuestra vida es el hogar. "Señor, venga tu reino". ¡Amén! ¡Venga! Pero, ¿a dónde? Como en el cielo, así también en la tierra. ¡La tierra es tan grande! Yo no puedo hacer que el reino de Dios venga a toda la tierra; pero hay un pedacito de tierra que está bajo mi autoridad: mi hogar. Y yo puedo hacer venir el reino de Dios a mi hogar. Si tú lo haces en tu

hogar, yo en el mío y otros en los suyos, el reino de Dios se extenderá e irá estableciéndose sobre la tierra.

La base de la sociedad es la familia. Dios así lo ha determinado. Y si el reino de Dios no penetra hondamente en nuestros hogares, lo que podamos experimentar será muy superficial. Porque nuestra verdadera manera de ser es la que se muestra en casa, no la que se deja ver afuera. Afuera aún el hombre pecador es amable.

Alguien dibujó la caricatura de un hombre saliendo de su casa hacia el trabajo con una cara sonriente; luego en la oficina, saludando a la secretaria con mucha simpatía y atendiendo a los clientes con un "Encantado, señor, tome asiento," o "Mucho gusto de conocerlo. ¿En qué puedo serle útil?" Así durante todo el día hasta el anochecer, cuando vuelve a su casa. Allí se quita el saco y lo cuelga; se quita el sombrero y lo cuelga. Luego, se quita una careta de hombre sonriente y amable, y también la cuelga, dejando entonces al descubierto su verdadero rostro: una cara hosca y amargada. Finalmente, con gesto grosero, le dice a su esposa: "Mujer, ¿cuándo estará lista la comida?" Y grita a su hijo: "¡Cállate!" El resto de la escena es fácil de imaginar.

El mundo está utilizando técnicas de relaciones públicas para lograr una apariencia de amabilidad. Pero no es así en el reino de Dios. El Señor quiere transformar radicalmente nuestra vida en el hogar, porque sino dentro de poco tiempo caeremos en la religiosidad y en la hipocresía. En los cultos es todo muy lindo y hermoso. Todos son "aleluyas," pero ¿y en casa?... ¡Mejor cerrar bien las ventanas y las puertas para que los vecinos no se enteren de lo que pasa adentro! ¿Por qué no se ha extendido hasta ahora el reino de Dios allí donde tú y yo vivimos, entre los vecinos que están a nuestro alrededor? Resulta más fácil darle un tratado a un desconocido que a nuestro vecino, porque nuestras vidas no dan un testimonio digno.

¿Qué clima reina en tu hogar? ¿Está la presencia de Dios todos los días? ¿Hay alabanza? ¿Reina el amor? ¡Cómo abrazamos a los hermanos en las reuniones! Pero, ¿nos tratamos en casa con el mismo amor? El clima de amor, el espíritu de alabanza y esa hermosa comunión que gozamos en las reuniones deben ser los mismos que reinen en nuestra casa. Si el gozo y el amor caracterizan a nuestras reuniones, pues, gozo y amor tienen que caracterizar a

nuestros hogares. Sin embargo, ¡por cuánto tiempo hemos vivido una doble vida! En las reuniones, gloria; en casa, discusiones, rencores, chismes, murmuraciones, enemistades, críticas, llanto, desprecios, ofensas, quejas, desobediencia.

¡Que venga su reino! ¡Y que cambie nuestros hogares! Pero el hogar no cambiará por sí solo. Ni por orar mucho. No va a cambiar porque ayunes. Ora y ayuna, sí, pero obra también. Tu hogar cambiará cuando cada uno de sus miembros reconozca a Jesús como Señor.

Cuatro principios

Hay cuatro principios en el reino de Dios para la familia. Si tú quieres que el reino venga a tu hogar y éste sea transformado, si tú quieres pertenecer a la iglesia que Dios está restaurando, tienes que abrir tu corazón y recibir estos principios, dejando que se arraiguen muy profundamente en tu vida.

¿Sabes por qué el cielo es cielo? No porque haya calles de oro o puertas de perlas; el cielo es cielo porque en él reina Jesucristo, y todos los que están allí hacen su voluntad. Y cuando Cristo reine a través de estos cuatro principios en tu hogar, éste será un pequeño cielo aquí en la tierra. Aunque el piso no sea de oro ni tengas alfombras de Persia, aunque sólo tengas un piso de tierra y paredes de cartón, tu ranchito te parecerá un palacio si Cristo reina allí.

¿Qué significa que el reino de Dios entre en el hogar? Pues mira, en tu hogar hay un trono, un lugar de preeminencia, y en ese trono debe estar sentado Jesucristo. Cada uno de los miembros del hogar debe responder a las órdenes del que está sentado en el trono. Cuando se establece esta relación con Cristo, se puede afirmar que el reino de Dios ha llegado a ese hogar. Un hogar está formado, básicamente, por una doble relación. La primera es la relación marido-mujer, y la segunda, padres-hijos. Esta es la estructura familiar básica. El resto de la familia —abuelos, cuñados, sobrinos— que convive bajo el mismo techo, debe sumarse a esta estructura principal que Dios ha constituido como base. La Biblia nunca da instrucciones para los abuelos o tíos; habla a los esposos, a las esposas, a los padres, a los hijos porque ésta es la estructura que sustenta a la familia. Y los principios de Dios para cada una de estas cuatro partes son esenciales para el desenvolvimiento del núcleo familiar.

1. Para las casadas

El primer principio está dirigido a las casadas ¿Qué les dice el Rey a ellas?

Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor.

Efesios 5:22

Esta es la orden del Señor para las casadas, el principio del reino de Dios para ellas.

¿Por qué Pablo, cuando habla del hogar, tanto en Efesios como en Colosenses, siempre empieza por las casadas? Es porque la primera en subordinarse debe ser la que sigue inmediatamente después de la autoridad principal.

Tomemos el ejemplo de un batallón del ejército. Dentro de él tenemos soldados rasos, luego cabos, un teniente y un capitán. Los soldados deben obedecer al cabo, al teniente y al capitán. El cabo debe obedecer al teniente y al capitán, y el teniente debe obedecer al capitán.

Si el batallón va a tener orden, el primero en demostrar sujeción debe ser el teniente. Si él no lo hace, si cuando el capitán le ordena algo él dice: "No tengo ganas de hacerlo," tampoco sus subordinados le van a obedecer cuando él les dé una orden. Moralmente, ellos quedan libres para desacatarse. La autoridad, entonces, se resquebraja y en el cuartel comienza a reinar la anarquía.

Así ocurre también en el hogar. Si la mujer no se sujeta a su marido, los hijos se sienten libres para desobedecer a los padres; la autoridad ya no existe y reina la rebelión. La mujer debe obedecer a su marido e imponer con su conducta una imagen de respeto y de sujeción, reafirmando el principio de autoridad. Ella debe sujetarse a su marido para que Cristo reine en su hogar.

Si el marido es un hombre impulsivo e iracundo, y la mujer no se sujeta, va a haber problemas todos los días: discusiones, gritos, malentendidos, ofensas y contiendas. Si el marido es demasiado "bueno" y "no le molesta que se haga lo que ella dice" para que no haya gritos ni peleas, tampoco así va a reinar Cristo en ese hogar, porque no se estará respetando el orden divino para la familia.

2. Para los maridos

El segundo principio está dirigido a los maridos. Cuando hay que poner disciplina en el hogar, empezamos por los hijos. ¡Un momento! Si la casada no respeta a su marido, no espere que los hijos respeten y obedezcan a su padre. Si el marido no trata a su esposa como corresponde, no espere que los hijos se traten entre sí correctamente. Dios comienza por ordenar el matrimonio. ¿Cuál es el mandamiento del Rey para los maridos?

> *Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella*.
>
> *Efesios 5:25*
>
> *Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo*.
>
> *1ª Pedro 3:7*

El principio del Rey para el marido es amar a su esposa y tratarla como a un vaso frágil, dándole un honor especial. Debe asistirla con ternura, con delicadeza. Si el marido no ama a su esposa y no la trata como a un vaso frágil, Cristo no puede reinar en ese hogar.

Para los que conocemos las Escrituras estos textos no son ninguna novedad. ¡Los sabemos de memoria! Pero nuestro mayor problema es que los hemos aprendido al revés. Los maridos saben de memoria el texto que corresponde a las esposas y las mujeres saben de memoria el texto que corresponde a los maridos. Entonces, cada vez que se da una discusión o una pelea, el marido le dice a la mujer:

—La Biblia dice: “Casadas, estad sujetas a vuestros maridos.”

Y la mujer responde:

—Y la Biblia dice: “Maridos, amad a vuestras mujeres… y tratadlas como a un vasos frágiles.” ¡Y tú me estás tratando como a un trapo de piso!

La Biblia dice a cada uno cuál es su responsabilidad: que la esposa se sujete y que el marido ame a su mujer. Si la mujer no se sujeta al marido, Cristo no reina allí. Pero si el marido quiere sujetar a su mujer por la fuerza, tampoco.

La Biblia no dice: Maridos, sujetad a vuestras mujeres. Expresiones como estas: “Me vas a obedecer… Acá mando yo…”, evidencian que Cristo no reina en ese hogar. El Señor dice al marido lo que el marido debe hacer. Marido, éste es el mensaje para ti: Ama a tu mujer y trátala como a un vaso frágil, con cariño, con ternura, en todo momento.

“Yo la voy a tratar bien siempre que ella me obedezca.” Tu comportamiento no debe ser una respuesta a la conducta de tu mujer, sino una respuesta al Rey y Señor de tu vida. ¿Quién manda en tu vida? Si Cristo es tu Señor, debes comportarte como él manda.

La mujer tampoco tiene derecho a decir: “Yo le voy a obedecer y me voy a sujetar si él me trata como corresponde.” De ninguna manera. Pedro dice lo mismo aún a las esposas de los incrédulos. Aunque tu marido sea incrédulo, igual es tu marido y, por lo tanto, tu cabeza. Aunque él no te trate como corresponde, igual tienes que sujetarte y mostrar que Dios reina en tu vida y, a través de tu vida, en tu hogar. La respuesta de cada uno no debe estar condicionada por el comportamiento del otro.

La actitud del marido debería ser: “Así me obedezca o no, siendo mi esposa, la voy a amar y tratar como Cristo me enseña.”

A su vez, la mujer tendría que decir: “Así me ame o no, me trate bien o mal, siendo mi marido, me voy a sujetar a él y lo voy a obedecer.” Las discusiones en un hogar se terminan cuando cada uno asume su responsabilidad frente al Señor.

Por lo tanto, marido, ¡devuélvele el texto a tu esposa! Nunca más pongas en tu boca el mandamiento de Dios para las casadas. Y tú, esposa, ¡devuélvele el texto a tu marido! Nunca más repitas el mandamiento de Dios a los maridos.

Cada vez que haya conflicto en la casa, pregúntate: ¿Cuál es el mandamiento de Dios para mí? ¿Cuál es la parte que a mí me toca hacer? ¿Cuál es mi orden?

(A fuerza de repetir la del otro, ni recordamos la nuestra.) Aprende de memoria el mandamiento. Apréndelo, y repítelo cada vez que surja una dificultad. ¡Se van a acabar los problemas cuando cada uno haga su parte delante del Rey. Aunque no te guste, es una orden: Casadas, sujetaos. Maridos, amad.

Ten en cuenta que no dice: "Casadas, sería muy bueno que obedecieran". ¡No! Es una orden. ¡Cristo es el que la da! ¿Te das cuenta que muchos problemas que hoy tenemos en casa se solucionarían si en ella se respetasen los principios del reino de Dios?

3. Para los hijos

El tercer principio está dirigido a los hijos. Hablamos primero a los que tienen que sujetarse, a los hijos que viven todavía bajo el techo paterno.

> *Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo [Es una orden: ¡Obedeced!] Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa*.
>
> *Efesios 6:1*, *2*

Hijo, si Cristo reina en tu vida, si él es tu Señor tienes que obedecer a tus padres. El espíritu que reina en el mundo es de rebeldía, desprecio y menoscabo de los hijos hacia sus padres.

Por eso, hijo, obedece a tu padre. Éste es el principio del reino de Dios para ti. Pero tu obediencia no debe resultarte algo enojoso; no puedes decir: "Bueno, si no queda otra alternativa, voy a obedecer". ¡De ninguna manera! Si tu padre te pide algo, no puedes obedecer de mala gana. El mandamiento habla de obedecer y honrar a tu padre y a tu madre. No sólo obedecer sino también honrar. Honrar significa reverenciar, respetar. Tenemos que dar especial honra a nuestros padres. No es cuestión de cumplir fríamente lo que dicen y quejarnos por dentro. Hay que obedecer con gusto, con amor, con respeto. Honra, pues, a tu padre y a tu madre.

Vamos a transformar nuestras casas; vamos a obedecer a nuestros padres; vamos a hacer lo que nos digan. Aunque sean injustos; aunque a veces nos den una orden equivocada. ¡No importa! Es preferible que algunas cosas no salgan

demasiado bien, pero que Cristo reine, y no que se haga lo que nosotros queremos, aunque tengamos razón, y que Cristo no reine. Hijos, honrad a vuestros padres.

4. Para los padres

El cuarto principio está dirigido a los padres.

Padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en la disciplina y amonestación del Señor.

Efesios 6:4

Padres, si vamos a vivir el reino de Dios en nuestros hogares, este es el mandamiento del Rey para nosotros. Dice el texto: "en la disciplina y amonestación del Señor". Sí. Hay que enseñarles y corregirlos. Y mostrarles el camino a seguir. No ser blandos ni tolerantes con sus caprichos. Ellos actúan así porque son niños y no saben en realidad lo que deben hacer. Es nuestra responsabilidad enseñarles, guiarlos y corregirlos. Si le das una orden a tu hijo, haz que la cumpla. Aunque te tome tiempo y requiera de tu paciencia.

—Hijo, lustra tus zapatos.

—Sí, ya voy —responde él, pero no lo hace.

No puedes repetir varias veces la orden hasta que finalmente, cansado, los lustres tú. ¡No! Debes mantener la orden hasta que tu hijo haga lo que le pides. Él debe saber que quien decide, quien manda, eres tú.

—Papá, ¿puedo ir a casa de Martina?

—No, porque está lloviendo.

—Sí, papá, déjame. Llueve muy poco...

Y así insiste hasta que tú, por cansancio, la dejas. Entonces la niña descubre que ella puede manejar la situación. No debe ser así. Debes mostrarte firme. Que tu sí sea sí y tu no, no. Si tienes una buena razón para no dejar hacer algo a tu hijo, no cedas. Y si no la tienes, pues no le digas arbitrariamente que no si luego vas a permitirle hacerlo. Piensa dos veces tus respuestas.

El principio del reino de Dios para los padres es este: Si Cristo reina en tu hogar, debes criar a tus hijos "en la disciplina y amonestación del Señor". Enseña, exhorta, corrige a tu hijo. Pero ten cuidado de no abusar de tu autoridad. El Señor también dice: *No provoquéis a ira a vuestros hijos*. No seas rígido e intransigente en lo que no corresponde. Esto produce ira y rebelión. No des órdenes sin sentido. No implantes un régimen de severidad inflexible en tu hogar. Tu función es enseñar a tu hijo a vivir, darle una guía que lo ayude a desarrollar su personalidad para luego valerse por sí mismo, y no aplastarlo y subyugarlo hasta hacer de él un rebelde o un ser temeroso, incapaz de enfrentar la vida.

¿Cristo reina en tu vida? Cría, entonces, a tu hijo en la disciplina y amonestación del Señor, pero sin provocarlo a ira.

Dios va a transformar nuestros hogares en la medida en que vivamos estos cuatro principios fundamentales del Señor. Esposos, esposas, padres, hijos, sujetémonos al Señor. Recibamos su mandamiento para vivirlo. Comencemos a practicar estos cuatro principios. ¡Cristo reinará en nuestros hogares!

Capítulo 5

El evangelio del reino

Desde que Dios comenzó a revelarnos a Jesucristo como Señor, tuve un nuevo enfoque de todo lo que se llama evangelización. Comencé a rever toda mi manera de predicar el evangelio y también a indagar la forma en que Cristo y sus apóstoles predicaban. No me importaron ya para nada mis propias costumbres. Puse a un lado pilas de mensajes y le dije a Dios:

¡Señor, enséñame a predicar el evangelio!

Al estudiar el desarrollo de la obra evangélica en América Latina, descubro que ha habido dos corrientes predominantes, dos enfoques diferentes en la predicación: el "evangelio anticatólico," y el "evangelio de las ofertas."

EL EVANGELIO ANTICATÓLICO

Por ser América Latina predominantemente católica, los primeros misioneros evangélicos que llegaron a estos países comenzaron predicando un evangelio anticatólico.* El evangélico de hasta hace tres o cuatro décadas sabía más textos bíblicos que se prestaban a la controversia con el catolicismo que sobre cualquier otro tema. De esa manera surgió un estilo de predicación que yo llamo "evangelio anticatólico", que formó en el pueblo evangélico un espíritu marcadamente anticatólico. Predicar el evangelio significó, para muchos, por largo tiempo, atacar al catolicismo romano; algunos en forma abierta, otros en forma disimulada.

Con esto no estoy queriendo abrir un juicio sobre el proceder de los predicadores que nos precedieron. Sencillamente estoy describiendo lo que hicieron e indicando el estilo y el énfasis de su predicación. Probablemente hicieron lo que correspondía en ese contexto y situación.

EL EVANGELIO DE LAS OFERTAS

Esta vieja corriente anticatólica cedió paso a otra en la cual yo me he encontrado envuelto durante mucho tiempo y a la que llamo el "evangelio de las ofertas." O sea, el evangelio de la gracia mal entendida. Este enfoque, muy corriente hoy en día, presenta al pecador todas las promesas del evangelio, ignorando casi por completo sus demandas. La conclusión de todo mensaje es: "¿Quién quiere que Cristo lo perdone? ¿Quién quiere que Cristo lo salve? ¿Quién quiere tener paz? ¿Quién quiere tener felicidad? ¿Quién quiere ir al cielo? ¿Quién quiere salvarse del infierno?" Este enfoque del evangelio presenta cosas ciertas, pero sólo un aspecto del mensaje de la palabra del Señor: los beneficios de la salvación sin las exigencias de la conversión.

Hay un texto que es muy usado en la predicación del evangelio, especialmente en el momento del llamado o de la invitación. Cristo dice:

> *He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él, y él conmigo*.

Según se utiliza este pasaje, parecería que Cristo golpeara a la puerta del corazón del pecado y dijera: "¿Me dejas entrar?" Y el predicador ruega: "¡Déjale entrar! ¿No quieres tener paz? Ábrele…" Presenta, entonces, la figura de Cristo afuera, en el frío de la noche, golpeando la puerta. "¡Pobrecito! —insiste el predicador— ¿Por qué no lo dejas entrar? Abre tu corazón. Mira como está esperando, llamando." Casi dice: "Por favor, ten lástima de Cristo."

Pero, ¿de dónde hemos sacado esto? Del texto que está en Apocalipsis 3:20. ¿Alguna vez Cristo predicó así? ¿Alguna vez los apóstoles terminaron sus mensajes de esta manera? ¡No! En el día de Pentecostés, Pedro predicó un mensaje que puso a los pecadores frente a Cristo; sus oyentes cayeron a sus pies diciendo: "¿Qué haremos?"

¿Por qué sacamos ese texto de Apocalipsis de su contexto? Ese texto no está conectado con la evangelización, tenemos que entenderlo. Tampoco fue dirigido a una persona. Cristo está hablando a la iglesia de Laodicea, una iglesia que se reúne en su nombre, pero que es tibia. Ni fría ni caliente. Y él dice que la va a vomitar de su boca. Cristo ya está afuera de la iglesia de Laodicea. Aunque se reúnen en el nombre del Señor, han dejado a Cristo afuera. La iglesia dice: "Yo

soy rica, y me he enriquecido”, y Cristo le contesta: “Tú eres pobre, miserable, ciega y desnuda. Yo estoy a la puerta y llamo.”

Él está llamando a la puerta de una iglesia que lo ha dejado fuera. Es su mensaje a una iglesia tibia. Le está dando la oportunidad de que lo deje entrar para ser él el centro y el que reine en esa iglesia. Esta vieja manera de presentar el evangelio de las ofertas ha traído como consecuencia una generación de convertidos que tiene a Cristo, que lo ha recibido, ¡pero que no se ha rendido a su autoridad! Ellos son los dueños y señores de su vida, los que tienen las llaves y manejan la situación. La única diferencia con los incrédulos es que tienen a Cristo adentro. Y piensan que por tener a Cristo, tienen vida eterna y paz, lo cual es una verdad a medias, pues nunca han llegado a una conversión total, radical, como en los días del Nuevo Testamento.

EL EVANGELIO DE JESUCRISTO

Veamos cómo predicaba el evangelio Jesucristo.

Mateo 4:17

> *Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado*.

Cristo predicaba y enseñaba. Pero antes de entrar de lleno en su predicación, analicemos el contenido de sus enseñanzas.

Cristo enseñaba por parábolas. Las parábolas eran ilustraciones por medio de las cuales transmitía verdades eternas. Las hacía sencillas, para que la gente las pudiera entender, y al mismo tiempo, para que resultaran incomprensibles para los incrédulos.

Consideremos una serie de parábolas que encontramos en el Evangelio según San Mateo. Yo quedé sorprendido al darme cuenta de que la mayoría de ellas hablan de un mismo tema.

Mateo 13:19

> *Cuando alguno oye la palabra del reino*…

Mateo 13:24

Les refirió otra parábola diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre…

Mateo 13:31

Otra parábola les refirió, diciendo: El reino de los cielos…

Mateo 13:33

Otra parábola les dijo: El reino de los cielos…

Mateo 13:44

Además, el reino de los cielos…

Mateo 13:45

También el reino de los cielos…

Mateo 13:47

Asimismo el reino de los cielos…

Mateo 13:52

todo escriba docto en el reino de los cielos.

Mateo 18:23

Por lo cual el reino de los cielos…

Mateo 20:1

Porque el reino de los cielos…

Mateo 22:2

El reino de los cielos…

Mateo 25:1

Entonces el reino de los cielos…

Mateo 25:14

Porque el reino de los cielos…

¿Sobre qué hablaban la mayoría de las parábolas de Cristo? Su enseñanza tenía un tema, y sobre ese tema se explayaba: El reino de los cielos. Casi la mayor parte de su enseñanza tenía que ver con esto.

Veamos ahora la predicación de Cristo, según el relato de Lucas.

Lucas 4:43

Es necesario que también a otras ciudades anuncie el evangelio del reino de Dios; porque para esto he sido enviado.

Lucas 8:1

Aconteció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios, y los doce con él.

También aquí notamos que él predicaba el evangelio del reino de Dios.

Nuestro mensaje al mundo es el evangelio, las buenas nuevas de salvación, pero no olvidemos que es el evangelio del reino de Dios. Porque estas buenas nuevas son justamente acerca del reino de Dios. No podemos separar una cosa de la otra.

Cristo iba por todas las ciudades y aldeas anunciando el reino de Dios.

Lucas 9:2

Y los envió a predicar el reino de Dios, y a sanar a los enfermos.

Lucas 9:11

Y cuando la gente lo supo, le siguió; y él les recibió, y les hablaba del reino de Dios, y sanaba a los que necesitaban ser curados.

Lucas 9:60

Anuncia el reino de Dios…

Lucas 10:9

Se ha acercado a vosotros el reino de Dios.

Lucas 16:16

La ley y los profetas eran hasta Juan; desde entonces el reino de Dios es anunciado, y todos se esfuerzan por entrar en él.

A partir de Juan el Bautista se anunció el reino de Dios.

EL EVANGELIO DE LOS APÓSTOLES

Hagamos un repaso de la predicación apostólica:

Hechos 2:36

Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo.

Esta es la conclusión del mensaje de Pedro en el día de Pentecostés. Él terminó diciendo que Dios había hecho a Jesús Señor y Cristo; es decir, el *Kyrios*, el que dominaba sobre el reino de Dios.

Cristo predicaba el evangelio así: anunciaba el reino de Dios, enseñaba todo lo concerniente a él y luego se presentaba a sí mismo delante de los pecadores y les exigía una definición. Los ponía frente a esta disyuntiva: reconocerlo a él como Señor, como rey, o rechazarlo. Aquel que realmente lo reconocía, pasaba a formar parte de ese reino que él venía anunciando. Y esto ocurría solamente por la fe.

Después vino Pedro. ¿Y qué predicó? Lo mismo. Confrontó a los pecadores con Cristo. La persona de Cristo como Señor definía a los hombres. Tenían que reconocerlo o rechazarlo.

Quiere decir que no era cuestión de que "Cristo entrara en el corazón" entre tanto que cada uno siguiera manejando sus cosas. No. Cuando el pecador se confrontaba con la persona de Cristo, se entregaba totalmente a él, lo reconocía

como Señor, como el Kyrios de su vida. Si por el contrario se rebelaba y no creía, quedaba automáticamente descartado del reino de Dios.

¿Qué mensaje predicó Felipe?

Hechos 8:12

Pero cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo…

Cristo no estaba en persona con él; sin embargo, Felipe igual anunciaba el reino de Dios y el nombre de Jesucristo. Es decir, presentaba el reino y al rey.

¿Qué mensaje predicaba Pablo, el gran predicador y apóstol?

Hechos 19:8

Y entrando Pablo en la sinagoga, habló con denuedo por espacio de tres meses, discutiendo y persuadiendo acerca del reino de Dios.

En Efeso, durante tres meses, parece que no tuvo otro tema. Reunió a los ancianos en Mileto, y les dijo:

Hechos 20:25

Y ahora, he aquí, yo sé que ninguno de todos vosotros, entre quienes he pasado predicando el reino de Dios, verá más mi rostro.

Es interesante destacar cuánto tiempo pasó él allí predicando el reino:

Hechos 20:31

Por tanto, velad, acordándoos que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno.

Después, Pablo llegó a Roma. Allí estaba preso, pero gozaba de ciertas libertades:

Hechos 28:23

Y habiéndole señalado un día, vinieron a él muchos a la posada, a los cuales les declaraba y les testificaba el reino de Dios desde la mañana

hasta la tarde, persuadiéndoles acerca de Jesús, tanto por la ley de Moisés como por los profetas.

Muchos venían a su casa y, desde la mañana hasta la tarde, él les testificaba del reino de Dios, y los persuadía acerca de Jesús, por la ley de Moisés y por los profetas. Quiere decir que el tema de Pablo, de la mañana a la noche, era el mismo: el reino de Dios. Notemos cómo termina el libro de Los Hechos:

Hechos 28:30, 31

Y Pablo permaneció dos años enteros en una casa alquilada, y recibía a todos los que a él venían, predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo, abiertamente y sin impedimento.

¡Dos años enteros en una casa alquilada en Roma predicando del reino de Dios y del Señor Jesucristo! Él explicaba todo lo que abarcaba el reino de Dios —quizás, muchas de las cosas que nosotros estamos aprendiendo ahora— pero en conclusión, su tema era el reino y el nombre del Señor Jesucristo, el *Kyrios*.

EL EVANGELIO DEL ESPÍRITU SANTO

Este mismo evangelio fue predicado por Cristo, por Pedro, por Felipe y por Pablo. Y éste es el evangelio que nosotros debemos predicar. El Espíritu Santo va a glorificar a Cristo con este tipo de mensaje, como lo hizo en el día de Pentecostés. Cuando Pedro señaló que Jesús era el Señor y el Cristo, el Espíritu Santo actuó de tal manera que tres mil personas quedaron compungidas. El Espíritu Santo tiene interés en que el reino de Dios se extienda aquí en la tierra. No es cuestión de rebajar el mensaje ofertando el evangelio, sino de predicar el evangelio del reino de Dios y proclamar a Jesucristo como Señor, como Rey, anunciando que su autoridad y gobierno deben establecerse en las vidas.

En 2ª Corintios 4:5, Pablo dice:

Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús.

"No predicamos a Jesucristo como Salvador" —aunque él salva—, infiere Pablo, sino "Predicamos a Jesucristo como Señor." Porque él es el Señor que salva. Él es el Señor que sana. Él es el Señor que bendice. "Nosotros predicamos

a Cristo —señala Pablo— como Señor.” Y sobre esta predicación de Pablo y de los apóstoles, la iglesia primitiva se extendió, y se extendió. ¡Cuántos se entregaron al Señor en ese tiempo!

Algunos se asustan cuando piensan en una demanda tan radical. Se les ocurre que si ahora, con menos exigencias, hay tan pocos resultados, con una exigencia mayor habrá menos todavía. Todo lo contrario. Hay dos razones para ello, una de parte del hombre y otra de parte de Dios.

Cuando a uno se le presenta algo vago, a lo que no tiene que responder con todo, pierde interés. Hay religiones llenas de exigencias, muy legalistas y que, sin embargo, tienen muchos adeptos porque les presentan algo contundente, concreto, claro. Si queremos que la gente se defina, prediquémosle algo concreto. Debemos ponerla frente a Cristo. Que nuestro mensaje sea sobre la persona de Cristo. Porque la persona de Cristo define, pone al hombre frente a una disyuntiva. Tiene que elegir. O lo reconoce como Señor o sigue viviendo como quiere.

Pero también está la parte de Dios, y es esta: Dios tiene interés en que Cristo sea reconocido como Señor. Por eso, cuando el mensaje es dado de acuerdo con su voluntad, el Espíritu Santo comienza a obrar, a manifestarse, respaldando esa exposición. Muchas veces el predicador tiene la tentación de hacer la invitación un poco más fácil. “¿Quién quiere abrir su corazón? ¿Quién quiere recibir a Cristo?” Con esto, tal vez diez personas más levanten su mano en señal de aceptación, pero, ¿cuántos de ellos quedarán? Además, lo importante no es que levanten la mano, sino que reconozcan a Cristo como Señor. Allí sí va a obrar el Espíritu Santo para traer fe, regeneración y salvación.

Estoy persuadido de que esta manera de presentar el evangelio hará surgir una generación de discípulos que, desde su misma conversión, van a vivir plenamente el reino de Dios. ¿Cómo va a predicar la iglesia a los incrédulos acerca de Jesucristo como Señor si todavía dentro de ella hay muchos que no lo han reconocido así? Creo que antes de que podamos lanzar la proclamación de este mensaje, Dios llevará a su iglesia a reconocerlo como Señor en la vida de cada uno de sus miembros. Debemos volver a evangelizar a los creyentes con el evangelio del reino de Dios.

El mensaje de Cristo como Señor no es un mensaje nuevo que deba ser agregado a una carpeta, si es que entendemos la diferencia que hay entre él y el evangelio de las ofertas que hemos predicado. El evangelio de las ofertas proclama que la condición para que el pecador se salve es "recibir a Cristo como su único y suficiente Salvador". Si alguien lo hace, ya es salvo y tiene vida eterna. Pero Dios quiere mostrarnos con el evangelio del reino que en ningún lugar de la Biblia se nos dice que quien recibe a Cristo como su Salvador ya es salvo, sino que la condición indispensable para ser salvo es reconocer a Jesucristo como Señor. Los que dicen: "Yo a la gente le predico a Cristo como su Salvador y cuando lo aceptan como su Salvador, se los predico como Señor", demuestran que no han comprendido el evangelio del reino.

Otros objetan, "Si les predicamos a Cristo como su Señor y lo reciben como tal, ¿cuándo lo van a recibir como su Salvador?" ¡Tampoco han entendido!

Hay algunos que parecen creer que si a Cristo no lo aceptamos como Salvador, no nos salva. Pero Cristo es el Salvador. Es el único y suficiente Salvador. Sin embargo, ese Salvador me salva no cuando meramente lo reconozco como Salvador sino cuando lo reconozco como el Señor de mi vida.

Toda nuestra manera de testificar de Cristo, de predicar el evangelio, cambia fundamentalmente a la luz de esta verdad. Al que quiere ser salvo, Pablo le dice —y es una verdad respaldada por toda la Biblia—:

> *si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo*.
>
> *Romanos 10:9*

Cristo será tu Salvador cuando lo reconozcas como tu Señor.

Cuando escuchan esto muchos se preguntan: "¿Cuándo me convertí yo, entonces?" Te voy a dar un consejo. No te preocupes por definir cuándo te convertiste. Si respondiste a Dios con sinceridad y entereza con la luz que tenías en ese momento, yo creo que eras salvo. Pero al venir más luz, debes responder al Señor con la misma sinceridad y entereza. Si yo tardé diez años en reconocer a Cristo como mi Señor, el nuevo discípulo no tiene por qué seguir mi trayectoria. Es decir, no tiene que recibir primero a Cristo como su Salvador y después de

años reconocerlo como su Señor. De ninguna manera. El nuevo discípulo debe convertirse reconociendo a Jesucristo como Señor de su vida. Éste debe ser nuestro enfoque en la predicación y proclamación del evangelio.

¿CÓMO DEBEMOS PREDICAR?

Hay muchos que, aún cuando están de acuerdo con todo lo que hemos expuesto, no saben cómo llevarlo a la práctica. "Entonces, ¿cómo debo predicar ahora? ¿Qué tengo que decir? ¿Cuál es el enfoque que debo dar al mensaje para aquellos que no son del Señor?", preguntan.

Veamos. La Biblia señala que en el mundo hay dos reinos: el reino de las tinieblas y el reino de la luz. Un reino es una comunidad compuesta por dos clases de individuos: el rey que gobierna, y los súbditos, que están sujetos al rey. El reino de las tinieblas tiene un rey, a quien la Biblia denomina príncipe de las tinieblas. Él es un espíritu mentiroso que engaña a las personas. El reino de la luz también tiene su Rey: Jesucristo. Él reina sobre la comunidad llamada la iglesia. Después de Adán todos hemos nacido en el reino de las tinieblas. El reino de la luz es aquel al cual podemos acceder a través de Cristo.

Adán y Eva fueron creados en un principio en la luz de Dios; él era la autoridad sobre ellos. Pero un día cambiaron de reino y de rey: el día en que obedecieron a la voz de Satanás. Desde entonces, todos los que descendemos de Adán heredamos la misma naturaleza pecaminosa. San Pablo dice en Efesios 2:3:

> *entre los cuales anduvisteis en otro tiempo siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia*.

Una de las más importantes características del reino de las tinieblas es su ley: "Vive como quieras". El reino de la luz tiene una ley muy distinta: "Vive como él quiere." Para saber a qué reino se pertenece, uno debe preguntarse: ¿Qué ley se cumple en mi vida? La respuesta determina nuestra ubicación. Veamos esto que he mencionado a través de la siguiente ilustración.



Cuando a una persona le creamos conciencia acerca de la tremenda verdad de que el pecado esencial del corazón del hombre es hacer lo que a uno le parece, ya no hace falta señalarle con tanta insistencia que es un pecador para convencerlo de pecado. La misma luz de Dios enfoca la esencia de su pecado y queda al descubierto. Se da cuenta por el Espíritu Santo que realmente está envuelto en esa ley de tinieblas que rige su vida.

El reino de la luz es el reino de Dios, el reino de Jesucristo. Cristo tiene un reino aquí en la tierra. Parte está en el cielo, parte está aquí, pero formado por todos aquellos que viven como él quiere, por los que lo reconocen como Señor de sus vidas.

¿Qué debe hacer una persona que vive en el reino de las tinieblas y desea entrar en el reino de la luz? ¿Cómo puede salir de un reino y entrar en el otro? San Pablo señala que Dios

> *nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo*.

Colosenses 1:13

¿Cómo puede realizarse esto? ¿Cómo puede el hombre ser librado de las tinieblas y trasladado a la luz, ya que el mundo de las tinieblas es un reino fundado sobre el poder de Satanás que tiene a la gente aprisionada? No es fácil zafarse de este reino. ¿Cómo puede alguien librarse de estas “cadenas” para trasladarse al reino de la luz?

Todo ciudadano sabe que está bajo la potestad o autoridad de su país. Un muchacho argentino de dieciocho años no puede decir: "Decido no ser más argentino. Así que, no me llamen a cumplir con el servicio militar." Está bajo autoridad, bajo la potestad de la nación.

Cierta vez le pregunté a un muchacho: "¿Cuándo vas a dejar de ser argentino?"

—Nunca —me dijo.

—Sin embargo, algún día vas a dejar de ser argentino.

—Ah, sí, el día que me muera.

¡Exactamente! La única manera de poder liberarse de una ciudadanía, de la potestad que un reino o un país tiene sobre uno, es justamente a través de la muerte.

Estoy usando esta figura para que podamos ver la verdad esencial de la Biblia: el único camino para ser liberado del reino de las tinieblas es la muerte. No hay otra manera de zafarse de ese reino. No hay otra manera de recibir liberación. Esto no es cuestión de una mudanza geográfica de un lugar a otro porque este reino está dentro de uno mismo, y las tinieblas invaden por dentro. Uno es orgulloso, egoísta, avaro, tiene envidia de los demás, es rencoroso; lo es en su esencia.

Por más que decida no serlo, por más que decida cambiar, por más que decida ser fiel a Cristo, en sus miembros brota una ley que se rebela contra Dios. El hombre es rebelde por naturaleza. Por naturaleza quiere hacer lo que él desea. ¿Cómo puede, entonces, librarse de lo que es? Hay una sola puerta: La muerte.

Por otro lado, ¿cómo entrar al reino de Dios? Esto es lo que Cristo le respondió a Nicodemo: *De cierto, de cierto te digo que el que no naciere de nuevo no puede ver* (ni tampoco entrar en) *el reino de Dios*. El que no nace, no puede entrar. ¿Cómo hemos venido a ser ciudadanos de nuestro país? Principalmente por haber nacido allí. La única manera de entrar al reino de Dios es nacer de nuevo, según Cristo lo dijo. Esa es la puerta de entrada. Quiere decir que para

salir del reino de las tinieblas debe uno morir, y para entrar al reino de Dios tiene que nacer.

Nicodemo preguntó: ¿Cómo puede hacerse esto?

¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo?

¿Cómo? ¿Cómo puede uno morir? ¿Cómo puede uno nacer?

La Biblia tiene la respuesta. Veamos primero la figura bíblica y luego documentémosla con la enseñanza de las Escrituras. Hay una única manera de morir a las tinieblas. Y es por medio de la muerte de Cristo. Pablo dice que nuestro *"viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado"* (Romanos 6:6), y señala (v. 4) que la manera en que uno puede experimentar en sí mismo esa muerte es mediante el bautismo. *"Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo."* El bautismo es el acto concreto que Dios ha establecido a través del cual el hombre que vive en el reino de las tinieblas muere y resucita (o nace de nuevo), y entra al reino de Dios, reconociendo a Cristo como Rey y Señor de su vida.

Es evidente que pocos hemos presentado el evangelio así. Hemos predicado una verdad a medias, porque no habíamos entendido el evangelio del reino de Dios. Le habíamos quitado al bautismo su verdadero valor. Hemos empañado la verdad de Dios, señalada en las Escrituras, con nuestros propios conceptos, y la hemos neutralizado con textos que aparentemente la contradicen.

Aunque resulta obvio, es necesario aclarar que el bautismo en sí no tiene ningún poder para salvar. El agua y la ceremonia bautismal no tienen ninguna virtud, ninguna eficacia en sí mismas. Uno puede ser bautizado y continuar viviendo en el reino de las tinieblas. ¿Qué es lo que da valor al bautismo? ¿Puede acaso el agua matar una vieja vida? Sería ridículo afirmarlo. Lo que da valor al bautismo es la realidad de la redención.

Cristo vino al mundo para salvarnos, se identificó con nosotros, fue hecho pecado por nuestros pecados. Tomó nuestra carne sobre sí, y murió en la cruz. Él murió por nosotros, y si uno murió por todos, luego todos murieron (2ª

Corintios 5:14). ¡Todos murieron! ¡Por él! Es la redención que Cristo efectuó en la cruz lo que hace posible nuestra redención y salvación. Cristo no solamente murió. Murió, fue sepultado, y al tercer día resucitó triunfante de entre los muertos. Esta es la redención que Cristo obró: muerte, sepultura y resurrección. Eso es lo que nos salva, la redención que Cristo efectuó en la cruz. Su muerte hizo posible nuestra muerte; su resurrección, nuestra resurrección.

Pero él murió hace dos mil años. ¿Puedo yo hacer mía su obra en la cruz hoy? ¿Cómo puedo apropiarme de todo lo que él realizó a mi favor? Dios estableció el bautismo, porque en el bautismo está la realidad de la redención. Cuando el hombre cree y se bautiza en el nombre del Señor, allí muere con Cristo y resucita con él a una nueva vida.

Yo sé que ésta no es una presentación típicamente evangélica, y que ciertas cosas que voy a seguir exponiendo a algunos les van a resultar demasiado duras. Ruego un poco de paciencia, y también de sinceridad. Luego de considerar estas cosas, sería bueno realizar un estudio de la palabra de Dios con el corazón abierto, a ver si realmente son así.

EL BAUTISMO SEGÚN CRISTO

Cristo dijo:

> *Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado será salvo, más el que no creyere, será condenado*.

Para ser salvo hay que creer y ser bautizado. Si uno se bautiza y no cree, ¿puede salvarse? La respuesta es obvia: ¡No! Si uno cree y no se bautiza, ¿puede salvarse? Nos resulta mucho más difícil responder “no” a esta segunda pregunta. Probablemente porque nosotros, los evangélicos, hemos entendido este texto al revés. Hemos leído: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere salvo, será bautizado.” Si alguno cree —es decir, si se convierte de veras— nosotros lo estudiamos durante unos cuantos meses, observamos si se comporta bien, le damos algunas lecciones, y luego decimos: “Este es salvo. ¡Puede bautizarse!”

Eso demuestra que hemos quitado al bautismo de su lugar. Cristo dijo: "El que creyere y fuere bautizado será salvo." Si uno se bautiza sin acompañar este acto con el arrepentimiento y la conversión interior de su corazón, sin la fe en Cristo como su Señor, el bautismo no le sirve de nada. Va a salir apenas mojado por el agua. Pero si dice que cree, y luego no se bautiza, el Nuevo Testamento tampoco aprueba esa actitud.

Cristo dijo: *Id, y haced discípulos… ¿Cómo?… bautizándolos… y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado* (Mateo 28:19, 20). ¿Cómo se hace un discípulo? ¡Bautizándolo! Pero nosotros decimos: "Vayan y hagan discípulos, enseñándoles que guarden todas las cosas y, una vez que guarden todas las cosas, ¡bautícenlos!" ¿Por qué esto? Porque no hemos entendido la esencia y el significado del bautismo. ¿Cuándo se convierte una persona? ¿Cuándo es realmente salva? La conversión comienza cuando el mensaje es escuchado con fe, y culmina cuando aquella persona sale de las aguas del bautismo reconociendo a Cristo como el Señor de su vida.

EL BAUTISMO APOSTÓLICO

El bautismo de los tres mil

No solamente Cristo señaló esta verdad, sino que ella fue la práctica de la iglesia primitiva. Consideremos el primer bautismo cristiano en Pentecostés. Pedro predica y presenta una persona a la multitud: Jesucristo. Concluye proclamando que Dios, habiendo resucitado a Jesús, lo ha hecho Señor y Cristo. Cuando escuchan esto, miles de personas compungidas de corazón dicen: ¿Qué haremos? ¿Qué les hubiéramos respondido nosotros? Probablemente: "Lo único que tienen que hacer es aceptar a Cristo como su Salvador personal y serán salvos. No hay ningún compromiso." Pero no Pedro. Él les manda: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de pecados. (¿Cómo? Nosotros hubiésemos dicho: "Arrepentíos, para perdón de pecados; y bautícese cada uno como testimonio de que ya han sido perdonados.") Y los 3.000 son bautizados aquel mismo día. La verdad señalada por la Biblia es que el bautismo va unido a la conversión, que es la concreción de la conversión; de una conversión no al estilo de aceptar a Cristo como Salvador, sino reconociéndole como Señor de la vida.

El bautismo de los samaritanos

Felipe fue a Samaria. Allí predicó el evangelio del reino de Dios. Dice Lucas en Hechos 8:12:

> *Cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres*.

¿Cuándo se bautizaron? Cuando creyeron. Felipe no fue a predicar el evangelio de las ofertas; era el evangelio del reino. Por eso, cuando creyeron… se bautizaban hombres y mujeres. Si uno cree, ¿por qué no se va a bautizar? Si uno reconoce a Cristo como Señor, ¿qué es lo que impide el bautismo?

Felipe fue al desierto y le testificó al etíope. Empezó por Isaías. ¿Dónde terminó? Las Escrituras no nos dicen cuál fue el último punto del mensaje, pero por lo que sucedió luego, deducimos que fue el bautismo. De modo que el etíope se convirtió en candidato para el bautismo. Sin embargo, surgió un inconveniente de orden práctico: Estaban en el desierto y allí no había agua. Siguieron andando en el carro y de pronto el etíope exclamó: "Felipe, mira; aquí hay agua. ¿Qué impide que yo sea bautizado?"

Felipe no le dijo: "Primero debes hacer frutos dignos de arrepentimiento por seis meses y luego te bautizaremos" (Felipe no era evangélico). Sino más bien: "Si crees de todo corazón, bien puedes."

"¡Creo!" —dijo el etíope, y mandó parar el carro. Descendieron ambos al agua y Felipe lo bautizó (Hechos 8:36–38).

El bautismo de Saulo

El libro de Los Hechos de los Apóstoles relata nueve casos de bautismos. Todos, excepto uno, fueron realizados en el mismo momento en que operó la fe y el arrepentimiento; en el mismo día, al mismo instante. La única excepción fue el bautismo de Saulo. Él fue quien más tardó. ¡Pasaron tres días! ¡Pero tres días porque nadie vino antes! No hubo quien lo bautizara. Lucas narra este suceso en Hechos, capítulo 8.

Pablo mismo relata su conversión en el capítulo 22. Ananías vino y le dijo: *Hermano Saulo, recibe la vista… El Dios de nuestros padres te ha escogido…*

Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre (Hechos 22:13–16). Si Pablo hubiese sido evangélico, le hubiera dicho: "Un momento! Mis pecados ya fueron lavados cuando acepté a Cristo." Pero no lo era; y Ananías pudo decirle, después de tres días de haberse rendido a Cristo: "Bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre." Esto es lo mismo que Pedro dijo a los tres mil: "Arrepentíos y bautícese cada uno para perdón de los pecados." ¿Será posible que la Biblia relacione tan íntimamente el perdón de los pecados con el bautismo?

Cornelio y los de su casa

Pedro va a la casa de Cornelio en Cesarea. Allí predica y, por lo visto, todos se rinden a Cristo. Sin embargo, ni piensa en bautizarlos. ¡Jamás bautizaría a un gentil! ¡Pero Dios se le anticipa! Bautiza con el Espíritu Santo a Cornelio y a todos los que están reunidos. Y si son bautizados con el Espíritu Santo, ¿puede acaso alguno impedir el agua para éstos? Y en el acto, en el mismo día, Cornelio y toda su casa son bautizados también en agua (Hechos 10:44–48).

Lidia y su familia

Pablo va a Filipos. Allí, a la orilla del río, se encuentra con unas mujeres que se reúnen para orar. Pablo empieza a orar con ellas. Luego, comienza a hablarles, y Dios abre el corazón de una mujer llamada Lidia. Ella, con toda su familia, cree, y enseguida todos son bautizados (Hechos 16:13–15).

El carcelero de Filipos

El caso más evidente ocurre en la cárcel de Filipos. Allí están presos Pablo y Silas. Reciben azotes. Tienen las espaldas ensangrentadas, los cuerpos heridos. Son echados en el calabozo "de más adentro," y sus pies apretados en el cepo. Entretanto, ¿qué hacen? ¡Cantan, alaban a Dios, glorifican su nombre! Y a medianoche, mientras cantan, un terremoto sacude todo. Los presos se sueltan. El carcelero saca la espada e intenta matarse. Pablo dice: "Un momento, no te hagas daño. Estamos todos aquí. Nadie escapó."

El carcelero queda impresionado. Ha escuchado a estos hombres cantar toda la noche, y ahora ve su actitud. Entonces, cayendo ante ellos, pregunta: "¿Qué debo hacer para ser salvo?"

¿Qué le responde Pablo?: *"Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa."* ¡Amén!

¡Ya está! Para ser salvo, hay que creer. Pero no concluye aquí el pasaje, y a través de lo que sucede nos muestra lo que significa realmente creer. Allí hay un hombre que abre su corazón, cree el mensaje, y a esa hora —a la medianoche— se bautiza. Un terremoto ha sacudido toda la cárcel, sembrando confusión y pánico. Sin embargo, la Biblia nos dice que el carcelero en aquella misma hora de la noche, les lava las heridas; y en seguida se bautiza él con todos los suyos.

"Pero, Pablo, ¿por qué te apresuras? ¿para qué bautizarlos a las doce de la noche? El hombre ha creído. ¿Por qué no esperar hasta la mañana cuando salga el sol? Ahora está todo revuelto, todo oscuro. El terremoto ha sacudido la cárcel y los presos están sueltos."

Pablo sabe muy bien que para entrar al reino de Dios, para ser salvo, hay que creer en el Señor Jesucristo y ser bautizado. Y este hombre, con toda su familia, cree y es bautizado en el mismo momento (Hechos 16:25–34).

Nosotros nunca actuaríamos así. Si alguien viniera dispuesto a entregarse al Señor y a ser un discípulo de Cristo, ¿le predicaríamos y llevaríamos las cosas adelante con la insistencia con que lo hizo Pablo?

EL BAUTISMO: ES EL MODO DE CONCRETAR LA CONVERSIÓN

Para salir del reino de las tinieblas hay que morir, y para entrar en el reino de Dios hay que nacer. Y la manera que Dios ha establecido para que esto pueda suceder es justamente a través del bautismo realizado con verdadero arrepentimiento y fe en Jesucristo. Todos los casos bíblicos señalan esta misma verdad.

Hemos quitado al bautismo su lugar, que debe realizarse junto con la conversión porque es la realización concreta, la materialización, de ella. No sólo esto. También le hemos restado al bautismo su valor, su importancia. Hemos enseñado y predicado: "El bautismo no borra los pecados; el bautismo no salva; el bautismo no es necesario para la conversión, para la salvación, para tener vida eterna." Y hemos traído como ejemplo al ladrón de la cruz. ¿Qué le dijo Cristo al

ladrón en la cruz? "Hoy estarás conmigo en el paraíso." El ladrón no fue bautizado, ¡y sin embargo fue salvo! De este modo, hemos hecho de la excepción una doctrina. Hemos fundamentado nuestra enseñanza sobre algo completamente excepcional, diferente del resto de los casos. Si alguien está clavado en una cruz, a punto de morir, también podemos decir: "Cree, y aunque no te bautices, te vas a salvar." Pero en esas circunstancias, no en otras. Le hemos restado al bautismo tanto, que muchos concluyen: "Entonces, ¿para qué me voy a bautizar?"

Dentro del contexto evangélico tradicional, ¿cuál es la necesidad del bautismo? Hemos dicho que es un testimonio público de fe, un testimonio de que realmente uno pertenece a Cristo. Sin embargo, y aunque sorprenda a algunos, debemos decir que no hay en toda la Biblia un texto que diga que el bautismo sea un testimonio público de fe en Cristo. Por un lado, no es la presencia del público lo que da validez al bautismo. Según la Biblia enseña, éste no es un acto para testimonio, ni necesariamente tiene que ser público. ¿Qué público había cuando Felipe bautizó al etíope? ¿Qué público había cuando Ananías bautizó a Saulo? ¿Y cuando Pablo bautizó al carcelero y a su familia? El bautismo es independiente del público.

Hasta ahora hemos predicado que cuando uno acepta a Cristo debe luego ser bautizado delante de todos. "Todos tienen que presenciar ese acto," decimos. Por supuesto, el bautismo puede ser público. Como en el caso de los tres mil, como en el caso de los de Samaria, como en tantos otros casos. Pero la presencia del público no es un factor esencial.

¿Qué es el bautismo, según la enseñanza bíblica? Significa, de acuerdo con lo que Pablo dice en Romanos 6:4, que *somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva*. La Biblia no enseña que el bautismo no salve, no perdone, o no limpie los pecados, como creíamos antes. La Biblia señala que éste es el acto de entrega total a Jesucristo por el cual, al descender a las aguas, soy sepultado con él para muerte, y levantado a una nueva vida por el poder de su resurrección. Todo esto a través de la fe. No me bautizo en agua meramente; me bautizo (sumerjo) en Cristo. Muero en su muerte y nazco por su resurrección.

Nosotros hemos dicho que el bautismo no salva. Pedro dice en su primera epístola (1ª Pedro 3:21): El bautismo que corresponde a esto —se refería al diluvio— ahora nos salva. Luego, entre paréntesis, añade: (No quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) por la resurrección de Jesucristo. Sacando por un momento la frase que está entre paréntesis, queda así: El bautismo… nos salva… por la resurrección de Jesucristo. No es el agua lo que salva, ni el descender al bautisterio, sino la redención obrada por la resurrección de Jesucristo.

Pero para que la resurrección opere es necesario el bautismo; no porque limpie de las inmundicias de la carne (a éstas no las quita el bautismo, ni la oración, ni el arrepentimiento, sino la muerte y la resurrección de Cristo, la redención que él efectuó en la cruz), sino porque es la aspiración de una buena conciencia delante de Dios. Mi conciencia da testimonio: Cristo murió por mí y yo muero con él. Esta vieja vida queda sepultada, y me levanto con el poder de la resurrección de Cristo a una nueva vida.

Por supuesto, el bautismo no tiene ningún valor si se realiza simplemente como una ceremonia o por un mero formalismo. Tampoco vamos a establecer como dogma lo que la Biblia dice en cuanto al bautismo. Existe un peligro real de poner un énfasis exagerado en él. Las enseñanzas bíblicas no son un cuerpo de doctrinas estáticas, ni conforman una rígida teología. No llegaríamos lejos con eso. Las verdades de la Biblia son funcionales, dinámicas, vivientes.

Hasta ahora hemos llamado a los pecadores a entregarse a Cristo con el evangelio de las ofertas, a levantar la mano, a pasar al cuarto de atrás, a ponerse de pie. Ahora, al presentar el evangelio del reino, no caigamos en dogmatismos o en exageraciones innecesarias, pero hagamos que estas verdades sean funcionales, vivientes, como lo hacía la iglesia primitiva. Sin fórmulas rígidas, inmóviles, sino haciendo que opere la esencia de esta verdad. ¿Qué cosa hay más preciosa que guiar a un pecador a pasar de un reino a otro a través de un acto tan concreto, tan contundente y sencillo, establecido por el Señor, como el bautismo?

Un hermano me contó cómo se realizan los bautismos en la India. La iglesia se reúne en una de las orillas del río, y todos los que van a ser bautizados en la otra, mezclados con los observadores y los que vienen a presenciar el acto. El

ministro que bautiza se coloca en el lecho del río. A su derecha tiene a la iglesia y a su izquierda a los inconversos. Cuando llama a los que han de ser bautizados, éstos salen de entre el público y descienden al río por la margen izquierda. Luego de ser bautizados pasan a la otra orilla para unirse a la iglesia del Señor. Este es un hermoso simbolismo de la realidad del bautismo: Hombres librados del reino de las tinieblas y trasladados al reino de su amado Hijo.

¿MEROS SÍMBOLOS?

Por mucho tiempo hemos hecho del bautismo y de la Cena del Señor sólo símbolos. Hemos dicho: "Esto es pan; comemos el pan en memoria del cuerpo de Cristo." Sin embargo, Cristo dijo: Esto es mi cuerpo. El pan no es Cristo, pero en ese momento, por la fe, no sólo comemos pan, sino de Cristo. No sólo bebemos vino, sino bebemos de Cristo, bebemos su sangre. También sucede esto con el bautismo, que ahora ha vuelto a recuperar su significado. Yo bauticé a muchos según el evangelio de las ofertas. Era sólo una ceremonia. Había bendición, por supuesto. También gozo, porque se añadían nuevos a la iglesia, pero no era un bautismo como el que realizaba la iglesia primitiva.

En cambio, ¡es tan distinto bautizar ahora! Ya no es cuestión de decir una fórmula. Pongo mis manos sobre el que se va a bautizar y pido la gracia y la unción del cielo: "Señor, ahora este hombre que está aquí y cree en ti va a ser bautizado para muerte. En este momento, la vieja vida que tiene va a morir." Y digo al que está por ser bautizado: "Ahora tú vas a ser sepultado junto con Cristo. Tu vieja vida va a morir junto con él. ¡Pero te vas a levantar por el poder de Dios, por la resurrección de Cristo! Te vas a levantar junto con Cristo, para que como Cristo resucitó de entre los muertos, tú también resucites." Y aquel que está siendo bautizado, abre su ser a la operación del Espíritu de Dios.

La fe tiene algo concreto, algo material de que asirse. Porque no sólo somos espíritu, sino también cuerpo. ¡Cómo ayuda a la fe tener algo concreto como esto! Ahora bautizar es enterrar viejas vidas, para que mueran por el poder de Cristo; asimismo es levantarlas, con la unción de Dios, a una nueva vida. Esto es nacer del agua y del Espíritu.

Alguien dirá: "¿Cómo? ¿El agua no es la Palabra de Dios, según la hermenéutica tradicional?" ¿Qué sabía Nicodemo de hermenéutica como para

identificar el agua con la Palabra? Nosotros lo relacionamos porque somos demasiado eruditos. Nicodemo interpretó tal como le fue dicho. Cuando la vieja vida muere y es sepultada, ¿qué ocurre? ¿De dónde vuelve a nacer? ¡Del agua, por el poder del Señor!

Allí comienza la nueva vida. La Biblia ha establecido el bautismo como un acto funcional, real, significativo, práctico, a través del cual la gente pasa de una manera concreta, de las tinieblas al reino de Dios. Démosle, pues, la importancia que le corresponde.

NO NOS APRESUREMOS

¿Cómo actuaremos ahora? ¿Predicaremos y llenaremos el bautisterio invitando a bautizarse a todos los que quieren? No nos apresuremos. No es cuestión de bautizar pronto. Pero sí, cuando las personas vienen por primera vez, debemos explicarles esto claramente: "Si quieres ser discípulo de Cristo, si quieres integrarte a la comunidad de los hijos de Dios, tienes que arrepentirte y negarte a ti mismo. Tienes que poner en segundo término a tu padre, madre, mujer e hijos, esposo, hermanos y aún tu propia vida. Cristo tiene que ser primero. Debes tomar tu cruz y seguir a Cristo. Tienes que renunciar a todo lo que posees."

No bauticemos a nadie si no estamos seguros de que ha comprendido que no está ante una doctrina, sino ante una persona viviente: Jesucristo. No bauticemos si no vemos que haya una disposición a reconocer a Cristo como el Señor de la vida. Dios nos va a ayudar y a guiar paso a paso en este terreno. Tampoco es cuestión de darles toda la serie de mensajes sobre el señorío de Cristo para que se bauticen, ni es necesario que entiendan todo. Lo fundamental es que el individuo se confronte con una persona viviente que se llama Jesucristo. Aunque no entienda nada de doctrina, que comprenda esto: que Jesucristo es el Señor. Debe captar la esencia de lo que esto significa. Hasta ahora ha vivido como le ha parecido; desde ahora, debe estar dispuesto a entregarse a él, y a hacer lo que él ordene.

Hagamos que esta verdad sea viva y penetrante. El pecador tiene que conocer a este Cristo resucitado y glorificado como Señor. Cuando se da en él esta disposición, este entendimiento, esta rendición, entonces lo bautizamos, lo

sepultamos para muerte, y es resucitado a una nueva vida. Cuando el pecador se identifica con Cristo, muriendo y resucitando con él, pasa a pertenecer al reino de Dios.

Algo más: Los evangélicos hemos puesto demasiado énfasis en la experiencia inicial y muy poco en la continuidad. Hemos hecho hincapié en que la conversión es un acto definido de un momento, una crisis. Y es cierto. Pero hemos dejado de enfatizar otro aspecto de la verdad. Es cierto que un día me bauticé, que morí a la vieja vida. ¿Pero ahora, qué? ¿Eso es todo? No, tiene que prolongarse en una experiencia continua. Debemos permanecer en la gracia del bautismo.

Cristo dijo: *"Haced discípulos… bautizándolos… y enseñándoles que guarden todas las cosas que yo os he mandado."* Si bautizamos al pecador y pensamos: "Ya está; murió y resucitó, ahora tiene vida", y lo dejamos allí, es muy probable que su vida quede trunca. Porque estas verdades funcionan dentro del contexto adecuado, donde se brindan las enseñanzas del Nuevo Testamento y se convive en amor. Dentro de nuestro contexto, tal cual es, no operan. Por eso, inmediatamente después que se bautiza a alguien, es imprescindible que comience a ser adoctrinado y enseñado en forma continua. Para esto, es necesario que cada bautizado tenga un padre espiritual o alguien que lo guíe, que esté en constante comunicación con él, que se preocupe, que realice la función de una nodriza.

¿Acaso no ha nacido una nueva criatura? Los recién nacidos necesitan una atención especial. Esto es muy importante. El corazón del que se ha bautizado es tierno, está abierto a Dios, recibe lo que se le enseña, tiene hambre. ¡A los niños recién nacidos se les da leche cada tres horas! Hace falta, pues, un cuidado intensivo para los que recién nacen espiritualmente, integrándose a la familia de Dios.

Tercera Parte

JESUCRISTO ES EL SEÑOR DE UNIVERSO

Capítulo 6

Jesucristo es el Señor del universo

P*ara que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo*.

Efesios 1:17–23

El cuerpo de Cristo yacía en el sepulcro. De pronto, el poder de Dios operó en él, resucitándolo de los muertos. Pero esta "supereminente grandeza de su poder" no sólo operó en Cristo resucitándolo, sino ascendiéndolo hasta los cielos, sentándolo en los lugares celestiales sobre todo principiado, sobre toda potestad, sobre todo señorío, sobre toda autoridad, sobre todo nombre que se nombra no sólo en este siglo, sino también en el venidero, sometiendo todas las cosas bajo sus pies. El poder de Dios levantó a Cristo, y lo colocó como cabeza de la iglesia, que es su cuerpo, y más aún, como Aquel que es supremo sobre el universo. Precisamente a esto queremos hacer referencia ahora, a Cristo como el Señor del universo.

Juan, en su visión apocalíptica, se encontró con los cielos abiertos. El Espíritu lo introdujo como por una puerta al mismo cielo. Y allí vio y oyó cosas que le fue ordenado escribir. Este es su relato:

> *Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina*!
>
> *Apocalipsis 19:6*

¡Qué tremendo! ¡Qué maravillosa visión! Una gran multitud, millones y millones. ¡Y un estruendo como de muchas aguas, como la voz de grandes truenos! ¿Y qué decían? ¡Aleluya! Todo se llenó de alabanzas. ¡Aleluya! Y en la tierra, entre todas las naciones, también se hizo oír la misma palabra:

¡Aleluya!

Pero, ¿por qué aleluya? Nuestros aleluyas muchas veces tienen motivos circunstanciales: "¡Aleluya porque me aumentaron el sueldo!" "¡Aleluya porque van bien mis estudios!" Sin embargo, estas expresiones tendrían que estar inspiradas en un motivo mayor, mucho más firme y estable. En los cielos se gozan porque el Señor nuestro Dios todopoderoso reina. Mientras que él esté sentado en el trono hay motivos harto suficientes para decir: ¡Aleluya!

Finalmente, Juan vio la culminación de la esperanza de cada redimido (v. 16 del mismo capítulo): el Hijo del hombre, Jesucristo, volviendo por segunda vez a la tierra. Lo vio sobre un caballo blanco, viniendo con gran poder y gloria, al sonido de la trompeta y rodeado de los arcángeles del cielo. Y en su vestidura y en su muslo tenía escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES.

Cristo, sentado hoy en el trono, a la diestra de su Padre, ya lleva este nombre inscrito en su costado. A un lado, Rey de reyes; al otro, Señor de señores. En otras partes de la Escritura se lo llama Salvador, Maestro, Hijo del hombre, Hijo de Dios, León de la tribu de Judá, Cordero de Dios; pero ninguno de estos nombres está escrito en sus vestiduras sino el de Rey y Señor. Este nombre es por sobre todos los otros porque revela como ninguno su majestad y señorío.

Cristo, pues, es Señor de todo lo que existe en este siglo y por la eternidad. Veamos, por lo tanto, su actuación en cada una de las áreas o esferas en que se mueve el universo.

Cristo es el Señor del universo. Pero no lo es meramente por su deidad preexistente. Cuando vino a la tierra y se encarnó, demostró ante los hombres el pleno dominio y autoridad que tenía sobre todas las esferas en su calidad de hombre perfecto. Luego se despojó de su poder para morir en la cruz, pero volvió a reconquistarlo con gloria a través de su resurrección. Consideremos aquellas secuencias de su encarnación, muerte y exaltación con respecto a las distintas áreas en que funciona el universo.

Para una más clara comprensión de lo que quiero presentar, señalaré seis distintas esferas dentro del universo, a las cuales denominaremos reinos. Y notaremos la actuación de Cristo en cada uno de estos reinos.

1. El reino de la naturaleza

Comprende el mundo material creado por Dios: la tierra, los astros y las galaxias, los animales, las plantas, los minerales y tantas otras cosas. Todo lo relativo al mundo natural. En él Dios ha establecido las leyes y los principios que lo gobiernan.

2. El reino de los vivientes

Incluye a todo ser humano que vive sobre esta tierra: hombres y mujeres de todas las razas. Esta es otra área y sobre ella también ha establecido Dios sus leyes y sus principios.

3. El reino de los gobiernos humanos

La Biblia enseña que Dios es quien pone reyes y quita reyes. La revelación dada a Daniel en tiempos de Nabucodonosor nos señala justamente esta verdad: Dios está por encima de todo reino, rey o gobernante. Él los pone y él los quita. Él endurece el corazón de Faraón y él establece a Nabucodonosor por rey o lo quita de su lugar.

4. El reino de los muertos

Cuando el ser humano muere, su alma, su espíritu, su ser interior, se separan del cuerpo que vuelve a la tierra, y va a una cierta región, a la morada de los muertos. En la Biblia se la llama el Seol o el Hades (en idioma hebreo y griego, respectivamente), indicando el lugar donde van todos aquellos que mueren. Ya veremos esto en detalle, pero quiero señalarles que hasta el día de la resurrección de Jesucristo, todo el que moría iba a aquella morada de los muertos.

5. El reino, o esfera, de los demonios

Los demonios son espíritus incorpóreos y conforman un reino muy vasto. Hay uno de ellos que los comanda como general supremo. Su nombre es Satanás y tiene bajo su autoridad a todos los demás, organizados como un verdadero ejército. Satanás tiene sus generales sobre cada país del mundo y sus coroneles sobre cada ciudad. Tiene sus mayores, capitanes y tenientes, hasta llegar al demonio "raso." La Biblia los denomina principados, potestades, autoridades, gobernadores de las tinieblas, huestes espirituales en los aires. Hay rangos dentro de este reino de los demonios.

6. El reino de los ángeles

También los ángeles son seres espirituales sin cuerpo. Y hay distintas clases de ángeles: querubines, arcángeles, serafines, ángeles que alaban de día y de noche, ángeles que cuidan a los niños, ángeles que están continuamente a disposición de Dios como servidores y ministradores.

He aquí, en rasgos generales, las distintas áreas, reinos y esferas que operan en el universo. Podemos ubicar todo lo conocido dentro de alguna de estas seis esferas. Desde luego, se podría hacer una clasificación distinta; esto no es algo absoluto.



¿QUIÉN ES ÉSTE?

Cuando Cristo vino a la tierra, a la edad de treinta años, con la unción del Espíritu Santo comenzó su actuación pública, su manifestación al mundo, como el Mesías, como el enviado de Dios. Cuando él actuaba, los hombres y las mujeres quedaban maravillados y confundidos. En ciertos aspectos parecía un hombre como todos: se cansaba, tenía hambre y sed como cualquiera, tenía sueño, dormía, sus manos se ensuciaban con el trabajo. En fin, parecía igual a todos; se le podía tocar, palpar. No tenía nada fuera de lo común.

Sin embargo, al mirarlo desde otra perspectiva, dejaba perplejos a sus observadores. Exclamaban: "Pero, ¿QUIÉN ES ÉSTE? No es un hombre común. Es un personaje diferente. ¡Nadie ha hecho lo que éste hace! ¡Nadie ha hablado como éste habla! ¿Quién es?"

En las mentes de aquellos hombres surgía este interrogante una y otra vez. Algunos pretendieron resolverlo fácilmente, diciendo: "Es un profeta," o "un vidente," o "un hombre excepcional" o "un maestro." Pero no. Él era distinto. "¿Quién es éste?" La pregunta resonó dentro de todos los que tuvieron oportunidad de verlo. Aún sus discípulos, después de haber comenzado a seguirle, vez tras vez se preguntaron lo mismo.

SEÑOR SOBRE EL REINO DE LA NATURALEZA

En cierta oportunidad, Jesús, después de haber predicado a la multitud, subió a un barco para cruzar el lago. Sus discípulos también lo hicieron. Cristo estaba cansado por el trajín del día. Tenía sueño y se durmió. Allí acostado parecía un hombre como todos. Y en la mitad de la travesía, el viento levantó una tempestad, y la barca comenzó a zozobrar. Las olas se alzaban como para tragar la embarcación. Aquellos diestros pescadores del mar de Galilea trataban de controlarla, pero no podían. Finalmente, miraron hacia el maestro dormido.

—¡Maestro! ¡Despierta que perecemos! Cristo se levantó.

—¿Por qué teméis, hombres de poca fe? —Y dirigiéndose al mar, extendió su mano diciendo— Enmudece y calla.

Al momento todo se aquietó y hubo bonanza. Los mismos discípulos, asombrados, preguntaron:

—¿Quién es éste, pero quién es éste, que aún el viento y el mar le obedecen?... ¿Quién es éste?

Éste es Jesús de Nazaret, pero también es el Verbo hecho carne, el Hijo del Dios viviente; es aquel que, cuando estuvo en la tierra demostró ser Señor sobre el reino de la naturaleza. Él mostró su autoridad a través de su ministerio. La naturaleza misma se sujetó al Señor del universo.

SEÑOR SOBRE EL REINO DE LOS VIVIENTES

Los hombres, cuando lo oían predicar y enseñar, decían:

"Nadie ha hablado como éste. Este no habla como los religiosos sino como alguien que tiene autoridad." Así era, ya que nadie podía refutarle nada de lo que él decía.

En cierta ocasión vino un hombre lleno de lepra, con todo su cuerpo llagado, y cayendo de rodillas delante de él, le dijo: "Señor, si quieres, puedes limpiarme." Cristo extendió la mano, lo tocó y le dijo:

“Quiero. ¡Sé limpio!”

Y la lepra lo dejó en el mismo instante. Todos quedaron maravillados.

Pero, ¿Quién es éste?

Éste es Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios, el Señor sobre el reino de los vivientes. Señor sobre el hombre en su totalidad. Sobre el cuerpo él es Señor. Sobre el alma él es Señor. Sobre el espíritu también él es Señor. ¡Oh, cuán grande es la potestad de Cristo sobre el ser humano!

En otra ocasión le trajeron un paralítico. Él le dijo:

—Hombre, tus pecados te son perdonados. —Los religiosos, entonces, se enfurecieron.

—¿Quién es éste que perdona pecados? ¿Quién es éste? Sólo Dios puede hacer eso.

—Para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados… —respondió.

Tenía autoridad sobre todos los seres vivientes: sobre su cuerpo para sanar; sobre su alma y su espíritu para salvar.

Una y otra vez se paró frente a la gente y les dijo: “¿Quién de vosotros me acusa de pecado?” Nunca nadie pudo levantar su dedo para acusarlo. Nadie pudo abrir la boca. Todos enmudecieron.

En otra ocasión, él dijo a los demás: “El que de vosotros esté sin pecado, tire contra ella la primera piedra.” Y nadie tiró la piedra. Todos la dejaron y se fueron. Maravillados. Sorprendidos. Pero, ¿QUIÉN ES ÉSTE?

¡Ah! Este es el glorioso Jesucristo, el Hijo bendito del Padre, que vino a la tierra y demostró ser Señor sobre todos los seres vivientes en forma integral: cuerpo, alma y espíritu.

SEÑOR SOBRE EL REINO DE LOS DEMONIOS

En una ocasión, pasando por cierta región, un hombre le salió al encuentro. Un hombre gadareno. Muchos espíritus satánicos, demonios, se habían posesionado de él. No uno o dos, sino una legión. Este hombre era atado con cadenas por otros y ni aún así lo podían contener. Pero entonces Jesús se le acercó. Los espíritus comenzaron a temblar dentro de él y a gritar fuertemente. ¡Y todavía Cristo no había dicho nada! ¡No había abierto su boca y ya estaban todos temblando!

"¿Qué tienes con nosotros, Jesús, hijo de David, hijo del Altísimo?"

Estaban temblando ante la presencia del Hijo de Dios. "Si vas a sacarnos de aquí, por favor manda que salgamos y vayamos a este hato de puercos."

Cristo, entonces, dio la orden. Una sola palabra, dos letras nada más: "Id" (Mateo 8:32).

Y la legión de demonios salió de ese hombre, entrando en el hato de puercos. Estos, corriendo, se precipitaron al mar y se ahogaron. Entonces, salió toda la población a ver lo que había sucedido.

"¿Quién es éste, que aún los demonios le obedecen… Por favor, vete de aquí…" Sí, le pidieron al Señor que se fuera, porque aún cuando había liberado al endemoniado, les había arruinado el negocio de los cerdos. Sin embargo, el interrogante de los lugareños tenía una respuesta: Este es Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios, aquel que demostró en la tierra ser Señor sobre todos los demonios. En el comienzo de su ministerio, ya se había encontrado con el general de ellos. Estuvo frente a frente con el mismísimo Satanás. Una, dos, tres veces. En la tercera oportunidad le ordenó: "Vete de mí, Satanás." Y el diablo tuvo que huir avergonzado y vencido. Desde el más encumbrado entre los demonios hasta el último, todos se sujetaron a él. La gente veía el poder del Señor actuando en esa área también.

SEÑOR SOBRE EL REINO DE LOS MUERTOS

Jesús tenía un amigo en Betania, Lázaro. Un día llegó la noticia:

“Señor, Lázaro está enfermo.” Era necesario ir a verlo inmediatamente; sin embargo, él se demoró en hacerlo. Llegó cuando ya hacía cuatro días que había muerto.

Marta, la hermana de Lázaro, le dijo: “Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto.” Ella sabía que Cristo tenía poder para sanar a los enfermos, pero ni se imaginaba hasta donde él podía obrar. Jesús se acercó al sepulcro.

—¿Dónde le pusisteis? —preguntó.

—Allí está.

—Quitad la piedra.

—Pero, Señor, ¡ya hiede!

—Quitad la piedra. —Y quitaron la piedra. Entonces, Jesús oró— Padre, te doy gracias porque tú siempre me oyes… ¡Lázaro, ven fuera! —y el muerto resucitó y salió fuera—. ¡Desatadle!, —ordenó (ver Juan 11:38–44).

¿Podemos imaginar la escena y la pregunta que habrá surgido en la mente de todos? ¿Quién es éste, que aún los muertos le obedecen?… ¿Quién es éste?

Éste es Jesús de Nazaret: Señor también sobre el reino de los muertos.

SEÑOR SOBRE EL REINO DE LOS ÁNGELES

Jesús estaba en el huerto de Getsemaní orando intensamente. Iba a ser entregado en sacrificio y lo sabía. Un ángel vino a reconfortarlo. Finalmente, le dijo al Padre: “Sea hecha tu voluntad, no la mía.” Y bebió la copa amarga. Se levantó y miró a sus discípulos. “Dormid ya y descansad. He aquí la turba viene y el tiempo ha llegado.” Una multitud de hombres se acercaba con espadas, palos y antorchas. Venían a prenderlo. Cristo se adelantó hacia ellos y en la espesura de aquel monte, en la oscuridad de la noche, preguntó:

—¿A quién buscáis?

—A Jesús Nazareno, —vino la respuesta.

Se adelantó aún más y dijo:

—Yo soy, —y al decir esto, todos sus perseguidores cayeron en tierra. Ni uno solo quedó en pie. Rápidamente, se incorporaron. Los soldados buscaron sus cascos, sus espadas, sus antorchas y nuevamente se enfrentaron con él.

—¿A quién buscáis?

—A Jesús Nazareno, —se oyó.

—Os he dicho que yo soy. Si a mí me buscáis, dejad ir a éstos.

Ellos, al ver su pasividad, su entrega, se acercaron, lo tomaron y lo ataron. Mientras tanto, Pedro sacó su espada y cortó la oreja de uno de ellos.

—Pedro, mete tu espada en la vaina, —ordenó Cristo, mientras sanaba la oreja herida—. ¿Piensas que si ahora quiero, no puedo pedir doce legiones de ángeles que vengan a defenderme? Pero si para esto vine… (ver Mateo 26:51–54; Lucas 22:49–51).

¿Qué dijo? Todos lo escucharon. Pero, ¿quién es éste que si pidiera doce ejércitos de ángeles ellos acudirían? ¿Quién es éste?

SEÑOR SOBRE EL REINO DE LOS GOBIERNOS HUMANOS

Finalmente, lo ataron y lo llevaron delante del Sumo Sacerdote. Luego, delante de Pilato, de Herodes, otra vez de Pilato. Éste le hizo algunas preguntas:

—¿Eres tú el rey de los judíos?

—Tú lo dices.

Luego, siguió preguntando, pero Cristo ya no respondió. Pilato se enfadó.

—¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte… y para soltarte? —Jesús estaba de pie, calmo, sereno, con paz.

—Ninguna autoridad tendrías, si no te fuese dada de arriba. —Pilato no entendió (ver Juan 19:10–11).

Entró a su palacio frotándose nerviosamente las manos y preguntándose: "¿Pero, quién es éste? ¿Quién es éste? Yo soy el gobernador Pilato. Me respalda todo el Imperio Romano. Y él me dice que hay otra autoridad encima de mí. Pero, ¿quién es éste?"

¿QUIÉN ES ÉSTE?" "Pilato, no te canses. Éste es Jesús de Nazaret: Señor sobre todos los gobiernos. Y ninguna autoridad tendrías, Pilato, si no te fuese dada de arriba". Jesús demostró vez tras vez en su ministerio público su autoridad sobre los gobernantes; ya fueren estos políticos o religiosos. Los principales sacerdotes se acercaron a él, pero siempre enmudecieron en su presencia. Este Jesús demostró en tres años y medio de ministerio público que era Señor sobre todas las esferas del universo.

SIENDO RICO SE HIZO POBRE

Repentinamente, la escena cambió. Éste, que tenía todo poder en los cielos y en la tierra, que sujetaba con su autoridad a hombres, ángeles y demonios, fue aprehendido en el Getsemaní. Los hombres lo ataron y lo llevaron e hicieron de él lo que quisieron. Le pegaron, escupieron su rostro, lo injuriaron. Y él permaneció en una actitud pasiva. Él que era Señor sobre los hombres estaba siendo sometido por ellos. No actuó más con la autoridad que había demostrado tener. Cuando lo llevaron delante de Pilato, éste le dijo:

"¿Así que tienes una autoridad superior? Vamos a ver…" Dio orden de azotarlo y de llevarlo a la cruz. Jesús, cuya autoridad era suprema, efectivamente quedó sujeto a la autoridad de un gobernante. Fue azotado. Cargó la cruz, y en la cima del Calvario lo acostaron sobre el madero, clavaron sus manos, sus pies y lo levantaron en la cruz. Su cuerpo quedó colgado, sujeto por tres o cuatro clavos al madero. Allí estuvo el Hijo de Dios. La gente pasaba y decía: "¿Y tú eres el Hijo de Dios?… Bájate de la cruz, y creeremos en ti. ¡Demuéstralo!"

Ya había pasado el tiempo de demostrar. Aquel que era Señor de la naturaleza y que sujetaba vientos y mares y las leyes físicas que los regían quedó

él mismo sujeto a un madero por unos clavos; y no quiso salir de ahí. ¿Qué fue lo que sucedió?

Comenzamos a comprender aquello que Pablo dice: “Se hizo pobre, siendo rico.” La riqueza mayor de Cristo no era material o física, sino que consistía en su autoridad y dominio sobre todo y sobre todos. Éste que era rico, y que tenía todo en sus manos, comenzó a empobrecerse poco a poco. Éste que dominaba sobre todo, quedó sujeto a todo.

Estaba allí en la cruz, agonizando. Los discípulos se habían ido. No había nadie a su lado. Miró hacia el cielo; ni el Padre lo miraba. Lo había desamparado. Por eso exclamó a gran voz:

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?

Mateo 27:46

Ni siquiera un ángel estaba allí para reconfortarlo. Él que había tenido al ejército de los cielos a su disposición, ya no lo tenía más. Quien había sido Señor sobre el reino angelical, estaba ahora abandonado por todos.

Y Cristo, clavado en aquella cruz, habiendo exclamado a gran voz, dio el espíritu, y murió. ¿Cómo? ¿No era él quien había levantado a los muertos? Sin embargo, ahora estaba muerto. Él, que había tenido poder sobre la muerte, sentía ahora la muerte prevalecer sobre sí y moría. De todo se despojó.

VENCEDOR

Los evangelios y Los Hechos de los Apóstoles son una narración de la vida de Jesús hecha por testigos oculares. Pero hay en la Biblia libros de revelación; es decir, de cosas no vistas por los ojos, sino reveladas por el Espíritu Santo. Entre estos se encuentran parte de las epístolas, los Salmos, y otros libros.

¿Qué pasó con Cristo cuando él murió? Sabemos lo que ocurrió con el cuerpo: lo envolvieron en una sábana y lo pusieron en un sepulcro. Esto lo relatan los evangelios. Es lo que un testigo ocular podía ver. Pero, ¿qué sucedió con su espíritu cuando salió de su cuerpo? ¿Adónde fue? ¿Qué hizo? ¿Dónde estuvo?

Aquí intervienen los libros de revelación para narrar lo que el testigo ocular no pudo ver. El libro de los Salmos revela que cuando su Espíritu se separó del cuerpo por entrar bajo la autoridad de la muerte, él también tuvo que ir a la morada de los muertos; es decir, al Hades o Seol. Por eso dice en uno de los Salmos: *"No dejarás mi alma en el Seol…"* (Salmo 16:10; Hechos 2:25–32). El Hades era el lugar donde iban los muertos; pecadores y salvados. En el Hades había dos lugares o compartimentos diferentes. Cristo habló de esto al referirse al rico y Lázaro en Lucas 16.

El rico murió y fue al Hades, a los tormentos, al infierno. Lázaro también murió y fue al Hades, pero al lugar de descanso, de consuelo, de espera. Allí estaba Abraham, el padre de la fe, y todos los que morían en la fe de Abraham. El rico estaba en la zona de sufrimiento, Lázaro en el lugar de descanso. Había un gran abismo que dividía las dos zonas; nadie podía pasar de un lugar al otro.

A toda esa región se la llamaba Hades. Era el imperio de la muerte cuyo dominio tenía Satanás. Con su muerte Cristo venció y destruyó *al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo* (Hebreos 2:14, 15). Mientras el cuerpo de Cristo quedó en la cruz y luego en el sepulcro, ¿dónde fue su espíritu o su alma? Efesios 4:9 nos informa que *había descendido primero a las partes más bajas de la tierra*. Y Hechos 2:31 indica que el alma de Jesús fue al Hades. El apóstol Pedro nos enseña que Cristo en espíritu *fue y predicó a los espíritus encarcelados* (1ª Pedro 3:18, 19 y 4:6). Allí el León de la tribu de Judá, Cristo, se encontró con el león rugiente, el diablo, que acababa de ser vencido por la muerte de Jesús en la cruz. Satanás tuvo que entregar las llaves del Hades y de la muerte a Jesucristo, el gran Vencedor, el Señor.

En Apocalipsis Jesús declara:

> *Yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades*.
>
> *Apocalipsis 1:17, 18*

De modo que Satanás es un enemigo vencido. No puede hacer nada ahora. Solamente, como espíritu mentiroso que es, utiliza contra nosotros la mentira. El engaño es su única arma. Sus artimañas, sus tácticas, son para tratar de poner

espíritu de error y tinieblas en la gente. Cristo venció al que tenía el imperio de la muerte. De modo que no debemos temer nada. ¡El "león rugiente" está derrotado! Y Cristo tiene ahora en sus manos las llaves del Hades. Él fue en el espíritu y predicó a los espíritus encarcelados. En aquel lugar, Cristo predicó a los que estaban condenados, y selló su condena. Y a los que estaban aguardando la "esperanza de Israel" les anunció las buenas nuevas. Abrió ese sitio y llevó cautiva la cautividad (los muertos en la fe; ver Efesios 4:8–10). Desde entonces ese compartimiento del Hades no funciona más. El único lugar que ha quedado es el de tormento, el infierno, donde van todos los que mueren sin Cristo y sin salvación. Los demás tienen acceso inmediato a la presencia de Dios (Filipenses 1:21–23).

VENCIÓ A LA MUERTE

Pasó un día, dos. Al tercero, la gloriosa victoria de Cristo se hizo pública. Por la mañana muy temprano, el sepulcro se estremeció. La piedra que cerraba la entrada fue quitada y el Hijo de Dios resucitó triunfante de entre los muertos. ¡Lleno de gloria!

Venció sobre las leyes de la naturaleza. Según ellas, un cuerpo muerto entra en descomposición, en corrupción. Pero el salmista ya lo había profetizado: *"No dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción."* Y Cristo triunfó sobre las leyes naturales. Venció a la muerte. El Cristo resucitado demostró su autoridad sobre ella.

Luego de resucitado, los ángeles vinieron a servirlo, a atenderlo. Uno quitó la piedra del sepulcro. Otro se sentó en el lugar donde él había sido puesto y anunció: "No está aquí. Ha resucitado". Los ángeles estaban otra vez a su disposición. Había recuperado su señorío sobre ellos.

Luego, estando con los suyos, les dijo: *"Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra."* Pero, ¿no se había despojado de todo al venir a esta tierra? ¿No lo había perdido todo? Sí, pero en el momento en que terminó de perderlo, comenzó a reconquistarlo nuevamente. Él, resucitando, demostró ser aquel que tenía toda potestad en el cielo y en la tierra: sobre todos los vivientes, sobre todas las naciones, sobre todos los reyes y gobernantes. Pablo dice en Romanos 13 que no hay autoridad establecida sino por él. Cristo, triunfante y resucitado,

reconquistó su señorío sobre todo cuanto existe, y ahora es Señor de todo. De todo se desprendió para obrar nuestra redención y hacernos partícipes de su reino y gloria. Mas luego, volvió a recuperarlo todo y se lo declaró Señor del universo.

Como tenía toda potestad en el cielo y en la tierra, les dijo a sus seguidores: *"Id y haced discípulos*. ¿A quiénes? *A todas las naciones*, porque yo tengo autoridad sobre ellas. *Id y haced discípulos… y yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin."*

Habiendo dicho estas cosas, el Cristo resucitado se despidió de los suyos. Repentinamente sus pies comenzaron a desprenderse de la tierra allí sobre el monte de los Olivos. Todos quedaron pasmados. Veían al Señor elevarse en los aires. El poder de la resurrección lo levantaba. Una nube lo cubrió finalmente, y no lo vieron más. Luego llegaron ángeles para dar instrucciones a los discípulos.

LA ESCENA CELESTIAL

Pero, ¿qué ocurrió con Cristo después que la nube lo cubrió? Los testigos oculares no pudieron relatarlo. Otra vez necesitamos recurrir a los libros de revelación para saberlo.

¡Ah, Jesucristo, aquel que había vencido, ahora ascendía y se acercaba a las puertas de la eternidad!

El salmista David lo había visto proféticamente. Él oyó a alguien gritar frente a las puertas del cielo:

> *Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria*.
>
> Desde adentro alguien preguntó:
>
> *¿Quién es este Rey de gloria? Jehová de los ejércitos, él es el Rey de la gloria*.
>
> *Salmo 24:7*, *10*

Y las puertas de la eternidad, como un gigantesco telón, comenzaron a alzarse para dar la bienvenida al que había vencido, al Cordero inmolado. ¿Y qué se vio del otro lado? El cielo, desbordando de gloria y alegría. Había cánticos y regocijo. Los ángeles hacían sonar sus trompetas, cantaban, batían palmas. Jesucristo estaba entrando por las puertas de la eternidad a la gloria que él había conquistado.

¡Ah, es imposible describir la escena cabalmente! Pero puedo, en mi espíritu, alcanzar a ver un poquito de ella. ¡Quisiera poder expresarme en lenguas angélicas para describirla!

El cielo estaba vestido de fiesta, las luces brillaban más que nunca, la gloria de Dios se palpaba allí. ¡Nunca se había cantado como en aquella ocasión! Entró Jesucristo, escoltado por las huestes celestiales. El mismo Padre no pudo contenerse: se levantó de su trono y fue a darle la bienvenida. El salmista David también vio esto y relata así el encuentro:

> *Jehová dijo a mi Señor (el Padre dijo al Hijo): Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies*.
>
> *Salmo 110:1*

Jesucristo, entonces, se sentó en el trono excelso y sublime. Y cuando se sentó, el Padre le dio aquel nombre que es sobre todo nombre: SEÑOR DE SEÑORES, Y REY DE REYES. Este nombre quedó escrito sobre su muslo (ver Apocalipsis 19:16).

En el momento en que él se sentó en el trono, los ángeles comenzaron a tocar sus instrumentos, a cantar, y empezó —hace ya cerca de dos mil años— una fiesta con tanta gloria, con tanta alabanza, con tales cánticos, que ¡todavía no ha podido parar! Si no lo crees abre tu Biblia en Apocalipsis 5 y verás:

> *El Cordero que fue inmolado es digno… el León de la tribu de Judá, la raíz de David ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos*.

Ellos siguen allá. Y nosotros acá, con la misma gloria, impregnados de la misma realidad. Aunque no veamos estas cosas con nuestros ojos ahora, con los ojos de la fe vemos la realidad trascendental y eterna: ¡Cristo reina y está sentado en el trono!

LA ESPERANZA VICTORIOSA DE LA IGLESIA

¿Qué momento histórico estamos viviendo? Aquel señalado por el Padre cuando dijo: Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Estamos en ese "hasta que," en ese "mientras tanto," en el cual el Padre está poniendo a todos bajo los pies del Hijo.

Esa es la razón por la que presenciamos un despertar espiritual en diferentes partes del mundo. Porque el Padre ha tomado a algunos príncipes de la potestad de los aires y los ha puesto bajo los pies de Jesús. Y seguirá poniendo a otros, hasta que no quede ninguno. El Padre lo ha dicho y lo va a hacer. Todo lo pondrá bajo los pies de Cristo, para que él tenga pleno dominio. Pero, ¿cuáles son sus pies? Piensa un poco. Cristo tiene un cuerpo.

¿Cuál? La iglesia. Él es la Cabeza, y todo lo que ponga bajo sus pies, ¿bajo quién estará? ¡Bajo la iglesia! ¡Aleluya!

¡Levántate, iglesia! Toma conciencia de la hora de Dios. Mira lo que el Padre se ha propuesto. ¡Ríndete a Jesucristo! Entra en fe y en espíritu de victoria. Comienza a brillar. "Todo lo que pisare la planta de vuestros pies será vuestro", asegura él en su palabra, porque nuestros pies son los pies de Jesús. Somos el Cuerpo de Cristo. Cuando este cuerpo se mueve bajo la dirección de la Cabeza, allí va la iglesia triunfante marchando, pisoteando, aplastando y conquistando los reinos para nuestro Señor Jesucristo.

Isaías vio la visión de este reino de Dios. De repente, en medio de las tinieblas, nació una luz. Esta luz creció y creció hasta que él ya no pudo seguir mirando. Entonces profetizó: "y lo dilatado de su imperio no tendrá límite" (Isaías 9:1, 7). El reino de Dios está en plena expansión. No va a quedar así. Va a seguir creciendo. ¡Gloria a Dios! Él está preparando a su pueblo ahora, porque a través de su pueblo él va a extender su reino en todas las naciones.

Un Cristo grande merece un reino grande. Él tiene poder para tener un reino grande. *"Porque suyo es el reino y suyo el poder y suya la gloria por todos los siglos."* ¡Oh, si supiéramos la responsabilidad que nos toca en la hora que estamos viviendo! Es el momento de la culminación del propósito de Dios para

esta generación. Y es la iglesia, su cuerpo, el agente que Dios ha escogido para extender su reino a pueblos, ciudades y naciones.

¿Cuál es el drama del mundo? Siempre el mismo: todos quieren mandar. Hace siglos se levantó uno llamado Alejandro Magno. Comenzó a conquistar reinos y pueblos. Quería abarcarlo todo. Dice la historia que conquistaba a la velocidad de su caballo. Pero un día su caballo no corrió más. Se levantó otro imperio, el romano, dominando las naciones con vara de hierro. Mas, ¿dónde está hoy?

Tres siglos atrás surgió en Francia un hombre de pequeña estatura y gran inteligencia: Napoleón Bonaparte, que ambicionaba ser el emperador del mundo. Ganó todas sus batallas menos la última. Mientras estaba desterrado en la isla de Santa Elena, esperando la muerte, se expresó así, refiriéndose a Jesús: "Oh, Maestro de Galilea, yo he tratado de conquistar por la fuerza, y he perdido. Tú has querido hacerlo por el amor, y has vencido."

En la actualidad, como en cualquier época de la historia, pueblos, naciones y reinos se enfrentan entre sí, procurando tener supremacía sobre los demás. El norte contra el sur, el este contra el oeste, las naciones subdesarrolladas se enfrentan con las desarrolladas. Los gastos que demanda la defensa y la preparación de una futura conflagración elevan a cifras increíbles los presupuestos de las naciones del orbe. Pero, al fin, nos preguntamos: ¿Quién saldrá triunfante? ¿Quién logrará el dominio del mundo? Puedo asegurarlo, sin temor a equivocarme, que el que va a triunfar es aquel que ya ha vencido: JESUCRISTO. ¡Él es el Señor! Y un día, cuando suene la última trompeta, aparecerá con poder y gloria. Pondrá sus pies sobre la tierra, y será proclamado Rey y Señor del mundo entero.

Si sabemos de antemano que el reino de Dios prevalecerá, entonces, ¿por qué preocuparnos por cómo están las cosas ahora? Si en un encuentro de fútbol supieras de antemano el resultado final, ¿te preocuparía tanto el desarrollo? Lo que importa es cómo va a terminar la cosa y no las variantes del juego. En un encuentro de fútbol no podemos saber con anticipación el resultado final, en cambio sí podemos conocerlo en cuanto al curso de la historia. Dios lo ha revelado en su palabra:

Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos.

Apocalipsis 11:15

Cristo, el vencedor, el invicto, el triunfante, es El que reinará y gobernará sobre toda la tierra. Su venida se acerca. Pero antes de que él vuelva, su reino se va a extender con poder y gloria. Él vendrá a buscar a su iglesia, la que se está preparando para ser santa, sin mancha y sin arruga para su gloria. Él vendrá. Y los muertos en Cristo, cuando él aparezca, resucitarán primero, y todos los que estemos en la tierra, en un abrir y cerrar de ojos seremos arrebatados para estar junto con él. Entonces, establecerá su reino aquí en la tierra.

El último evento del que habla la Biblia es el establecimiento de un gran trono blanco, y uno sentado sobre él (Apocalipsis 20:11–15). Aquel día final, cuando el Hijo del hombre se siente en el tribunal de juicio en su trono blanco, los libros se abrirán. Todos los muertos resucitarán, la muerte y el Hades entregarán sus muertos y todos comparecerán ante aquel cuyo nombre es sobre todo nombre.

A su izquierda habrá una multitud incontable de millones y millones, vestidos con harapos, y con el rostro demacrado, escondiéndose del esplendor de la gloria del que está sentado en el trono. Ellos clamarán a los montes: “Caed sobre nosotros y cubridnos”. Su número será tan grande que se perderá en la lejanía. Serán los que aquí en la tierra no han reconocido a Jesucristo como Señor.

A su derecha, otra multitud, vestida con ropas blancas y coronas en sus cabezas. La luz y la gloria del que está sentado en el trono los cubrirá.

Frente al trono estarán también todos los ángeles y arcángeles. Y al otro lado, todos los demonios, desde Satanás hasta el más pequeño; ¡todos presentes! En ese día final, toda rodilla se doblará. Todos se inclinarán ante el Señor. Los de la izquierda y los de la derecha, los ángeles y los demonios. ¡El mismo Satanás! Filipenses 2 afirma que todos lo harán, los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra. Y todo el universo, como un gigantesco coro confesará que ¡JESUCRISTO ES EL SEÑOR! (vv. 10, 11).

Tú y yo también vamos a estar frente a ese trono. Pero ¿de qué lado? ¿A la izquierda, o a la derecha? Todos dirán “Cristo es el Señor,” pero yo diré algo más: “Jesucristo es MI Señor.” Los que confiesen a Cristo como su Señor aquí en la tierra y lo reconozcan en sus vidas, estarán a la derecha. Solamente habrá allí dos clases de personas: los que vivieron como el Rey manda y los que vivieron como ellos quisieron. ¿Dónde estarás tú?

En aquél día, todos los de la izquierda junto con Satanás y todos sus demonios, serán lanzados al lago de fuego y azufre que es la muerte segunda, por toda la eternidad. Los de la derecha, junto con todos los ángeles, escucharán la invitación:

Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo.

Mateo 25:34

Cristo el Señor arrancará esta página de la historia de los siglos…

cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia.

1ª Corintios 15:24

Y comenzará una nueva era. ¡Qué esperanza de gloria tenemos! Entonces comenzará la historia de la gloria plena de Dios, junto con sus escogidos. Y reinaremos con él por los siglos de los siglos.

Nombre sobre todo nombre

es el nombre de mi Cristo;

ante tan glorioso nombre

todos se postrarán.

Todas las fuerzas de oscuridad,

de todo el mundo la humanidad,

todos los cielos y su potestad,

todos se postrarán.

Nuestros ojos le contemplan,

nuestro corazón le adora,

nuestra lengua hoy proclama:

¡*JESUCRISTO ES SEÑOR*!